
Una desaparición sin resolver.
Un verano que nadie quiere recordar.
EL FARO NUNCA OLVIDA
L. F. LAUREN

EL FARO NUNCA OLVIDA

L. F. Lauren

Laura López Fernández

Derechos de autor © 2026 Laura López Fernández

El faro nunca olvida © [L. F. Lauren / Laura López Fernández]

Primera edición 2026

Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-09-82148-8

Diseño de cubiertas: Laura López Fernández
Maquetación: Laura López Fernández

Corrección de estilo y ortotipografía: José López Falcón

Nota de la autora: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Para mis padres, que ya están advertidos de que no soy Emma.
Cualquier parecido con la realidad es solo un truco para hacer la ficción más creíble.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Banda sonora del libro
Parte I - Emma
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Parte II - Noche de la desaparición, 23 de junio de 2005
Capítulo 1 - Lena
Capítulo 2 - Jessi
Capítulo 3 - Lena
Capítulo 4 - Jessi
Epílogo - Emma
Gracias por acompañarme en esta aventura
Agradecimientos
Acerca del autor

BANDA SONORA DEL LIBRO

Canciones que huelen a salitre y traición que nos arrastran a los veranos de los 2000. Una mezcla de pasado y presente, de drama adolescente y suspense adulto.

Enlace a la lista de canciones de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/3iiWOPicnbzErwy9VdiqpA?si=16eef04b49ed439f

Dale al *play* si te atreves a revivir el pasado.

PARTE I - EMMA

CAPÍTULO 1

Primavera de 2025
Jueves

Me van a drogar con fentanilo. Y lo peor no es eso, sino que yo, *doña Antidrogas*, haya aceptado con una sonrisa.

Sin embargo, aquí estoy, en una consulta que huele a gel hidroalcohólico, sentada frente al anestesista y asintiendo como si me pareciera lo más normal del mundo.

Aunque me explica que usan una combinación mínima de fentanilo con otros sedantes más suaves, el nombre me retumba igual en la cabeza.

—Será una sedación leve —dice, con una sonrisa tan profesional como inquietante.

—Vale, pero... ¿diré tonterías cuando me despierte? —respondo, mientras mi cerebro repite en bucle: «¿Fentanilo? ¿El de las noticias? ¿El que tiene enganchado a medio Estados Unidos?».

—No tienes de qué preocuparte, Emma, será como echar una cabezadita. Lo que notarás es una sensación suuuuperplacentera. Y luego te darán un buen desayuno. Mientras tanto, sigue con la dieta hasta el día de la extracción. Con treinta y nueve años no puedes tener la tensión por las nubes si te quieres quedar embarazada. Además, te sobran unos cuantos kilos.

Bueno, esto último no lo dijo así, aunque casi.

El caso es que me encantaría explicarle que llevo una vida luchando contra mi peso y en dieta permanente por un intestino irritable que me ha puesto en situaciones incómodas más veces de las que me gustaría.

Lo que realmente me preocupa es otra cosa: no me gustan las drogas. Ni siquiera me gusta sentir ese punto de borrachera ligera que a todo el mundo le parece divertido (y que en su día a mí

también me lo parecía). Yo ya tuve mi época de salir, divertirme y desinhibirme. Ahora llevo veinte años prácticamente sin tomar alcohol, salvo alguna cerveza artesanal, de manera muy esporádica. Simplemente me gusta tener el control, y que me seden y no saber qué va a pasar cuando me despierte... me agobia.

Que sí, que ya lo sé, que esto es seguro, que es una dosis mínima y el equipo médico está más que acostumbrado. Aun así me da respeto. Quizá sea porque, a estas alturas, he aprendido que todo lo que empieza con un «no va a pasar nada» suele tener truco.

Durante la consulta me vibra el móvil. Lo miro de refilón y veo un mensaje de un amigo de la adolescencia, periodista y cotilla. Le encaja bien la profesión. Si quieres saber algo de alguien, pregunta a Isaac.

¿Has visto esto?

Paul me da un codazo para que deje de mirar el móvil y atienda al anestesista.

Esto es muy importante para él. Después de tres años intentando quedarme embarazada de forma natural, dentro de unos días me harán una punción para extraerme los óvulos de mis pequeños y mustios ovarios para hacer una fecundación *in vitro*.

Le di muchas vueltas, dada la insistencia de Paul, mi marido, por probar esto como última opción. Así que aquí estoy, gastando mis ahorros para ser madre sin haber tenido nunca ese instinto que tantas mujeres describen como si fuera una vocación desde que nacen.

Paul y yo nos conocimos hace seis años y nos casamos hace tres. Es enfermero, rubio, alto, hercúleo y un par de años mayor que yo. Sabe cuándo hablar y cuándo simplemente quedarse a mi lado. No se asusta por mis rayadas mentales o mi mala leche. Es muy extrovertido y le encanta hablar con todo el mundo. A mí, sin embargo, socializar me drena la energía. No soy una ermitaña, ojo, pero prefiero estar en grupos más íntimos de gente y tener conversaciones más profundas y relevantes.

Paul nunca dramatiza, no como yo: cuando discutimos, él suele mantener la calma y yo todo lo contrario. Menos mal que no es el típico que escala las discusiones. Además, se le suele pasar rápido el enfado, mientras que a mí me dura el comecocos mental días.

Por primera vez en mi vida —tras varias relaciones que no terminaron bien, una muy larga que nunca debió empezar— me siento realmente acompañada, querida y respetada.

A ver, Paul no es perfecto. A veces tengo la sensación de que no termina de entender todo lo que pasa en mi cabeza. Cuando le hablo de ciertas cosas —el miedo, la ansiedad, las dudas— suelta un «todo irá bien» y cambia de tema. Lo hace con buena intención, pero me da mucha rabia. Para él parece que todo siempre es más sencillo y a veces pienso que soy demasiado complicada.

Por otro lado, no sé cómo se aclara con los turnos tan variados que tiene en el hospital. Porque es desordenado, muy desordenado: para la ropa de su armario, las cosas de casa, la agenda..., aunque puedo soportarlo. Me lo repito cada vez que entro en su cuarto, donde tiene su colección gigante de juegos de mesa, y veo todo tirado como si hubiera estallado una bomba. Parece el cuarto de un adolescente. Y no, yo no voy a recogerlo.

Lo que no le perdonaré nunca es su alergia a los gatos. Por eso no podemos adoptar uno. Esa es la peor parte de estar con Paul. Así es la vida.

Salimos de la consulta y, mientras espero el ascensor, abro el móvil para apuntar la nueva cita en el calendario. Lo dicho, si yo no organizo no lo hará nadie.

Reviso la conversación de Isaac, con varios mensajes sin leer.

Me envía un enlace del periódico local de la isla, esa en la que veraneaba de adolescente y que no piso desde hace veinte años:

Encontrada sin vida una vecina de cuarenta años detrás del faro, junto al acantilado.

Mi primer impulso es dejar el móvil y hacer como si no hubiera visto nada, seguir con el día, pensar en las hormonas, en el calendario, en lo que voy a comer...; sin embargo, el cuerpo ya ha respondido antes que yo: las manos me sudan, la garganta se me cierra, me tiembla la pierna derecha.

Entonces, justo debajo del titular, Isaac me envía otra imagen, una esquela. La reconozco al instante, aunque lleve sin verla desde los diecinueve.

Leo su nombre y es como si se abriera una trampilla dentro del estómago: es Jessi.

El ascensor llega. Me quedo clavada en el suelo mientras Paul me habla. Yo apenas le escucho.

—¿Entramos? ¿Qué pasa?

De pronto, la isla vuelve a estar aquí, dentro de mi cabeza, con su faro, su puerto, su olor a salitre, el calor pegajoso de verano y su historia a medio cerrar.

Jessi fue muchas cosas: amiga, líder, problema.
Fue quien me dio la bienvenida al grupo... y quien me echó de él.

La última vez que la vi fue el verano de 2005, aquel en el que nuestra amiga Lena desapareció la noche de su cumpleaños y no supimos más de ella.

Y yo... Yo llevo desde entonces preguntándome qué pasó realmente esa noche y por qué tengo tantas lagunas. Siempre he creído que no fue solo por el alcohol, que alguien me dio algo, que algo más ocurrió.

Hay una idea que siempre he temido y que ahora empieza a empujar desde el fondo: ¿y si algún día lo recuerdo todo? ¿Y si lo que recuerde no me deja vivir en paz?

CAPÍTULO 2

Viernes

He llegado antes a la mercería, no por trabajo ni por ganas. Hoy necesito refugiarme entre lanas porque no he dormido nada. La muerte de Jessi me ronda la cabeza desde ayer. Revivir mi pasado en la isla me está generando mucha ansiedad.

Por suerte, hoy tengo sesión *online* con mi psicóloga. La había reservado hace tiempo, así que aprovecharé para conectarme desde aquí antes de abrir al público.

Mientras llega la hora de la sesión, estoy con las cuentas trimestrales, que me tienen frita. Me recuerdan a aquellos años en el banco: hojas de cálculo, balances y dolor de cabeza.

Lo mío es estar entre lanas y agujas de tejer, por eso abrí este negocio hace dos años, con mucho esfuerzo y sacrificio, y con el apoyo de Paul. Él siempre me ha dicho que soy una emprendedora nata, es quien me animó a dejar el banco para meterme en este jaleo.

Montar la mercería fue un sueño, aunque hay días como hoy en los que ni entre lanas encuentro paz.

En breve comienza la sesión. Hace años que hago terapia, ahora una vez al mes, otras veces con más o menos frecuencia. Depende de cómo me sienta. La verdad es que el tema de la búsqueda de embarazo me está desgastando mucho, me ha reactivado muchos miedos y heridas del pasado. De todas formas, creo que he avanzado bastante hasta ahora.

—Bueno, cuéntame, Emma —me dice mi psicóloga nada más verme.

Trago saliva. No sé si quiero abrir este melón, pero me salen las palabras solas.

—Pues ha muerto Jessi. Ayer. No he dormido nada dándole vueltas a toda esa época.

Ella asiente despacio. No necesita que le diga quién es, sabe de sobra todo lo que esa chica representa para mí.

—Vaya... Siento mucho oír eso. Imagino que te ha reabierto muchas heridas.

—No quiero sonar fría, el caso es que no sé si me afecta su fallecimiento. Me da un poco igual, la verdad, no hablábamos desde hace veinte años. Pero anoche no paraban de venirme imágenes de entonces. Me imaginaba a mí misma contestando, defendiéndome, plantándoles cara, en lugar de quedarme callada como siempre.

—Tiene sentido, fue una etapa muy dolorosa, y aunque en su momento no fueras del todo consciente, te pasó factura, y mucha.

—A veces no entiendo cómo permití que me trataran así.

—Porque eras una adolescente muy insegura que intentaba encajar como fuera. Recuerda lo que hemos hablado tantas veces: el intestino irritable no apareció de la nada. Era tu cuerpo gritando lo que tu mente no sabía cómo decir. Todo lo que te callabas por agradar, por no molestar, tenía que salir por algún lado.

Asiento en silencio.

—Llevas mucho recorrido en terapia. Has aprendido a identificar lo que sientes, a poner límites, a pedir lo que necesitas; sin embargo, hay un capítulo que sigue abierto: el de la isla, el de tu amiga Lena.

Cierro los ojos al oír su nombre: Lena... La veo tan clara... Su sonrisa, su energía, esa forma suya de querer comerse el mundo. Y luego, todo lo que vino después.

—No quiero volver allí, solo pensar en ese sitio, en esa época, me estresa. La idea de cruzarme con alguien del pasado, por lo que pueda decir o por lo que yo pueda sentir... Me da miedo acabar con un ataque de pánico en mitad del puerto.

—Lo entiendo, pero sabes que evitar lo que nos da miedo solo hace que crezca más. Esa parte está muy bloqueada en ti. Y nuestra regla es clara: hay que *evitar evitar*.

Me lo ha dicho muchas veces, aunque hoy suena distinto, más serio, más urgente.

—Y ahora, con todo lo del embarazo... —continúa—. Sé que suena místico, pero el cuerpo escucha. Si hay una parte de ti que tiene miedo de ser madre, que no se siente capaz, que teme repetir patrones, ese miedo puede estar influyendo más de lo que crees.

—¿Piensas entonces que mi cuerpo está diciendo no al embarazo sin que yo me dé cuenta?

—No de forma tan literal. Aunque sí creo que, si hay heridas abiertas, el cuerpo lo nota. Y esa tensión bloquea. Es importante que sigas preparando a tu cuerpo y tu mente para que puedan recibir.

Tiene razón, siempre la tiene. Soy el ejemplo perfecto de cómo la mente y el cuerpo se comunican sin palabras. Recuerdo mi primer cólico fuerte: llegó justo después de una mañana en la playa con las chicas de la isla, una de las tantas veces en las que soporté comentarios irrespetuosos sobre mi cuerpo y me mordí la lengua para restarle importancia.

—Quizá sea momento de cerrar ese capítulo, de dejar de huir y empezar a sanar de verdad. Por la mujer que eres ahora, por la madre que podrías llegar a ser.

—A veces no sé si realmente quiero ser madre o si solo quiero demostrarme que puedo, como si tuviera que ganarme ese derecho.

—¿El derecho a qué?

—A cuidar de alguien, a hacerlo bien, a no repetir errores, a no pasarle mis miedos...

—Nadie nace preparada para esto. Ser madre no se trata de perfección, sino de presencia y de vínculo, y tú tienes mucho más trabajado ese terreno que muchas personas que se lanzan solo porque lo han soñado desde siempre. Soñaban con un bebé, luego el bebé crece... y eso no lo habían pensado.

—Ya... También se me quitan las ganas cuando veo a algunas de mis amigas con sus hijos. En fin, no sé qué hacer.

Respiro hondo. Tengo las manos frías y sudadas.

—Tenemos que trabajar esas dudas...

—Ya... Sé que en realidad son miedos, no me voy a echar ahora atrás.

—Vamos a seguir por ahí entonces. Imagina que tu confianza y tu seguridad son un músculo. ¿Crees que volver a la isla lo fortalecería o lo debilitaría?

—Supongo que lo fortalecería. Sé por dónde vas y me agobio solo de pensarlo.

—Entonces, vamos poco a poco. Si tuvieras que acercarte a ese miedo, ¿cuál sería el paso más pequeño que podrías dar sin que te desbordara? ¿Qué sería lo mínimo que podrías soportar ahora mismo?

—No sé, tal vez ir un solo día al piso de veraneo de mis padres —digo, pero enseguida siento que me he precipitado.

¿Por qué he soltado eso? No estaba en mis planes. Solo pensarlo me da un vuelco el estómago.

—Llevan tiempo pidiéndome que revise las cosas que tengo allí antes de reformarlo, por si quiero quedarme con algo —añado, como si intentara justificarme.

En realidad no quiero ir, solo lo he dicho porque suena razonable, como un primer paso asumible.

Ya... ¿Asumible para quién?

Me conozco. Sé que cuando digo estas cosas en voz alta me obligo sin querer. Ahora ya lo he dicho y mi psicóloga ya lo ha oído.

Mierda.

—Eso puede ser un buen primer paso —dice ella con suavidad —. Lo importante es que lo hagas con intención. No desde la huida, sino desde el deseo de escucharte.

Asiento, aunque no estoy segura de estar preparada. Le he dado la respuesta demasiado rápido y solo pensar en volver me pone muy nerviosa. No sé para qué he abierto este tema hoy, si ya sabía por dónde iría su respuesta. Ahora me veo obligada a cumplir con lo que he dicho.

—Hay otra cosa que me ronda... —digo y sonrío con cierta ironía—. Parece que hoy vengo con ganas de que me metas caña.

Desde que estoy con Paul, que es tan sociable, tan abierto, siempre rodeado de gente, hablando con todo el mundo como si

nada, me siento rara, como si tuviera una tara por ser tan distinta, por ser introvertida. Yo necesito espacios pequeños, pocas personas. Tengo muy pocos amigos, a veces pienso que le tengo miedo a la gente.

—¿Y tú crees que eres introvertida o tímida?

—Pues no sabría decirte la diferencia.

—Ser introvertida tiene que ver con cómo recargas tu energía. Puedes disfrutar de estar con gente, pero luego necesitas estar sola para volver a estar tranquila. No es que no te guste la gente, es que el exceso de estímulo te agota.

—Sí, eso me pasa muchísimo.

—La timidez, en cambio, es otra cosa, es más un miedo, una vocecita que te dice: «Mejor no digas eso. ¿Y si haces el ridículo?». No es que no quieras estar con personas, es que sientes inseguridad, miedo al juicio y al rechazo. ¿En cuál te reconoces más?

—Buf..., creo que en las dos. Si pienso en mi adolescencia, en la isla y en cómo me siento ahora al ver a ciertas personas o al conocer gente nueva, claramente hay una base de timidez ahí. Y me da que llevo tiempo disfrazándola de introversión.

—Eso tiene mucho sentido. Quiero que recuerdes algo: ser introvertida no es un defecto, es una forma válida de estar en el mundo. El problema empieza cuando sientes que tienes que dejar de ser tú para ser suficiente, para merecer amor, respeto o atención. O para ser madre.

—Sí, tengo que trabajar eso.

—Vamos a hacer una cosa —dice—: durante estos días quiero que respondas a una pregunta: «¿Qué puedo hacer, conscientemente y voluntariamente, para sentirme más insegura o con más miedo a la gente?».

—¿Más insegura? —me río, sorprendida.

—Sí, tal cual, porque justo ahí, en esas respuestas que te salgan, van a estar las situaciones que más necesitas afrontar. Son las que te van a hacer ejercitar el músculo de la confianza. No se trata de buscar el miedo por el miedo, sino de elegir conscientemente salir de tu zona cómoda.

Sé que este tipo de ejercicios me sacuden y también sé que, cuando los hago, algo se desbloquea. Y tengo fuerzas para empezar a enfrentarme, de verdad, a mis fantasmas, como ya lo he hecho tantas otras veces.

Después de la sesión, salgo a despejarme. He venido a la cafetería de la esquina. Pido un descafeinado —la cafeína me da tembleques y luego no hay quien teja ni una fila—.

Suena la canción *Man in the Rain* de Mike Oldfield en la radio, todo un clásico. Han pasado más de veinticinco años desde la primera vez que la escuché con Lena. Aún me encanta.

Alguien entra y deja una estela de perfume dulce, empalagoso, con ese fondo avainillado tan reconocible. Me suena... Es el que usaba Jessi.

De pronto, sin previo aviso, el olor y la canción me devuelven al verano del 2000. Tengo catorce años —quince en otoño—, estoy en la isla. Lo que aún no sé es que ese verano es el comienzo de todo.

CAPÍTULO 3

Agosto 2000

Esta mañana en la playa hace solazo y la arena quema. Huele a mar, a crema solar de coco y a verano interminable.

Estamos Lena, Jessi, Ámbar y yo.

Lena y yo conocimos a Jessi y Ámbar el verano pasado. Tienen un año más que nosotras, y a esta edad un año se nota, la verdad.

Jessi es rubia, piel bronceada, delgada, alta, segura de sí misma, o al menos lo finge muy bien. Ámbar es su perrito faldero. Tiene el pelo castaño, ojos azules enormes, piel casi translúcida, y una voz suave y dulce cargada de veneno. Siempre suelta alguna pullita y se ríe como si no hubiera dicho nada.

Las dos llevan el pelo largo, *piercing* en el ombligo y tienen ese tipo de cuerpo que hace que se giren todos los chicos de la playa. Nosotras en cambio parecemos invisibles a su lado. A veces no entiendo qué pintamos con ellas ni por qué ellas siguen saliendo con nosotras.

Lena y yo somos más bajitas, de pelo oscuro —yo, con flequillo — y estilo sencillo: camisetas anchas de algodón, nada de maquillaje y algo de timidez en los hombros. Yo, además, soy «la gordita». Aunque nadie lo diga en voz alta, yo sí pienso, lo piensa todo el mundo.

Al lado de ellas seguimos pareciendo unas niñas, no solo por la edad, también porque todavía no buscamos gustar a los chicos. No coqueteamos, no medimos nuestros gestos ni nuestras palabras para atraer miradas. Al lado de ellas parecemos invisibles y, en parte, cómodas siéndolo.

Llevamos medio verano en la isla y lo estamos pasando muy bien las cuatro: mañanas de playa y *frisbee*, tardes de parque y música, y partidas eternas de cartas en cualquier rincón con sombra.

Estoy tumbada en la toalla y comparto los auriculares de mi *discman* con Lena para escuchar *Tubular Bells III* de Mike Oldfield. Ese disco salió hace dos años, pero sigue siendo nuestra banda sonora para relajarnos en la playa. Además, intento no pensar en si se me nota la tripa, si los pelos de las ingles se asoman o si tengo la cara roja por el sol.

—Si te pusieras un bikini en vez de ese bañador de abuela parecerías más delgada —me dice Jessi sin filtro, sacudiéndose el agua del pelo como si fuera una modelo de anuncio.

Quiero creer que es un consejo, aunque en el fondo sé que no suena a eso.

Ámbar suelta una risilla y añade:

—Yo es que no podría estar como tú, porque lo quemo todo, ya sabes.

Silencio. Solo se oye el mar, las gaviotas y un grupo de niños tirándose al agua desde las rocas. Asiento y no digo nada para evitar tener un conflicto. Tengo un talento especial para fingir que no me sientan mal las cosas. Quiero caer bien. Además, con catorce años no sé todavía lo que significa poner límites.

Respiro hondo. Me repito que no voy a dejar que me afecte, aunque no quiero quedarme ahí con ellas ahora mismo.

—Me voy a casa, que me encuentro mal del estómago. Nos vemos después de comer —les digo, a modo de excusa. Una excusa que se volvió realidad y costumbre.

Se me escapan las lágrimas mientras recojo la toalla, solo quiero que no se note. Mientras camino por la arena, me doy cuenta de que no solo me duele el comentario, también me duele pensar que, de alguna manera, tienen razón: estoy gorda y doy pena.

—Os habéis pasado un poco, ¿no? —les dice Lena mientras recoge todo para venir conmigo.

Las otras dos se quedan ahí como si nada y Lena me acompaña a casa. Somos vecinas en la isla y amigas desde niñas.

—Otra vez con esos comentarios de mierda... Están obsesionadas con el peso —me dice Lena, con rabia contenida—,y no solo con el tuyo. ¿Te has fijado que ya no comen ni chicles? El

otro día, después de la merienda de mi cumple, las escuché en el baño... No te lo dije, pero creo que estaban vomitando.

Me quedo callada. No quiero hablar mal de nadie, no quiero opinar, no quiero enfrentarme; solo quiero que me dejen en paz. Siento un nudo en la garganta. Me sorprende y no lo entiendo: si tienen lo que todas queremos, ¿por qué harían algo así? Quizá no son tan perfectas, o quizá solo lo parecen desde fuera.

—No sé qué le pasa contigo este año a Jessi —insiste Lena—, te busca las vueltas todo el rato. Y Ámbar le sigue la corriente como si no tuviera personalidad.

—Sí, pero es que tienen razón. Me gustaría estar delgada como ellas —digo.

Ahí se acaba la conversación.

Nos despedimos y subimos, cada una, a comer a su casa. Pensaba que ya había tenido suficiente por hoy, pero me equivocaba. Lo que no sabía entonces era que esa tarde Lena también iba a decepcionarme.

Después de comer, Jessi y Ámbar pasan por nuestro edificio para ir al parque a pasar la tarde. Yo no tengo muchas ganas después de los comentarios de esta mañana en la playa, pero no quiero hacer la bola más grande, así que me uno al plan. Esta vez vienen con un par de amigas suyas, también mayores que nosotras. Son chicas que se ríen para que se las oiga, que no te miran a los ojos al hablarte, como si supieran exactamente cómo funcionar en ese mundo nuevo al que nosotras apenas empezábamos a asomarnos.

Ya en el parque, Jessi se sienta en el respaldo de un banco, saca un cigarro del bolsillo del pantalón corto y lo enciende con un mechero rosa. Le da una calada rápida y se lo pasa a Ámbar, que fuma como si llevara años haciéndolo. Hablan de chicos, de fiestas, de alguna noche en la playa en la que claramente no estuve invitada. Yo me limito a escuchar.

Nos ofrecen a Lena y a mí. Yo digo que no con la cabeza. Lena duda un segundo. Las demás chicas la animan, insisten, se ríen con complicidad.

—Venga, no seas cría —le dice una.

Y entonces lo coge, da una calada corta y empieza a toser como si se estuviera ahogando. Por supuesto, todas empiezan a reírse sin molestarse en disimularlo. Lena se ríe también, como intentando restarle importancia, aunque le lloren los ojos, aunque se le nota incómoda. Se pasa el resto del rato muy callada. Creo que se siente un poco avergonzada. Siempre había rechazado el tabaco, así que no entiendo por qué esta vez ha entrado en su juego. Pensaba que le daba igual lo que pensaran de ella, que no iba a dejarse llevar por la presión del grupo, pero estaba bastante equivocada.

Yo no digo nada, pero algo dentro de mí se enfría. Por primera vez siento que Lena se aleja un poco, como si estuviéramos en lados distintos de una línea que hasta hoy no existía.

—Oye, vamos mañana a la cala de detrás del faro —dice Ámbar, mirando a las chicas nuevas.

Jessi sonríe, como quien ya ha decidido quién puede ir y quién no. No nos preguntan si queremos ir, tampoco nosotras fingimos interés, aunque por dentro algo se me encoge.

El resto del verano seguimos quedando con Jessi, Ámbar y las demás chicas para ir al parque. A la playa ya iban sin nosotras, Lena y yo hacíamos otros planes juntas, o eso intentábamos. A veces ni nos veíamos. A veces ella decía que tenía cosas que hacer, o se iba sin avisar. Yo intuía que iba a la playa con ellas, pero no preguntaba.

El grupo se fue haciendo cada vez más grande. Se unieron algunos chicos del pueblo, más mayores, con motos y coches, y esa actitud chulesca que en aquella edad parecía magnética. Hablaban de escapadas a media noche, de alcohol robado, de porros, de noches que confundían diversión con peligro, y lo contaban como si fuera lo más normal del mundo.

Yo les escuchaba contar anécdotas que no había vivido, bromas que no entendía y poco a poco empecé a sentirme como una invitada en un grupo del que Lena ya formaba parte. Y yo... Yo estaba ahí por inercia, por ser la amiga de Lena, nada más.

Jessi era claramente el centro de atención y Ámbar no se separaba de ella. Eran las que mandaban, las que decidían qué se hacía, con quién y quién sobraba.

Esa tarde en el parque, cuando Lena dio aquella calada, no lo entendí del todo. Aun así, fue como ver cómo se abría una puerta y cómo ella daba un paso dentro. Yo me quedé fuera, mirando, y supe que ya no era lo mismo.

CAPÍTULO 4

Hoy, viernes

El café se me ha quedado frío y no me sabe demasiado bien, aunque me da igual, lo que me ha removido no estaba en la taza. Estaba en aquella toalla, bajo el sol, hace veinticinco años... «Yo es que no podría estar como tú»...

Ahora veo fotos de esa época y alucino, ¡porque estaba estupenda!

Tenía catorce años, una piel sin estrías, una sonrisa tímida pero auténtica, un cuerpo sano, fuerte. No era perfecta, claro, me sobraba algo de peso y era más ancha que las demás. Tampoco tenía nada que arreglar, solo que entonces no lo sabía porque nadie me lo dijo, porque aprendí demasiado pronto a mirar mi reflejo con desprecio, como si yo no fuera suficiente por no verme como ellas.

No puedo evitar pensar si todo habría sido distinto en el caso de que aquella tarde me hubiera defendido. Porque, después de aquella frase vinieron muchos comentarios más, de muchos tipos, pequeños, sutiles y no tan sutiles, acompañados de una sonrisa o de un «lo digo por tu bien».

En los veranos siguientes, Lena se fue acercando cada vez más a Jessi y a Ámbar. Decía que se aburría si no íbamos a la playa, que allí surgían todos los planes divertidos, que si no iba se sentía excluida. Y tenía razón.

Esos años todo empezó a girar en torno a eso: estar en la playa, tener a quién mirar y que te miraran, como si eso fuera un escaparate. Enseñar carne era el objetivo, carne que yo no quería enseñar, no por pudor ni por principios, sino por vergüenza, por miedo al juicio.

El postureo ya existía en aquella época, aunque no hubiese redes sociales. Lo suyo era codearse con la gente guay, sentir que formabas parte de algo que no querías perderte, aunque no supieras del todo si querías estar allí. Aprendías a sonreír para no parecer borde, a asentir para no parecer insegura y a reírte de su mierda de chistes para que no se notara que estabas fuera.

Poco a poco, nuestra amistad cambió, sin dramas, sin gritos, solo con una distancia cada vez más evidente. Lena empezó a contarme menos cosas, to también. Aunque nos seguíamos llamando amigas y salíamos juntas, ya no éramos lo mismo.

No lo vi venir, pero aquel día de playa fue el principio de todo lo que vendría después.

Dije tantas veces que no me gustaba la arena, ni el sol, ni el salitre, para evitar ir a esos planes y que me juzgaran, que me lo creí. Y no era verdad. Nunca lo fue.

Me encanta el mar y la playa. Me encantaba entonces, pero aprendí a decir que no porque era más fácil que soportar la vergüenza. Aprendí a esconderme y a tragar con todo, y en ese escondite se me pasó la adolescencia.

Qué rabia pensar en todos esos veranos que dejé que me robaran...

Venga, suficiente descanso, vuelvo a la tienda.

Justo al salir de la cafetería, el móvil vibra.

Un mensaje. Es de Isaac:

Estoy en la isla. Sé que hace mucho que no vienes, que te trae malos recuerdos y que te lo estoy diciendo con poco margen, pero ¿te apetece que nos veamos esta tarde aquí? Tengo algo que contarte, algo raro. Tiene que ver con lo de Jessi. No puedo acercarme a la ciudad hoy, he quedado con otra persona y tengo un par de cosas pendientes aquí. Ya te contaré. Te llamaría, pero es largo de explicar. Además, hace mil que no nos vemos. ¿Te animas a venir?

Respondo deprisa:

¡Qué raro tú por allí! Pensaba que seguías fuera recorriendo el mundo. Yo también tengo ganas de verte. Justo mis padres llevan semanas pidiéndome que pase por el piso de la playa. Quieren reformarlo y necesitan que revise qué cosas quiero guardar antes de empezar la obra. Lo he ido posponiendo, ya sabes. No he vuelto desde lo de Lena y no me apetece cruzarme con la gente. Déjame que lo piense, me acabas de dejar con la mosca detrás de la oreja.

Parece que voy a tener que empezar a hacer el ejercicio de mi psicóloga antes de lo que esperaba. No puedo decir que no. Tengo que *evitar evitar*.

En el fondo, lo sé, tarde o temprano tenía que volver.

A las dos cierro la tienda y vuelvo a casa. Huele rico, a refrito de ajos y comino.

—¡Mmm! Huele a comida india —digo al entrar en casa.

Paul ya ha puesto la mesa y la comida está servida: pollo *tikka* masala con arroz. Es un cocinillas y me encanta.

—Vamos, siéntate, que se enfría —dice—. ¿Qué tal en la tienda?

—Todo normal. Bueno, excepto por la rayada mental que tengo desde ayer con lo de Jessi.

Me mira, con esa mezcla de paciencia y alerta que solo él sabe poner, y deja el tenedor a medias.

—Emma, han pasado veinte años. Era una manipuladora. No merece la pena que te comas la cabeza.

Asiento. Él sabe cosas, las necesarias. Le he contado episodios sueltos a lo largo de los años, pero nunca toda la historia.

—Es que se me ha removido algo, no sé... ¿Te acuerdas de Lena, mi amiga de la isla, la que desapareció justo el día que cumplía veinte años?

—Sí. Nunca me has contado bien qué pasó y yo no te pregunto para no incomodarte.

—Ya... Es que me cuesta hablar de aquello y recordar esa época. La noche de su desaparición yo fui la última en verla. Sus padres la buscaron por todas partes, pero nunca supimos nada. Se

decía que se fugó a Italia con un chico, que igual estaba embarazada, que tenía problemas con sus padres, incluso que se había metido en cosas chungas con drogas. Cada uno dijo una cosa, pero lo cierto es que fue como si la tierra se la hubiese tragado. Y la policía tampoco es que buscara mucho.

—Y tú, ¿qué crees que pasó?

—No lo sé. Nos habíamos distanciado. Había cambiado mucho y no se portó demasiado bien conmigo el año anterior. Pero esa noche fue extraña. Recuerdo cosas sueltas: una discusión con las chicas, sensación de culpa.... Pero es como si mi mente lo hubiera borrado.

—¿Y esas lagunas? ¿Tú pasándote con el alcohol?

—Bueno, ese día bebí, sí, pero siempre he pensado que alguien me puso algo en mi bebida. Me puse fatal. No recuerdo ni cómo llegué a casa. Para colmo, me desperté con el timbrazo de la madre de Lena que venía a preguntar si sabíamos algo de ella porque no había dormido en casa.

Me encojo de hombros.

—Después de eso, ya no volví a la isla. Solo he seguido en contacto con Isaac. De hecho, me ha escrito de nuevo esta mañana. Me ha pedido que vaya hoy a la isla. Dice que tiene algo raro que contarme sobre la muerte de Jessi. Y mañana es el funeral.

—¿Vas a ir?

—No me apetece nada volver, pero he tenido terapia esta mañana y tengo que enfrentarme a esto. No sé qué hacer... No quiero ver a la gente, me da mal rollo después de tanto tiempo. No sabría ni cómo reaccionar si me cruzo con alguien del pasado. Además, llevo demasiadas semanas dándoles largas a mis padres con lo de las cosas del piso y quieren meter a los gremios ya para empezar la reforma. Además, con todo el tema de la fecundación *in vitro* y las visitas a la clínica luego va a ser más complicado ir.

—Hazle caso a tu psicóloga. Creo que ya es hora de quitarte las excusas y pasar por allí. Igual es buen momento para enfrentarte a tus demonios. No puedes vivir siempre con miedo a la gente o a los recuerdos del pasado. Además, si tenemos un hijo estaría bien

poder ir algún verano a la isla. Yo creo que lo disfrutaríamos un montón.

—Tienes razón. No sé, puedo ir este fin de semana, así me obligo a salir y a exponerme a la gente y a los malos recuerdos. Además, estará Isaac, que no es como ir yo sola. Y tú trabajas, así que tenía pensado quedarme aquí tejiendo y viendo series. Pues mira, cambio de planes. Esto va a ser difícil...

—¿Quieres que te acompañe? Puedo cambiar mis turnos de guardia con alguna compañera. ¿Cómo piensas traer las cosas del piso? Con lo que te gusta todo lo *vintage*, seguro que querrás rescatar la mitad. Además, estás con la medicación de las hormonas. Y con la cosa que te dan las agujas, no sé si vas a ser capaz de hacerlo sin la ayuda de tu señor marido y enfermero personal.

—No te líes, voy con Isaac. Lo que quiera quedarme lo aparto para que mis padres lo traigan. Esta noche te llamo y te cuento cómo ha ido la cosa con Isaac. Y prometo quejarme de los pinchazos con todo lujo de detalles.

Paul asiente. Sabe cuándo insistir y cuándo no.

—Me pondría celoso si no supiera que Isaac es el rompecorazones al que besaste de adolescente y que resultó ser gay.

Sonrío, por primera vez en todo el día.

—Voy a avisar a mis padres de que voy al piso. Me dijeron que este finde no iban ellos, que dan lluvia y que se quedan en la ciudad.

—¿Estás segura de que quieres remover todo esto? La extracción de óvulos es en unos días y deberías estar tranquila.

—Lo sé, pero creo que esto ya se ha empezado a remover solo. Y no quiero seguir viviendo con esa incógnita abierta.

—Solo una cosa —añade—: recuerda que tú no eres la chica del 2005, ahora sabes decir que no. Eres una mujer adulta y segura, y sabes quién eres. No dejes que nadie te haga dudar de eso, ¿vale?

Le aprieto la mano por encima de la mesa, me levanto y le doy un beso.

Después de comer me siento en el sofá con el móvil en la mano. Isaac está en línea. Le escribo:

Quedamos en la terraza del bar El Puerto a las 18:30. ¿Te va bien? Tengo un ferry a las 17:30.

Miro de nuevo el mensaje después de enviarlo. Hace tiempo que no nos vemos y esto no es un reencuentro cualquiera. Sé que esta historia no se va a resolver con una charla rápida y también sé que algo se ha activado dentro de mí, algo que no puedo volver a dejar pasar, como hice con lo de Lena.

No es solo por Isaac ni por mis padres, ni siquiera por cerrar heridas del pasado. Es por mí, porque no quiero seguir atrapada en una historia incompleta que me acompaña desde hace veinte años. Si de verdad quiero ser madre, necesito entender qué tipo de persona fui aquella noche y quién soy ahora. Si voy a cuidar de alguien, tengo que saber primero cómo cuidar de mí misma, incluso si eso significa volver a mirar de frente aquello que nunca he podido recordar del todo.

Isaac responde enseguida:

Allí estaré. Estoy deseando contarte lo que he descubierto. La gente suelta mucho la lengua en cuanto le invitas a dos cervezas. Por cierto, trae impermeable y paraguas: estos días llueve y hace fresco cuando se va el sol.

Siempre tan atento.

Isaac y yo siempre fuimos los raros dentro del grupo. Mientras los demás se dejaban arrastrar por las dinámicas de poder de Jessi y Lena, Isaac tenía su propio criterio. Era observador, divertido, el único que nunca me juzgó ni me hizo sentir menos.

Cuando todo se desmoronó aquel verano, fue el único con quien seguí hablando. Él supo salir de aquel grupo mucho antes de que me echaran de él.

CAPÍTULO 5

Estoy en el ferry rumbo a la isla. Es un barco mediano, de dos plantas: abajo entran unos quince o veinte coches, encajados como piezas de un puzle; arriba, los pasajeros elegimos entre sentarnos bajo techo o quedarnos de pie en la cubierta, al aire libre. Yo he preferido acomodarme dentro, junto a una ventana. He sacado la labor, aunque, más que tejer, observo el cielo encapotado: tiene pinta de que va a llover. Aunque el fin de semana han dado lluvias, el ferry va hasta arriba. Es viernes y los de la ciudad escapan a sus segundas residencias, buscando descanso.

Me repito que no pasa nada, que puedo con esto, que al fin y al cabo es solo un viaje más; pero ahora que el motor ruge y la costa se difumina detrás de mí, ya no estoy tan segura de haber tomado la mejor decisión. Fui valiente delante de mi psicóloga. Volver a la isla sonaba razonable, pero una cosa es decirlo en consulta y otra muy distinta es estar aquí.

Isla Ballena, así se llama. Pasé tantos veranos allí... No he vuelto desde hace veinte años. Aun así, recuerdo muchos veranos como si no hubiera pasado el tiempo.

La isla no tiene forma de ballena ni nadie ha visto nunca una por allí. Ni siquiera los ancianos del puerto saben explicar por qué ese nombre. Algunos dicen que, hace siglos, varó una ballena en la costa norte y que desde entonces se le quedó el nombre. Otros creen que es una traducción mal hecha de alguna palabra antigua que no tenía nada que ver. Lo único seguro es que no hay ballenas y que nunca las ha habido. Pero, para los que crecimos allí en verano, es simplemente la isla.

Hay dos zonas muy marcadas: el pueblo con el puerto, el faro en lo alto del acantilado, casas encaladas, redes secándose al sol y olor a pescado desde las siete de la mañana; y la zona de la playa,

más tranquila, con edificios bajos de tres o cuatro plantas, piscinas, algún hotel y veraneantes que vuelven cada año al mismo apartamento.

En los 2000 los veraneantes de la ciudad éramos «los de fuera» y los nativos que vivían allí todo el año, «los del pueblo». Los del pueblo eran más cerrados. Gente tradicional, muchos pescadores o gente con oficios duros, y costumbres que no se tocan. Con el tiempo asumí que los de la ciudad no les gustábamos. Nos toleraban porque traíamos dinero en verano, pero en el fondo nos miraban como si fuéramos una invasión.

De igual manera que en la ciudad, la fama de la gente de la isla tampoco era, ni es ahora, la mejor: gente ignorante, problemas de drogas, madres adolescentes... *La crème de la crème*.

Por aquel entonces los piques eran constantes, sobre todo entre los chavales: que si las chicas de la playa éramos unas pijas que íbamos de finas, que si los chicos del pueblo eran unos garrulos sin neuronas y medio delincuentes —algunos sin el *medio*—. Diría que la tasa de hermanos encarcelados entre amigos y conocidos era más alta que en ningún otro sitio del país.

Los fines de semana por la noche era fácil presenciar alguna pelea en la zona de bares entre grupos de chicos del pueblo contra grupos de chicos de fuera. A veces incluso hubo navajazos y sillas volando. Por no hablar del tráfico de drogas, que era más que evidente. Sábado sí, sábado no, había alguna redada.

Siendo un pueblo, no faltaban los rumores, por supuesto. En Isla Ballena corrían más rápido que el viento. Si un verano besabas a alguien que no debías, al día siguiente lo sabía hasta la pescatera.

Incluso si no lo habías besado, se inventaban que sí y ya estabas marcada. Y si eras diferente, mejor que tuvieras un plan para largarte en cuanto pudieras.

Hoy en día quiero pensar que las cosas han cambiado, que la gente no es tan homófoba, machista ni racista, o que no juzga a los que se divorcian o toman decisiones impopulares. Pero la verdad es que no pondría la mano en el fuego.

Aun con todo eso, la isla tenía algo que te enganchaba, tengo muy buenos recuerdos.

El ferry avanza con ese traqueteo constante que a algunos les marea y a otros, como a mí, les calma. Las olas golpean el casco, las gaviotas gritan como si alguien les debiera dinero y la brisa húmeda me acaricia la cara. He traído el jersey de punto que tengo a medio tejer, a ver si avanzo y termino al menos una manga para el domingo.

En los auriculares suena *Linger*, de The Cranberries. Es mi grupo favorito de toda la vida, en parte gracias a Isaac, que me los redescubrió.

La canción es suave, melancólica, perfecta para este momento suspendido entre el presente y el pasado. La letra no es precisamente alegre: habla de la decepción, de la mezcla amarga de sentimientos cuando alguien en quien confías te traiciona, pero tú te agarras igualmente al recuerdo de lo que fue, o de lo que esperabas que fuera.

No es el caso de Isaac, él siempre fue un buen amigo.

Estoy tratando de recordar cómo nos conocimos... Fue en el verano de 2001, cuando llegó a la isla.

Su madre compró el último piso del edificio junto a la playa donde Lena y yo vivíamos. Es madre soltera, así que te puedes imaginar lo mucho que dio eso que hablar en el pueblo. En esta isla todo el mundo juzga sin saber.

Mi familia tenía el segundo piso. Lena vivía en el primero e Isaac en el tercero.

Lo reformaron entero y organizaron una barbacoa en la azotea comunitaria con todos los vecinos para inaugurar la casa. En la isla, eso era importante. Era su forma de decir «no somos veraneantes estirados y nos relacionamos con la gente».

El día de la barbacoa, Lena, Isaac y yo nos hicimos amigos y empezamos a hacer planes juntos. Después, Isaac se unió al grupo con Jessi, Ámbar y los demás.

Pero se notaba que Isaac no caía bien a los chicos del grupo, a los del pueblo. Le miraban raro desde el primer día. Era demasiado extrovertido, demasiado libre, demasiado inteligente, demasiado él, así que estaba más con las chicas.

Aunque aún no lo sabíamos, encajaba poco en un sitio donde todo lo que no se entiende se convierte en chisme o burla. En esa época, ni él ni yo sabíamos lo caro que se pagaba aquí ser diferente.

A Isaac le fascinaban las pelis raras para tener solo dieciséis años: decía que *Trainspotting* era una obra maestra y se sabía diálogos enteros de *Pulp Fiction*.

No se cortaba un pelo en decir lo que pensaba: si alguien hacía un comentario fuera de lugar, le paraba los pies sin dudarlo, aunque eso le ganara enemigos.

Tenía carácter, además de carisma y labia. Le encantaba hablar con todo el mundo, desde el camarero del bar hasta la señora del ultramarinos —sobre todo con el camarero del bar—, y tenía esa capacidad extraña de hacer que la gente confiara en él. Así que siempre se enteraba de todo antes que nadie.

Los cotilleos le fascinaban, pero no por maldad. Lo suyo era más por tener tema de conversación que por el chisme en sí. Ya entonces se notaba que le gustaba escuchar y entender a la gente.

Una vez nos dijo que quería dedicarse a contar historias; que no sabía si lo haría con una cámara, en una redacción o escribiendo libros, que solo sabía que quería contar cosas que importaran.

Siempre llevaba un cuaderno encima donde apuntaba ideas para escenas, frases que escuchaba o historias que se inventaba mientras hablábamos.

Era de esos que te hacían sentir que el mundo no empezaba ni terminaba en la isla.

Y por eso fue amistad a primera vista. Nos hicimos inseparables desde el primer día.

Recuerdo una tarde en la que dimos un paseo hasta el faro los dos solos. No sé muy bien por qué, quizás porque era lo que se supone que hacían los de nuestra edad, pero al llegar allí nos besamos. Al instante nos miramos y nos dio un ataque de risa. Supimos, sin decirlo, que lo nuestro era otra cosa: una buena amistad y para de contar.

El verano siguiente me lo dijo: era gay. Fui la primera en saberlo y, la verdad, no me sorprendió. Fue como si me dijera que era vegano. Creo que eso me habría impactado más.

También fue ese verano cuando decidió que lo del cine le quedaba grande, aunque sigo pensando que no tenía razón. Él decía que, en realidad, quería ser periodista.

Y eso lo cumplió.

No tengo ni idea de lo que ha descubierto, pero, si me ha pedido que venga, no será ninguna tontería.

CAPÍTULO 6

Veo a Isaac en la terraza del bar El Puerto, mirando al mar y con ese gesto ausente que le salía cuando pensaba demasiado.

Lleva unas gafas de sol totalmente innecesarias para un día tan gris como hoy, una barba muy hípster y un abrigo negro que le da un aire de periodista bohemio.

Se levanta al verme y sonríe.

—¡Qué guapa! Estás igual que siempre.

—Anda ya. Mis canas no opinan lo mismo. En cambio, tú estás más interesante que nunca con esa barbita —le digo abrazándolo con fuerza.

Nos sentamos. Él pide otra cerveza y yo un agua con gas.

—¿Qué tal andas? Ya veo en Instagram que sigues a tope con la mercería.

—Pues la verdad es que estoy feliz. Tengo varios grupos con alumnas, tejemos punto y ganchillo. Algunas hasta creen que soy sabia y todo, pero en realidad son ellas las que me enseñan a mí. Yo solo les ayudo con las matemáticas, para que sepan calcular mejor las medidas de los jerséis que tejen. Pero lo cierto es que muchas solo vienen a contar sus penas y pasar el rato, ¡ja, ja, ja!

Isaac se quita las gafas, me coge las manos y dice serio:

—Emma, me da rabia haber estado tan desconectado últimamente.

—Bueno, es normal, cada uno va a lo suyo, con la rutina, la distancia... Al final cuesta mantener el contacto. No es solo cosa tuya, va en las dos direcciones.

—Creo que la última vez que nos vimos fue estando tú ya casada con Paul.

—Sí, en la fiesta sorpresa que preparó para mi cumpleaños, el mismo año de mi boda. Me casé hace tres ya... Qué fuerte.

No sé por qué, pero estar con Isaac siempre hace que me sienta como si el tiempo no hubiera pasado, así que no me cuesta contarle detalles más íntimos de mi vida.

—Aquella noche, justo después de la fiesta, tuvimos una conversación seria sobre ser padres.

—Ostras.... No me digas que voy a ser *tío*... —dice, marcando las comillas con los dedos.

—No, aún no, pero llevamos intentándolo desde entonces. Ahora estoy en pleno tratamiento hormonal para hacer la *in vitro*, así que no me iré muy tarde porque me toca darme unos pinchazos antes de dormir.

Isaac se queda callado un segundo. Me mira con esa mezcla de cariño y cautela suya.

—¿Y tú cómo estás con todo esto? Siempre dijiste que no sentías ese instinto maternal.

—Bueno, tampoco creas que me visualizo como madre. A veces me miro al espejo con la barriga hinchada de las hormonas y pienso: «¿Qué estás haciendo?». Pero también me he sorprendido teniendo sueños raros en los que tengo un hijo que me adora. Es que con Paul empecé a ver la vida de otra forma. Me lancé con miedo, claro, aunque por suerte tengo una psicóloga estupenda que me ayuda mucho.

—Yo también tengo la mía, no eres la única con taras —dice soltando una carcajada.

—Bueno, pero que sepas que esto del tratamiento no se lo he contado a casi nadie, solo a nuestros padres y ahora a ti.

—Jo, pues gracias por contármelo. Y te lo prometo: cero presión. Cuando llegue el momento, si llega, estaré listo con una tarta de pañales y champán sin alcohol.

—Serás de los primeros en saberlo.

Isaac ríe. Hay algo cálido en su cara, pero también una sombra que no le abandona.

—Y tú, ¿dónde has estado?

—Buscándome... Londres, luego Berlín y la última etapa en Manhattan. Trabajaba en un periódico potente, pero todo fachada. Mucho nombre pero poca alma. Y vivir allí es una puta ruina.

—¿Has vuelto para quedarte o cuál es el plan?

—Sí, de momento me quedo en casa de mi madre. Además, ya tocaba cerrar etapa como periodista y quitarme la espinita de escribir ficción... —Me mira como si estuviera a punto de soltarme un secreto—. Aunque me dé miedo gafarlo te lo voy a contar, venga... Estoy escribiendo un libro sobre narcotráfico. Y dime, ¿qué mejor sitio para inspirarse que esta isla?

Ambos reímos, pero su tono cambia.

—Por desgracia lo de Jessi ha trastocado un poco mis planes.

Le cambia la cara. La mirada se le oscurece, como si hubiera estado conteniéndose todo este tiempo.

—Lo que te voy a contar no es solo raro, es inquietante. Y creo que tú tienes más piezas del puzle de lo que crees.

Me quedo helada. Algo en su tono me revuelve por dentro, como si mi cuerpo reconociera un peligro antes que mi cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, bajando la voz.

Justo entonces, un trueno nos interrumpe, obligándonos a levantarnos a toda prisa.

—Mejor entramos y te lo cuento con otra cerveza, esta vez mejor sin alcohol, que luego he quedado y no quiero presentarme achispado —dice Isaac.

Bien, mejor, no me gusta estar con alguien cuando se le nota que ha bebido, me incomoda. Me cuesta saber cómo comportarme, porque no sé si sigo hablando con la misma persona o con una versión editada por el alcohol.

Al entrar me da un escalofrío. Se me llena el cuerpo de una nostalgia rara que me provoca una sensación muy mala. Este sitio es el último lugar que pisé, todavía lúcida, la noche en la que Lena desapareció.

Dentro huele exactamente igual que hace veinte años: a cerveza rancia y madera húmeda. Todo sigue en su sitio: la barra con el acolchado de polipiel medio pelado, las luces bajas que no disimulan el desgaste, las mesas cojas y las sillas que crujen al mínimo movimiento. El pequeño escenario aún sobrevive, quizás ahora lo usen para algún concierto acústico de tarde en tarde. En la tele está puesta una *playlist* de Bon Jovi como banda sonora.

Aprovecho que Isaac pide en la barra para ir al baño.

Empujo la puerta del aseo y el ambientador dulzón me golpea en la cara. Es el mismo olor que había cuando abrían el bar los sábados en la época en que empezamos a salir de fiesta, un intento torpe de disimular el tufo a pis y vómitos de la madrugada anterior. Todo parece igual. Pero yo no soy la misma, aunque a veces no estoy tan segura. Muchas veces me sigo sintiendo como una adolescente en el cuerpo de una casi cuarentona.

Las puertas de los retretes siguen cubiertas de pintadas con rotulador permanente. Algunas están intactas, otras han palidecido con los años: «Las cinco reinas del puerto estuvieron aquí (agosto 2001)», «Jessi X Leo«, y «Jessi canta, el mundo calla».

Cuando empezamos a salir de fiesta te dejaban pasar si tenías dieciséis o si parecías tenerlos y no montabas escándalo. Hacían la vista gorda, sobre todo si eras chica. Nadie te pedía el carnet para servirte alcohol mientras no te desmayaras en la barra.

Justo entonces suena *It 's my Life*, de Bon Jovi, lo que

hace que retroceda en el tiempo hasta mi primera noche de fiesta durante el verano de 2001...

CAPÍTULO 7

Julio de 2001

Este verano, Lena, Isaac y yo cruzamos por primera vez la puerta del bar karaoke El Puerto.

Es el sitio de moda, donde se junta toda la gente joven de la isla a beber, cantar e intentar ligar.

Aún no he cumplido los dieciséis, me faltan tres meses. Lena sí, los celebró el mes pasado. Isaac los tiene desde enero.

Jessi y Ámbar van por delante, son del 84. Tienen diecisiete, casi dieciocho y un máster en noches de fiesta.

Se conocen a todo el mundo: quién liga con quién, a qué grupo de chicos arrimarte para conseguir chupitos gratis, con qué chicas no meterse si no quieres acabar en una pelea de gatas...

En cambio, Lena y yo aún estamos aprendiendo a andar con plataformas sin parecer ciervos recién nacidos.

Estamos en la cola esperando para entrar y Jessi me escanea de arriba abajo.

—Tía, los pantalones de campana con las plataformas molan, pero se te marcan un montón las bragas —dice, como quien te quiere dar un consejo de buena amiga—. Deberías llevar tanga si quieres que te dejen entrar... Además, así los chicos se fijarán más en ti. Te lo digo por tu bien.

Ámbar remata sin levantar la vista del espejo de mano mientras se arregla la sombra de ojos negra.

—Ya te digo, parece que este año tu abuela no te ha prestado solo los bañadores.

Cada año las mismas burlas sobre mi ropa, que si es de abuela... Me tienen harta, pero no digo nada.

—Bueno, chicas, ¿qué tal si dejáis los consejos de mierda y entramos? —Isaac se adelanta y abre la puerta del bar como si fuera el portero de una gala.

—¿Listas para hacer historia? —dice Jessi.

—O para hacer el ridículo... —dice Lena en bajito sonriendo.

Entramos.

El suelo está pegajoso, la música demasiado alta y el olor a tabaco se te queda pegado a la ropa, pero

da igual, estar aquí hace que te sientas parte de algo, como si ya fueras mayor y libre.

Jessi va directa al mostrador donde te apuntas para el karaoke. Ámbar la sigue, cómo no, para elegir una canción que cantar juntas.

Nosotros pillamos una mesa al fondo y pedimos una jarra de cerveza para todos.

—¿Qué creéis que va a cantar? —pregunta Isaac, apoyando los codos en la mesa.

—Algo de *Britney Spears* seguro —digo yo.

—Voto lo mismo —añade Lena—. Será algo con coreografía para lucirse, eso fijo.

Después de tres jarras de cerveza de litro para los cinco, y varios grupos de chicas berreando en el escenario como si estuvieran en una audición en *Factor X*, el DJ llama a Jessi por el altavoz y sube a cantar con Ámbar.

Suena *Oops I Did it again*.

Jessi agarra el micro con ambas manos, pone morritos y empieza a contonearse como si estuviera en un videoclip de los noventa. Durante la canción Ámbar lucha por acercarse al micro y que se le oiga un poco también.

Justo cuando llega el estribillo, entra Leo, el buenorro del pueblo que tiene a media isla loca. Alto, moreno, con ojos oscuros y una mirada que impone. Camina como si nunca tuviera prisa. Tiene esa clase de presencia que no necesita levantar la voz, y eso lo hace aún más magnético.

Con él vienen otros cuatro amigos con los que nos empezamos a juntar desde finales del verano pasado. Siempre aparecen cuando

menos te lo esperas, como si no necesitaran avisar para que todo el mundo se organice a su alrededor.

Su hermano mayor —al que todo el mundo teme en la isla— le ha dejado una especie de legado, una reputación que Leo lleva encima como una prenda heredada. No hace falta que amenace a nadie, su apellido ya lo hace por él, y él lo sabe. Nadie quiere tener problemas con él, mucho menos con su hermano. El hermano de Leo siempre es ese tema del que nadie habla mucho. Tiene pinta de estar siempre metido en cosas turbias. Todos lo sabemos, aunque nadie lo diga en voz alta.

Además, Jessi y Leo llevan unos meses saliendo. Desde que empezaron, ella no se pierde un solo fin de semana en la isla. Siempre encuentra la forma de dejar claro —sobre todo a Lena y a mí— que ya juega en otra liga, como si necesitara recordarnos todo el tiempo que ella ya está con chicos, que ya vive cosas, mientras nosotras seguimos siendo las crías del grupo, las que todavía no pintamos nada.

Los demás chicos solo vienen para acompañar a Leo... Bueno, y alguno que otro con la esperanza de ligarse a Ámbar. De Lena y de mí pasan olímpicamente, ni se esfuerzan en fingir que existimos.

Jessi los ve y los saluda desde el escenario. Parece que los estaba esperando. Y sigue cantando mirándolos directamente, como si se lo cantara a ellos. Leo se queda apoyado en la pared, con los brazos cruzados, sonriendo.

A su lado está Jonathan, Jon para los amigos. Alto, flaco, siempre con una camiseta sin mangas que le deja ver unos tatuajes de malote en los brazos. Se pasa la mano por el pelo rapado al dos y después se toca el *piercing* de la ceja, parece que es el tic que repite cada vez que quiere hacerse el interesante. Le habla a la gente con tono burlón, como si la vida entera fuera una coña. Se cree el alma del grupo, el gracioso, el que va de sobrado.

Tiene una moto que hace más ruido que velocidad y trapichea con porros como si fuera el Pablo Escobar de la isla. Siempre tiene algo que decir, aunque nadie se lo pida. Y siempre con aires de superioridad.

Su especialidad es reírse a costa de otros: comentarios homófobos, chistes machistas pasados de rosca, imitaciones crueles. Le encanta humillar y mirar alrededor para asegurarse de que todos lo han oído.

Encima no hay noche que no monte una pelea contra algún chico de la ciudad que viene a *invadir* la isla en verano, como si eso también fuera parte del ocio nocturno. Y lo peor es que todo el mundo se lo permite y le jalea. Parece intocable. No me cabe en la cabeza cómo alguien así puede intimidar e imponer tanto. Encima es como si su presencia fuera imprescindible para que la fiesta valga la pena..., o para proteger al grupo al no estar en el bando contrario.

De todas formas, aunque parezca un tío duro y seguro, vive a la merced de Leo. Es el único al que Jon escucha sin rechistar. Es el que puede callarlo con una sola mirada. Leo quizás es a la única persona en este mundo a la Jon que respeta.

Isaac, Lena y yo no le soportamos, aunque intentamos disimularlo; no como él, que claramente tampoco nos traga y no se corta. Este verano Jon ha celebrado su cumpleaños e invitó a todo el mundo, menos a nosotros tres. Sin ningún tipo de reparo. Ni una excusa, ni una explicación, solo la omisión descarada, como si no existiéramos.

Con Ámbar, en cambio, se porta distinto: le hace bromas, le guarda sitio, la escucha. Son tal para cual, como si con ella sí mereciera la pena hacer el esfuerzo. No parece que estén liados, aunque a Ámbar se le ve a leguas las intenciones.

Jessi baja del escenario entre aplausos de los chicos de las primeras filas. Bueno, más por cómo ha bailado que por cómo ha cantado. Pasa por nuestra mesa sin detenerse.

—Me voy fuera con los chicos. Luego os veo —dice como quien avisa de que sale a que le dé el aire, no como quien va a desaparecer del mapa.

Ámbar se levanta, medio instintiva.

—Te acompaño.

Y se van.

Isaac intenta romper el silencio.

—¿Cantamos nosotros algo? ¿Una de las *Spice Girls* a tres voces?

—¿Qué os parece si cantamos *It 's my Life* los tres? Además, es mejor que no parezcamos un grupo al que le han dejado tirado la mitad de los componentes... —sugiere Lena.

Subimos al escenario con el puntillo de la cerveza y las luces de colores. Isaac lleva la voz principal y se entrega como si hubiera nacido para esto. Lena y yo intentamos seguirle el ritmo, descoordinadas pero a carcajadas.

Nos lo pasamos tan bien que no nos damos cuenta de que Ámbar ha vuelto al bar y está bebiendo sola en la mesa, esperando a que terminemos.

Cuando termina la canción y bajamos del escenario, nos espera con un cubata de vodka con limón y cara de sentirse el segundo plato.

—¿Dónde está Jessi? —pregunta Isaac.

Ámbar no contesta de inmediato. Da un sorbo y respira hondo como para que no se le note su decepción.

—Se ha marchado con Leo —dice al fin—. A los diez minutos de salir del bar le ha dicho que tenía calor. Han cogido la moto para irse solos a los acantilados del faro a que les dé el aire.

Lo dice como si nada, pero hay algo raro en su tono. No sé explicarlo... Se le nota celosa con Jessi.

Pero no digo nada, como siempre.

Nadie dice nada.

Lena y yo cruzamos una mirada breve. No hace falta decir lo obvio: Jessi lo ha vuelto a hacer.

—Ya sabéis cómo es —dice Isaac, medio en broma—: si no hace bomba de humo al menos una vez por noche, no duerme tranquila.

—Bueno, ha dicho que luego nos ve, ¿no? —intento decir, como si eso arreglara algo.

—Sí, claro, luego... —dice Ámbar, alargando la palabra con esa voz suya dulce pero ácida—. Seguro que nos está esperando justo fuera, para que volvamos todos juntos a casa. Qué detallazo.

Lena cambia de tema con sutileza:

—¿Cantamos otra o ya ha sido suficiente ridículo por hoy? Si no, por mí nos vamos a casa.

—Joder, tengo el cubata casi entero y me he fumado un porro a medias fuera con Jon, no puedo irme así a casa. ¿También me vais a dejar tirada vosotros como ha hecho Jessi? —responde Ámbar indignada.

Así que se levanta cabreada y se larga fuera a ver si siguen los chicos.

El ambiente se ha tensado y Isaac, Lena y yo decidimos irnos a casa.

Mientras caminamos en silencio por la calle mal iluminada que baja hacia nuestro edificio, cada uno va en su propio mundo. No hablamos de Jessi, ni de Ámbar, ni de Leo, pero todos estamos pensando lo mismo: que aquello ya no es lo que era, que ya no somos ese grupo de amigos de antes, o que tal vez nunca lo fuimos.

Y los chicos del pueblo... Cada vez me molesta más que aparezcan y rompan la diversión de la noche. Llegan cuando les da la gana, se hacen los interesantes, lo contaminan todo con sus chistes malos, sus aires de superioridad, sus ganas de mandar.

Y yo aquí sigo, sin intención de apartarme, queriendo encajar y formar parte de todo esto, queriendo dejar de ser invisible.

CAPÍTULO 8

Ahora

Salgo del baño del bar y regreso al presente.

Ahí está Isaac, esperándome con su cerveza y algo importante que contarme sobre Jessi.

—Lo que te iba diciendo... Después he quedado con alguien para seguir con la investigación para mi libro. Tengo un amigo con derecho a roce en la Guardia Costera. Ayer me contó que desde hace meses están detectando entradas de cocaína y ketamina en la isla, y no a pequeña escala... Lo están metiendo por la costa en lanchas, como en los viejos tiempos, pero más a lo bestia.

—¿Ketamina? ¿El tranquilizante ese de caballos?

—Sí. Y lo peor: me ha contado que lo de Jessi fue una sobredosis.

—Qué quieres que te diga, no me sorprende. Ya en los 2000 apuntaba maneras.

—Sí, pero es que sé de primera mano que ella no consumía nada desde que se quedó embarazada de su hija. Lo dejó todo: ni alcohol, ni pastillas, ni bares, ni trapicheos... Se puso a limpiar casas. Vamos, que llevaba una vida tranquila. Y la hija ya tendrá como quince o dieciséis años. En serio, por lo que me han contado Jessi no tenía pinta de volver a eso a estas alturas.

—Veo que no estás desentrenado y te sigues enterando de todo, ¡ja, ja, ja! Entonces, ¿crees que no fue accidental?

Isaac se encoge de hombros.

—Solo sé que no cuadra, que aquí pasa algo. No me creo la versión oficial.

—¿Y qué sabes del perrito faldero de Jessi?

—¿Ámbar? Ahora es *Amber Fit With Love*, *influencer* de *fitness* y *alimentación healthy* con un rollo de *coach* de vida que me echa

para atrás. Da consejos para mantener el equilibrio emocional mientras te haces un *smoothie* con semillas de chía y una tabla para los abdominales.

—Increíble. Vale, no voy a juzgar... Bueno, un poco sí. Que sí, que ya sé que todos hemos cambiado mucho en veinte años, pero ¿Ámbar dando consejos de vida sana y manejo de emociones? ¿La misma Ámbar que en 2003 bebía vodka con limón, vomitaba todo lo que comía y criticaba el cuerpo de todas?

—A ver, Emma, le pega mucho. Siempre quiso ser el centro de atención, pero Jessi la eclipsaba. Ahora por fin tiene el escenario solo para ella. También le he mandado un mensaje por Instagram por lo de Jessi, pero dudo que me lea. Tiene más de quinientos mil seguidores que la adoran y tendrá la cuenta llena de mensajes.

—¿Y crees que sabe algo?

—No lo sé, pero si alguien guarda secretos es ella. Tengo que conseguir la manera de hablar con Ámbar.

Isaac apura la cerveza. Me mira con esa intensidad suya de siempre.

—Hay algo más... —añade, sacando la cartera sin prisa—. No quería soltarlo nada más verte, pero creo que deberías saberlo.

—Dímelo ya. Mira la bomba que te he soltado nada más llegar sobre mi *in vitro*... —susurro bromeando pero con un nudo apretado en la garganta.

—La semana pasada, unos días antes de morir, Jessi me escribió. Supo de mí porque publiqué en las redes una foto mía en la isla. Me dijo para quedar; eso sí, me pidió discreción. Nos juntamos una noche en la zona del faro.

—¿Cómo? ¿Y por qué a ti?

—No lo sé. Me dijo que se había acordado de que hacía artículos de investigación, que necesitaba a alguien que pudiera mover algunos hilos sin llamar la atención. Igual sabía que sigo teniendo mis contactos en la isla. El caso es que necesitaba ayuda.

Mi cuerpo se tensa y me sube una ola de calor desde el pecho hasta la frente.

—¿Y qué te dijo?

En ese momento me asalta una pregunta que nunca me había planteado hasta ese momento: ¿y

si Jessi no solo es una víctima y también es cómplice?

Me he pasado la vida odiándola, luego temiéndola y ahora empezando a compadecerla, pero

¿y si la historia no es tan simple?

Algo me dice que lo que voy a escuchar puede cambiarlo todo.

—Ya sabes que Jessi siempre tuvo esa manera de hablar exagerando todo lo que le pasaba, como si viviera dentro de una película. Pero esta vez parecía que tenía un problema grave; de hecho, lo primero que me soltó fue que estaba arrepentida.

—¿Arrepentida?

—Sí. Hasta me pidió perdón por cómo nos había tratado. Dijo que fue cruel, que no se sentía orgullosa y que llevaba años queriendo disculparse, pero había pasado tanto tiempo que no sabía ni por dónde empezar.

—Estoy alucinando.

Me dan ganas de llorar, sin saber muy bien por qué, tal vez por lo tarde que me llega esta disculpa, o porque una parte de mí no quería escucharlo. Es más fácil seguir odiando a Jessi que aceptar que todos cometemos errores cuando tenemos veinte años, más fácil mantenerla como una persona mala y tóxica que me dejó cicatrices que permitirle ser humana.

—El caso es que Jessi estaba muy nerviosa. Dijo algo que no entendí del todo: que lo que pasó con Lena no fue como todos creímos.

—¿Cómo que no fue como creímos? —pregunto, sintiendo cómo se me encoge el estómago.

—No lo sé. Quizás eso de que se largó con un chico por un supuesto embarazo no fue la verdadera razón de su desaparición... Pero es que fue una conversación muy rápida y no me dejó hablar. Me pidió que no contara a nadie que la había visto, que si alguien se enteraba su hija estaría en peligro... —Isaac hace una pausa—. De todas formas, tú fuiste la última en estar con Lena esa noche, ¿no? ¿estos años has recordado algo más?

Me quedo callada unos segundos.

—Recuerdo *flashes*, gritos como de una pelea y después, silencio. Pero no sé si son recuerdos o sueños. Sigo pensando que esa noche alguien me drogó.

—Eso seguro. Cuando te encontré caminando sola hacia la zona de bares estabas super desorientada —dice Isaac.

—Me suena que me lo contaste en su día, pero no lo recuerdo. La verdad es que nunca he sabido cómo pasé de estar fuera del karaoke con Lena a despertarme en mi cama.

—Normal, apenas podías hablar. Te llevé a la parada de taxis y esperé contigo toda la cola. No me fui hasta verte subir a uno, quería asegurarme de que llegabas bien a casa. Pero antes de irte murmuraste algo sobre Lena y el faro. Así que volví al faro, por si Lena estaba allí. Quería entender qué había pasado... —Hace una pausa—. Pero cuando llegué no había ni rastro de ella ni de nadie.

El faro, siempre el faro, como si todo girase alrededor de ese maldito lugar.

—Dices que Jessi te pidió discreción, que su hija si no estaría en peligro, pero ¿qué tiene que ver su hija con todo esto? ¿Por qué estaría en peligro por algo que pasó hace veinte años?

—No lo sé, Jessi no entró en detalles, pero parecía convencida de que, si alguien se enterara de ciertas cosas, podrían quitarle la custodia.

Isaac se encoge de hombros. Yo intento digerir todo lo que acaba de decir.

—¿Y la hija estaba aquí cuando encontraron a Jessi? Porque menudo palo...

—No, creo que estaba con su padre en la ciudad cuando pasó todo. Jessi y él estaban divorciados desde hacía años. Asumo que vendrán este fin de semana para el funeral.

El problema es que no me contó mucho más, porque en ese momento alguien la llamó al móvil mientras hablábamos. Miró la pantalla y se le cambió la cara. Total, que me dijo que había sido un error hablar conmigo. Por suerte, justo antes de irse me dio un nombre.

—¿Qué nombre?

Se pasa la mano por la nuca, como si eso pudiera quitarle peso al momento.

—Me lo dijo muy bajito: «Por favor, si me pasa algo investiga a Jon», y se fue.

—¿Jon? ¿Jonathan? ¿El homófobo de mierda y camello del grupo?

—Jon, el que ahora tiene un yate, se pasea con relojes caros y nadie sabe de qué coño vive, ese Jon. Yo diría que lo de trapichear en las discotecas se le quedó corto.

—Era puro veneno, no sé cómo pudo colarse en nuestro grupo.

—Por eso lo digo. No creo que lo de Jessi fuera un accidente. Creo que intentó contarme algo importante sobre la desaparición de Lena. Y ahora ya no puede.

El camarero deja la cuenta sobre la mesa. Isaac saca la tarjeta rápidamente para pagar.

—Mañana ya te dejo que me invites tú a desayunar. Es el funeral de Jessi a las once y voy a ir. Quiero ver quiénes aparecen y cómo se comportan. Espero que venga Ámbar. Es la única posibilidad de hablar con ella y sacarle algo de información.

Asiento despacio. No tengo ni idea de por qué lo digo, pero las palabras me salen solas.

—Voy contigo, pero entramos cuando la misa haya comenzado y nos ponemos atrás cerca de la puerta.

Isaac me mira, sorprendido.

—¿Estás segura?

—No. Si voy es porque vas tú y por cerrar esta etapa con Jessi, de lo contrario ni siquiera me plantearía ni pisar esta isla. Pero, ya que voy, prefiero pasar un poco desapercibida.

—Trato hecho.

Chocamos suavemente los vasos, ya vacíos. Mañana será un día muy raro. Me tocará ver muchas caras que preferiría no recordar. Con suerte, algunas habrán envejecido peor que yo.

CAPÍTULO 9

—Ya estoy en el piso de la playa. Menuda tarde más intensa... —digo mientras entro con torpeza, sujetando el móvil con el hombro, las llaves en una mano y la bolsa del fin de semana en la otra.

—¿Todo bien? Cuéntame —pregunta Paul, sin darme ni un segundo de respiro.

—Sí. Mejor de lo que pensaba, la verdad. Ha sido raro, pero Isaac sigue siendo Isaac. Está igual, solo que con más barba y más labia. Ahora te cuento. Voy a dejar las cosas y preparar las inyecciones. Te pongo en manos libres.

—¿Y cómo está la casa? ¿No te ha dado bajón al entrar después de tantos años? Tiene que ser un poco como regresar al pasado.

—Un poco sí, pero está limpia y no veo arañas, de momento; si no, hoy no duermo, te lo juro. Vinieron mis padres el fin de semana pasado a llevarse algunas cosas y hacer algunas cajas, pero han dejado todo bastante limpio. Eso sí, veo que tienen el mismo sofá incómodo de hace veinte años, pero con una funda por encima. Y me contó mi madre que habían puesto un colchón nuevo. Así que, entre eso y el sonido de las olas espero dormir bien.

—Menos mal. Tenía miedo de que al llegar te diera un ataque de nostalgia... o de alergia al polvo.

—Estoy al límite con las dos cosas, pero aguantando. Voy a pincharme ahora las hormonas, a ver si no la lío con todo el preparativo de las agujas. Como otras veces me lo haces tú, igual me pincho donde no es.

—¿Quieres que te acompañe en modo enfermero por videollamada?

—No hace falta, no quiero hacerte trabajar horas extras, que bastante habrás tenido hoy con los pacientes del hospital. Solo quédate al teléfono mientras me quejo, que si no me vas a poner más nerviosa.

—A su servicio, como usted prefiera.

Río. Esa es una de las cosas que más me gustan de Paul: tiene esa habilidad de aligerar cualquier situación sin quitarle importancia. Me pincho en la tripa en silencio. No duele tanto como otras veces, o quizás ya estoy tan cansada que ni lo siento.

Después le cuento lo que he hablado con Isaac: que Jessi contactó con él días antes de morir, que la desaparición de Lena parece más turbia de lo que parecía y que mañana iremos al funeral.

—¿Entonces tú también vas? —pregunta.

—Sí. Isaac quiere ver quién aparece, para intentar sacar más información. Yo estaré con él, pero en segundo plano. No me apetece hablar con cierta gente, ya sabes...

—Vale, lo entiendo, pero no te olvides de ti y de proteger tu energía. Tienes la extracción de óvulos dentro de unos días y no quiero que este viaje al pasado te pase factura, que nos conocemos. Ya sabemos cómo somatizas todo...

—Ya lo sé, no hace falta que me lo repitas todos los días. Necesito cerrar este capítulo y pasar página de una vez.

Me tumbo en la cama con el móvil aún en la mano. Hablamos un poco más: de su turno en el hospital, de qué ha cenado, de que mañana madruga. Me desea suerte para el funeral y nos despedimos con un «te quiero».

Cuelgo y abro Instagram.

Aunque sé que no me va a hacer bien, entro a cotillear el perfil de *Amber Fit With Love*.

Me fijo en una de sus historias destacadas con una portada que dice «Mi verdad». Una foto en blanco y negro de ella mirando a cámara, el pelo suelto y los ojos llorosos.

Le doy a reproducir...

Hola, amores. Hoy quiero compartir con vosotros algo que nunca he contado con tanto detalle, algo que me marcó desde

pequeña y que me trajo los peores momentos de mi infancia y adolescencia.

Aquí me veis con mi melena pelirroja natural. Aunque ahora la luzco con orgullo, durante años fue mi maldición. Mis padres me llamaron Ámbar precisamente por el tono anaranjado de mi cabello. Irónico, ¿verdad? Yo lo odiaba.

En el colegio sufrí bullying*. Me llamaban zanahoria y bruja, y me tiraban del pelo en clase, así que me lo teñí de castaño por primera vez con trece años. Quería pasar desapercibida, que dejaran de mirarme raro, que dejaran de reírse.*

Aunque empezara a teñirme, eso no evitó que mi adolescencia fuera muy dura, lo pasé fatal. Ya no era solo el pelo, podía ser cualquier cosa. Tenía amigas que me hacían constantemente comentarios sobre mi piel blanca, mi cuerpo o mi forma de ser.

Una vez, con dieciséis años, estando de fiesta con mis amigos, me agaché para coger algo del suelo y alguien me hizo una foto por detrás con su cámara digital. Ni me di cuenta.

Al día siguiente, cuando quedamos todos, varios se reían. Nadie me decía por qué, hasta que una amiga —una de las pocas buenas— me contó que habían estado enseñando una foto de mi culo en el bar. Y que se habían estado burlando de que me había engordado el culo y se me marcaba la celulitis. Fingí que no me importaba. Pero estuve días sin querer ir a la playa.

Esa fue solo una de tantas veces que hicieron que me sintiera de menos. Hubo muchas situaciones similares y al final me llevaron por caminos oscuros: trastornos de alimentación, relaciones tóxicas, drogas, alcohol...

Pero no quiero hablar de esto desde el victimismo. Hoy soy otra persona, porque un día toqué fondo y decidí renacer. Empecé desde cero. Dejé atrás lo que no me servía: gente tóxica, malos hábitos, creencias limitantes. Me reconstruí desde las cenizas.

Y por eso nació este perfil, para que nadie más se sienta tan sola como yo me sentí. Aquí estamos para crecer juntas, para sanar, desde el amor, desde la luz.

Y sí, he cometido errores, pero he aprendido de cada uno. Hoy me abrazo a mí misma con compasión y quiero que tú también lo

hagas.

Gracias por estar, gracias por confiar. Te leo. Te quiero.

Qué rabia, de verdad... ¡Sabía que esta tía no había cambiado nada! Esa historia no le pasó a ella, la foto me la hicieron a mí.

La hizo Jessi con su nueva cámara digital, la que todos querían usar. Fue una noche en el karaoke, cuando me agaché para coger su mechero del suelo. Cuando me fui, Ámbar estuvo enseñando a escondidas la foto entre risas a Jon, Leo y los demás.

Lo sé porque Lena me lo confesó días después, llorando por no habérmelo contado antes.

Recuerdo perfectamente la presión en el pecho y la ansiedad al enterarme, la impotencia de saber que mi cuerpo se había convertido en una broma que circulaba en secreto, y la incertidumbre de qué otras cosas estarían diciendo de mí a mis espaldas.

Durante días no quise quedar con ellas y me inventé que estaba enferma. Después, como siempre, fingí que no me importaba y le quité importancia al asunto, para que no se notara lo insegura que me sentía.

Ahora la muy falsa cuenta esa historia como si fuera suya, como si ella hubiera sido la que lo sufrió, como si no fuera ella misma quien lo hizo.

Lo que más me jode es que no solo está mintiendo, está apropiándose de mi dolor para alimentar su personaje, para conseguir *likes*, seguidores y halagos.

Cierro el móvil con la garganta seca y las manos sudadas.

No me trago ni una sola palabra. Y si mañana me cruzo con ella tendré que recordarle quién fue la que realmente lloró aquella noche y quién era la que se burlaba de quién.

El corazón me va a mil, pero tengo que intentar dormir, mañana me espera un día largo: el funeral, la gente de la isla, las caras conocidas que hace años no quiero ver... y Ámbar, que supongo que aparecerá también.

Solo espero tener el valor de no callarme más.

CAPÍTULO 10

Sábado

El desayuno se nos ha alargado un poco más de la cuenta hablando de nuestras vidas. Además, le he enseñado a Isaac el vídeo que vi ayer de Ámbar y estoy que trino; pero él, con esa calma suya que a veces me crispa, me ha dicho que, si ella aparece en el funeral, mejor que no me acerque, que no monte un numerito; que sí, que él quiere sacarle información, pero este no es el momento para peleas ni para forzar nada.

Y tiene razón. Anoche, en pleno cabreo, me imaginé yendo directa a por ella, dejándole claro lo que pienso y humillándola delante de todos. Un arrebato, más de fantasía que de intención real. Porque, siendo sincera, llegado el momento, ni de coña lo haría: quedaría yo mal y encima ella sería la víctima. Tengo más decencia que ella y, sobre todo, más autocontrol y más empatía.

Estoy nerviosa, no por el funeral en sí, sino por lo que representa volver a ver a toda esta gente. Me siento como si volviera a ser la chica de entonces, intentando que no se me note la inseguridad y los nervios. Ahora me arrepiento de haber tenido la sesión con mi psicóloga. Sé que esto es bueno para mi terapia, pero ahora mismo la odio.

Llegamos con la ceremonia ya empezada y la ropa empapada por la lluvia. La iglesia huele como huelen todas: a flores marchitas, cera derretida y humedad vieja.

Entramos despacio, como si nos coláramos en un lugar donde no hemos sido invitados. Desde el fondo, la voz del cura apenas se distingue entre el eco y el murmullo apagado de los asistentes.

Busco caras conocidas entre los bancos. Ahí están los padres de Jessi, rotos. A su lado, una adolescente delgada, con el pelo rubio

recogido en un moño alto. Tiene que ser la hija de Jessi. Junto a ella, un hombre le agarra la mano. El ex de Jessi, supongo.

A un lado de la iglesia, medio ocultos tras unas columnas, distingo a Leo y a Jon: están serios, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Me golpea algo en el estómago al verlos ahí, como si no hubiera pasado el tiempo, pero ha pasado. Se les nota en las ojeras, en las entradas, en las arrugas. Aun así, siguen proyectando esa mezcla de arrogancia y amenaza que tanto intimidaba entonces y también ahora, solo que ahora llevan chaquetas de marca y zapatos caros. Desconozco a qué se dedican, pero, sabiendo cómo empezaron en la adolescencia y viendo cómo se las gastan, no creo que sean unos santos: drogas, contrabando, prostitución... Seguro que no ando muy desencaminada.

También reconozco a algunas de las chicas del grupo con el que solíamos pasar los veranos. Nunca llegué a tener verdadera confianza con ellas, no recuerdo ni sus nombres. Siempre iban pegadas a Jessi y Ámbar, como una extensión de las populares de la isla. Pero ahora no están con Ámbar, no la veo por ninguna parte.

De pronto, aparece el cura y todos se ponen en pie. El organista empieza a tocar una canción.

Tardo unos segundos en reconocerla, pero cuando lo hago me recorre un escalofrío: es una versión de *Just Like a Pill*, de Pink. Han debido pagarle bien al sacerdote para que permita esta canción en un funeral. Era una de las canciones que Jessi escuchaba en bucle cuando aún éramos amigas.

Entonces, sin darme cuenta, mi cabeza se va. Me arrastra de golpe a una tarde de verano de 2002.

CAPÍTULO 11

Agosto de 2002

Llueve con ganas. El cielo está color plomizo y las gotas golpean la persiana del garaje de Jon como si alguien aporreara desde fuera. Este verano, curiosamente, a veces incluso nos invita a hacer planes a Isaac, Lena y a mí junto al resto. No es que nos trate bien, pero al menos ya no hace el esfuerzo de ignorarnos del todo. Es extraño.

Quizás Jessi le ha pedido a Leo que hable con él y que no nos deje tanto de lado, no sería raro. Ella siempre ha sabido cómo mover los hilos para que los demás hagan lo que ella quiere. Además, lleva tiempo empeñada en que parezcamos el grupo de amigos más grande —y más unido— de toda la isla, aunque sea solo fachada.

Dentro, Jon ha convertido el espacio en su cueva personal: un garaje medio acondicionado como sala de estar —con un viejo sofá que cruje cada vez que alguien se mueve— y varios cojines mugrientos repartidos por el suelo.

Una mesa baja en el centro del espacio acumula latas de cerveza, coca colas y ceniceros llenos. Las paredes desconchadas están forradas de pósteres: Green Day, Blink 182, Offspring, System Of A Down...

El ambiente está cargado. Somos nueve y estamos desperdigados entre el sofá, los cojines y el suelo frío. El olor a tabaco y marihuana se te mete en la ropa y te impregna el pelo. Espero que cuando me dé el aire se me quite la peste y no se den cuenta en casa; encima que no fumo, no quiero que mi familia me eche una bronca.

Jon, sin embargo, no se esconde: nos ha enseñado un armario con luces violetas especiales para cultivar marihuana y tiene una planta que no cabe en él. Sus padres hacen la vista gorda, les da

igual que fume, que plante o que trapichee. Yo creo que ya han renunciado a la idea de que algún día reconduzca su vida.

Jessi ha puesto el CD de Pink a todo volumen en la minicadena, mientras algunos se pelean por el mando de la *Play* para jugar al *GTA*.

Entonces entra Leo, que viene de entrenar. Está empapado por la tormenta, con el pelo moreno pegado a la frente y una expresión que no le he visto nunca. Se sacude la cazadora y lanza la bolsa de deporte al suelo de manera escandalosa. Todos se giran de golpe.

—Han pillado a mi hermano —suelta, sin rodeos.

Todos nos quedamos quietos, lo que no resulta nada raro, no es la primera vez que su hermano mayor se mete en líos. El verano pasado se peleó en un bar con un grupo de chicos de la ciudad y mandó a uno de ellos al hospital. Todavía está entre juicios.

—¿Qué dices, amor? —pregunta Jessi.

—Que está en el calabozo. Lo han parado a plena luz del día saliendo del muelle con el coche cargado de coca. Esta vez sí que lo van a joder. Lleva años jugándosela, pero nunca así. Me da que va a pasar tiempo en la sombra.

Jessi intenta calmarlo. Jon, en cambio, se ríe por lo bajo.

—Si te dejas pillar es que eres idiota —dice, encendiendo un porro—. Por eso hay que saber con quién te juntas y cuándo lo haces.

—¿Tú te crees que esto no te va a salpicar? Mejor ándate con ojo, no vayas de listo. Que la poli no es tonta, y ya vemos que tú no eres precisamente discreto —responde Isaac, que no se altera, aunque su tono corta el aire.

Jon se gira hacia él con una sonrisa torcida.

—Uy, qué miedo... ¿Así me hablas en mi casa? El maricón bastardo ahora va de fiscal. ¿Qué vas a hacer, denunciarme por homofobia mientras me intentas dar un beso?

Jessi finge que no ha escuchado. Lena y yo nos quedamos congelados. Ámbar suelta una risita nerviosa.

El resto permanece en silencio. Nadie dice nada, ni siquiera yo. Me quedo quieta, como siempre, deseando no ser la próxima

diana. Me avergüenza no tener el valor de alzar la voz por uno de mis mejores amigos, de quedarme callada justo cuando más lo necesitaba; pero Jon me da miedo, sé que es capaz de soltar un puñetazo a la mínima.

Isaac sin embargo ni parpadea.

—Tranquilo, que sea gay no implica que me gusten todos los tíos. Igual que ser un idiota no te hace especial.

Se levanta y se sacude las manos como si acabara de tocar algo sucio.

—Y no te preocupes: si algún día me atraen los paletos con masculinidad frágil serás el primero en saberlo.

Jon, desde una esquina, le da una calada a un porro y le dice tranquilamente que se marche y no vuelva, que no quiere manchar el garaje con su sangre.

Lena me mira un segundo, solo un segundo. Me gustaría creer que va a decir algo, que va a levantarse también, que va a seguir a Isaac como antes, cuando los tres éramos inseparables; pero no, baja la vista y se queda sentada, como si no hubiera pasado nada.

Yo tampoco digo nada; eso sí, me levanto y sigo a Isaac hacia la puerta, en silencio. No sé si sirve de algo, pero es lo único que sé hacer en ese momento, irme con él, estar de su lado, aunque no haya tenido el valor de defenderlo con palabras.

Aquel verano no fue solo el de las fiestas y las primeras veces, también fue la época en que la línea entre lo divertido y lo peligroso se volvió borrosa, cuando supe —aunque no quisiera admitirlo— que aquella gente no era buena compañía para nadie.

Aquella tarde lluviosa me fui del garaje con Isaac. Sin decir nada, sin hacer ruido, solo salí tras él. No tuve el valor de defenderlo en voz alta, pero al menos tuve claro con quién quería estar.

Él, en cambio, no volvió. No solo se fue del garaje, cortó lazos con el grupo de la isla.

Yo no supe hacerlo y seguí yendo a los mismos sitios, con la misma gente, riéndome con quienes me hacían de menos, fingiendo

que no me dolían sus comentarios, sus bromas, su manera de excluir o de hacerme el vacío.

A veces, nos veíamos solo Isaac y yo. De vez en cuando, también venía Lena, pero cada vez era menos frecuente. Ella empezó a alejarse también de Isaac, supongo que no quería que la vieran con alguien del bando equivocado.

Yo debí haberme ido con él aquella tarde y no volver a juntarme con aquella gente. Debí elegir lo que me hacía bien, pero no lo hice. Y todavía me arrepiento.

CAPÍTULO 12

Ahora

Isaac me da un leve codazo, como si notara que me he ido a otros mundos. Parpadeo y respiro hondo.

La canción del órgano sigue sonando, pero ya no estoy en 2002 sino en el funeral de Jessi en 2025, con el corazón alterado y la ropa todavía húmeda.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le murmuro a Isaac.

Me siento superincómoda en esta iglesia. Odio haber tenido la sesión con mi psicóloga; odio tener que *evitar evitar*; odio esta isla, los recuerdos que me trae y a toda esta gente.

Isaac se encoge de hombros.

—Nos reunimos con los fantasmas del pasado, aunque algunos estén vivos.

La misa avanza entre cánticos y silencios.

El cura anuncia que la hija de Jessi quiere dedicarle unas palabras.

La adolescente se acerca al micrófono con pasos lentos, temblorosos. Se aclara la garganta y mira al público, a sus abuelos, a su padre y luego al suelo. Es igual que Jessi a su edad: rubia, alta y delgada.

—Mi madre... —empieza a decir, pero su voz se rompe en la primera sílaba.

Traga saliva y lo intenta otra vez. Hace un esfuerzo por seguir, pero el llanto le impide continuar. Las lágrimas le empañan los ojos y el papel que sostiene se le arruga entre los dedos.

Desde atrás vemos que una figura se levanta con determinación desde las primeras filas y va directa al altar, como si ya supiera que ese era su momento. Es Ámbar.

Se acerca despacio, con gesto sereno, casi solemne. Le pasa un brazo por los hombros a la chica, como protegiéndola de las miradas; pero lo hace sin mirarla, con la vista ya puesta en el micrófono. Respira hondo y toma la palabra.

—Perdonad que hable yo... —dice, con la voz aún quebrada—. No tenía preparado nada, pero creo que Jessi se merece que alguien la recuerde por lo que fue, no por lo que dicen de ella en las noticias ni por lo que algunos eligieron creer. Conocí a Jessi hace 28 años en el instituto. Yo acababa de cambiar de centro, venía de uno donde lo había pasado realmente mal. Aún recuerdo el miedo que sentía al entrar en una clase nueva, pensando que todo volvería a repetirse. Pero entonces apareció ella, Jessi. Fue la primera que me sonrió y que se sentó a mi lado a la hora de comer. Fue la primera persona que hizo que sintiera que podía pertenecer a algo, que podía tener amigas de verdad.

Otra vez Ámbar hablando de ella y siendo la víctima de la historia.

Su tono cambia entonces, como si tuviera ensayado lo que va a decir.

—Sí, tuvo su lado salvaje, pero fue una incomprendida. —Hace una pausa para tragar saliva—. Jessi tenía también su faceta cariñosa y tierna, aunque solo lo mostrara a quienes realmente conocíamos su corazón. —Hace otra pausa. Mira hacia los bancos. Algunos asienten en silencio, otros bajan la vista—. A veces la vida no te enseña a pedir ayuda cuando más la necesitas, a veces tienes heridas de tan atrás que te acostumbras a vivir con ellas. Pero Jessi intentó cambiar, por su hija, por sí misma. Luchó, cayó, se levantó, y eso también merece ser contado. —Se limpia una lágrima cuidadosamente y mira al público para terminar su discurso—. Gracias por estar aquí. Y gracias, Jessi, por todo lo que fuiste y por todo lo que muchos nunca conocerán de ti.

Silencio. Nadie aplaude pero todos siguen mirándola.

La verdad, no sé si lo que siento es rabia o tristeza. Solo le ha faltado retransmitirlo en directo para sus seguidoras.

Porque ahora parece que Ámbar sabe hablar, sabe emocionar y sabe manipular. Y lo ha vuelto a hacer, se ha adueñado del momento

para convertirse en la protagonista, como buena *influencer*.

Cuando termina la misa, la gente comienza a salir en pequeños grupos, envueltos en ese silencio tenso que dejan los funerales. Algunos se acercan a los padres de Jessi, otros simplemente observan desde lejos.

Parece que el sol ha salido tímidamente y la lluvia nos da un respiro.

Vemos que Leo y Jon se marchan sin despedirse de nadie. Isaac y yo nos alejamos también sin hablar, evitando cualquier contacto visual con la gente.

Nos apartamos un poco y nos apoyamos en una zona seca del muro viendo cómo salen los asistentes al funeral, por si vemos otras caras conocidas.

Y entonces aparece Ámbar. Camina directa hacia los padres de Jessi y les da el pésame, sin dudar, sin detenerse. Ni siquiera mira al grupo de amigas con las que solíamos pasar los veranos de los 2000. Ni un gesto, ni una palabra, como si no se conocieran.

Cuando termina, parece que nos ve y nos saluda desde lejos con una mano temblorosa y un pañuelo blanco en la otra.

—¿Se está acercando? —pregunto sin creerlo.

—Esto sí que no me lo esperaba... —responde Isaac.

Sin darnos tiempo a reaccionar, llega hasta nosotros y nos abraza, primero a Isaac, luego a mí. Un abrazo largo, lleno de sollozos. Como si fuésemos viejos amigos reencontrados tras años sin vernos. Como si nunca hubieran existido los secretos, ni las mentiras, ni el daño.

Yo me tenso, pero no me aparto. Me pregunto si ese abrazo es por pena, por culpa o por puro teatro, pero me dejo abrazar. Su abrazo huele a perfume caro.

—Os juro que no esperaba veros —dice con la voz rota—. Todo esto me tiene hecha polvo. Ver a la hija de Jessi destrozada... Veros aquí... No sé cómo digerirlo.

Se pasa el pañuelo por la nariz y se levanta las gafas para secarse las lágrimas.

—He venido sola al funeral —dice de pronto, con la voz entrecortada—. La verdad, no tengo con quien compartir este momento. ¿Os importa si me siento un rato con vosotros? —dice de pronto—. Necesito calmarme. No quiero irme sin más y seguir mi vida como si nada.

Isaac y yo nos miramos incrédulos: ¿qué

fue de todo aquel séquito de amigas que tenía en 2005, esas que les reían las gracias a Jessi y Ámbar? Quizá se fueron alejando poco a poco, hartas de la toxicidad de las reinas del baile; o quizá fue Ámbar quien las apartó, una a una, igual que hizo conmigo; o tal vez desde que Lena desapareció el grupo se fue disolviendo. Hay algo que sí está claro: Ámbar nunca quiso compartir a Jessi con nadie.

Pero bueno, así terminan a veces las reinas del patio: solas.

Y ahora parece que Ámbar necesita una tribu *online* que le aplauda cada lágrima y cada pose. Porque en la vida real, sin Jessi, no le queda nadie.

Asiento, casi por inercia, no

porque me apetezca estar con Ámbar y ponernos al día como si nada, mucho menos para soltar un sermón ahora sobre sus mentiras de Instagram, ni me atrevo ni es el momento.

Lo hago porque sé que, si queda alguna verdad por salir, empezará a colarse entre los silencios incómodos y la charla que vendrá a continuación.

—Sé que no tengo derecho a pedir perdón, pero, si no lo hago ahora que estáis aquí, me seguirá carcomiendo toda la vida —empieza a decir Ámbar, con voz baja—. Sé que Jessi y yo no nos portamos bien con vosotros. No hay excusa para muchas cosas que hicimos.

Una segunda disculpa tardía el mismo fin de semana. Increíble.

No abro la boca.

Ámbar se lleva una mano al pecho, como si le costara sacar las palabras. Las lágrimas empiezan a brotar sin control.

—Yo solo quería encajar —dice, a lágrima viva—. Venía de un instituto donde me hacían *bullying* cada día: por mi pelo, por mi forma de ser o por existir, daba igual. Mi madre hasta empezó a

teñirme el pelo de castaño para que nadie supiera que era pelirroja. Creía que así me protegería, que si me escondía un poco sufriría menos.

Otra vez con la historia del acoso y de su pelo, ni que una marca de tinte le patrocinara por mencionarlo.

Traga saliva y se toma un segundo para recuperar el aire.

—Y entonces apareció Jessi, con esa seguridad suya que lo llenaba todo. Yo solo quería parecerme a ella, parecer igual de segura para que nadie me hiciera daño. Me dejé arrastrar y me convertí en alguien que ni yo reconocía. —Nos mira, con los ojos enrojecidos y sinceridad brutal en la voz—. Sé que fui cruel, que miré hacia otro lado y que muchas veces... fui cómplice. Lo siento, de verdad.

Se le rompe la voz. Traga saliva y se calma un poco antes de continuar.

—Y luego está Jon: estaba en la iglesia y ni me ha saludado.

—Sí, le hemos visto con Leo. Se han ido nada más terminar el funeral —dice Isaac.

—Siempre fue un chulo que se reía de todo el mundo —continúa Ámbar—. Pero por una vez las burlas no iban hacia mí, al contrario, me hacía caso, hacía que me sintiera importante. Me dejé arrastrar por él. Le seguí el rollo y participé en comentarios que ahora me dan vergüenza. —Levanta la mirada un segundo—. Yo solo quería caerle bien a todos y ahora me arrepiento tanto... Por su culpa empecé con las drogas. Me decía a mí misma que era solo una fase, pero duró demasiado. —Traga saliva—. No pretendo que me perdonéis, solo necesitaba decirlo.

Silencio.

—Te lo agradezco —dice Isaac—. Todos hemos hecho el gilipollas de adolescentes, por lo menos has tenido el detalle ahora de decir algo, aunque sea tarde. Eso es más de lo que han hecho otros.

Yo sigo sin decir nada, me limito a mirarla.

Su cara está roja, los ojos hinchados. No parece estar actuando, parece de verdad. Incluso

me dan ganas de abrazarla, de decirle que todo está bien, que ya pasó. Pero me limito a decir:

—Gracias por disculparte.

Ámbar se levanta para despedirse, pero Isaac le interrumpe:

—Espera, necesito hablar contigo de algo relacionado con Jessi. Es importante, pero no es el momento ni el lugar.

Ella frunce el ceño, intrigada.

—¿Qué pasa? ¿No puedes decírmelo ahora?

—He quedado con alguien para comer y me tengo que ir ya —responde Isaac—. De todas formas, es un poco largo de contar y delicado. Mejor hablamos sin prisas y sin gente escuchando.

Duda un segundo.

—Vale, dame un toque luego. Cogeré el ferry hoy a última hora para volver a mi casa —dice, apuntando su número en la pantalla de Isaac.

Nos despedimos sin más palabras.

De camino a la zona de la playa, Isaac y yo hablamos sobre la escena. Ambos nos hemos quedado a cuadros: Ámbar ha parecido sincera y ha dicho lo que nunca esperé oír de su boca. Sin embargo, si está tan arrepentida, si realmente quiere hacer las paces con el pasado, ¿por qué sigue contando historias falsas en su Instagram?

CAPÍTULO 13

Isaac se ha ido a comer con su contacto de la Guardia Costera. Dice que quiere seguir tirando del hilo para su libro, pero sé que en el fondo espera descubrir algo más sobre Jessi.

Yo me he venido a la terraza del bar de la playa para relajarme y tejer un rato. Ahora tiene un aire más moderno, con sillas de mimbre, mesas de madera clara y música suave de fondo, pero sigue conservando algo del encanto de siempre.

Siempre llevo mi bolsa de tela y, dentro de ella, el proyecto que tenga a medias en ese momento. Tejer me calma, me centra, es mi manera de meditar y desconectar de todo.

Llamo a Paul para charlar un rato. Le cuento lo del funeral y le pregunto cómo va su turno en el hospital. Aprovecho para comer aquí mismo algo rápido. Esta tarde tengo que revisar las cosas que hay en casa y seleccionar lo que me quiera quedar para que mis padres no lo tiren antes de comenzar la reforma. Así que, si como demasiado, me va a dar mucha pereza ponerme con ello.

Me quedo un rato más en la terraza mirando a la playa. Tejo un rato mi jersey raglán mientras escucho mi *playlist* de música *folk* en los auriculares. Suena *Follow the Sun* de Xavier Rudd, sopla una brisa húmeda con olor a mar, las olas suenan rompiendo en la orilla de la playa... Por fin puedo relajarme un poco.

Empieza a hacer fresquito y veo en el fondo unas nubes negras que no tardarán en llegar aquí para descargar, así que me voy hasta el edificio de mis padres dando un breve paseo. El cuerpo me pide siesta, pero, en cuanto subo las escaleras y paso por el primer piso, me encuentro con Julia, la madre de Lena, abriendo la puerta para entrar en casa.

Lleva el mismo corte de pelo de siempre, ahora con más arrugas, y unos ojos tristes que me escanean incrédulos.

—Madre mía, Emma... ¿Eres tú? ¡Cuánto tiempo! —dice Julia en cuanto abre la puerta y me ve.

—Hola, Julia. Pues sí, la verdad es que no había venido a la isla desde lo de Lena... —respondo, con una sonrisa insegura, sin saber si abrazarla o no.

—Entra un momento, anda, que te invito a tomar un café, ¿o tienes prisa? Yo estoy sola, mi marido murió hace ya unos años. Nos quedamos a vivir aquí, por si Lena... Ya sabes, por si alguna vez volvía.

—Vaya, no sabía que había muerto, lo siento mucho. En realidad, he venido a recoger unas cosas de casa.

—Bueno, si tienes tarea que hacer no te molesto. Como no tengo nada que hacer he pensado que sería bonito hablar un rato, saber cómo te va y tener un poco de compañía...

—Venga, me quedo a tomar ese café y charlamos un rato, no tengo tanta prisa —digo rindiéndome a su pequeño chantaje emocional.

La sigo hasta la cocina, con el corazón en la garganta. La casa me recibe con el olor a lavanda que recordaba vagamente.

Aquí es como si el tiempo se hubiera detenido. Hay fotos enmarcadas por cada rincón: Lena de niña, en el columpio, con su uniforme del cole, pescando con su padre. Es como si su presencia siguiera ahí. Me asomo al dormitorio de Lena y sigue igual que hace veinte años, no lo han tocado.

Me siento en la mesa mientras Julia prepara el café.

—Ay, cómo me recuerdas a mi Lena —dice mientras me acerca la taza—. Erais tan parecidas... Pero tú eras más callada. Lena era un torbellino y tenía respuestas para todo.

Asiento, removiendo el café sin probarlo.

—Han pasado tantas cosas estos días que me han hecho recordar a Lena... —empiezo, con voz baja—. Esta mañana he estado en el funeral de Jessi.

—Ya me he enterado. Esa pobre chica... Se fue por el mal camino.

—Según tengo entendido, desde que tuvo a la hija cambió y se reformó.

—Bueno, eso no es lo que se dice en el pueblo... Seguro que hay temas de drogas por medio, un ajuste de cuentas o algo. Y la niña... Parece que anda también metida en líos de esos, con lo joven que es.

Julia baja la mirada y se queda unos segundos en silencio.

—La verdad es que nunca entendí muy bien esa amistad con esas chicas mayores.

Julia se sienta frente a mí, con las manos entrelazadas y la mirada triste.

—Y esos chicos del pueblo... No tenían buena pinta. Pero es que Lena, la última época, tampoco me contaba nada. Pero yo sabía que no andaba con buena gente. Lo que pasa es que cuando una madre insiste demasiado a esas edades, las hijas se alejan más.

—Lena era una buena chica —le digo—. Es cierto que se juntó mucho a Jessi y Ámbar, y que cometió algunos errores, por eso nos distanciamos, pero nada que ver con cómo eran ellas.

Julia se queda callada. Luego se levanta despacio y se dirige a un cajón, de donde saca una caja pequeña de lata, de las de galletas antiguas.

Julia me observa en silencio, los ojos vidriosos, pero sin interrumpirme.

—No sé aún qué pasó exactamente aquella noche, pero estoy segura de que no nos contaron toda la verdad —dice Julia sujetando la lata entre las manos.

La abre y saca un sobre viejo.

—Es una carta que escribió Lena. Me la dio la policía unos días después de su desaparición.

El sobre lleva el nombre de Ámbar escrito a boli.

La abro con manos temblorosas. Reconozco la letra de Lena. La tinta ha palidecido en algunos tramos, pero las palabras aún están claras:

Me daba apuro contártelo en persona, así que prefiero dejarlo por escrito y que lo leas a mi lado. Sé que entenderás esto y que no me vas a juzgar. Necesito soltarlo porque llevo días con un nudo en el estómago. Estoy agobiada y no dejo de pensar en el viaje a Italia

del mes pasado. No se lo he contado a nadie, pero la última noche conocí a un chico. Todo fue rápido, un poco descontrolado, y yo había bebido más de la cuenta. No sé en qué estaba pensando. Desde entonces no estoy tranquila. Si al final pasa algo no sé cómo podría explicarlo en casa. Además él tenía novia. Mis padres no son precisamente buenos gestionando según qué temas, y no quiero darles un disgusto. Solo te pido que no digas nada. Lena.

Julia me observa en silencio, como si esperara que yo le dé una respuesta que ni ella ni yo tenemos.

—Tú, al leer esta carta, ¿crees que Lena estaba embarazada? —pregunta, con la voz temblorosa—. La policía asumió que se había ido por eso, que tenía miedo de cómo íbamos a reaccionar. Ámbar también confirmó que Lena le había contado que se había enamorado de un chico en Italia y que tenía un retraso. Por eso dejaron de buscarla.

La miro, todavía con la carta en las manos.

—No lo sé, Emma. A los veinte años todo se magnifica: se hacen locuras por amor, por miedo o por no saber cómo enfrentarse al mundo.

Ella baja la mirada. Se le saltan las lágrimas y le cuesta hablar.

—Pero, si se fue, ¿por qué nunca me ha llamado? Su padre podía ser estricto y duro, sí, pero yo... yo nunca me habría enfadado. Ni siquiera si hubiese tenido un hijo siendo tan joven. ¿Qué madre no perdona eso? No tiene sentido. —Hace una pausa larga para intentar calmarse—. Han pasado veinte años y sigo esperando esa llamada, cada mañana, cada cumpleaños. Siempre la esperaré y, cuando llegue, la recibiré con los brazos abiertos, como si no hubiera pasado el tiempo.

Llora desconsolada. Le cojo la mano en silencio para intentar calmarla.

—Lo siento, no quería darte la tarde con esto. Seguro que tienes cosas que hacer por casa. Te agradezco mucho tu compañía y el rato que hemos estado juntas recordando a Lena.

—No pasa nada. Me imagino lo doloroso que es para ti revivir todo esto. Me alegro de haberte visto. Me gustaría tener algo más que hablarte sobre lo que le pasó a Lena, pero ni yo misma sé lo que ocurrió —le respondo con una sonrisa triste.

Me encantaría explicarle que Jessi sabía algo más sobre aquella noche, que Isaac y yo estamos investigando, pero no quiero darle falsas esperanzas.

Me despido y subo a casa. Dejo las llaves sobre la mesa del salón y me siento en el sofá. Me quedo quieta, con la cabeza apoyada en el respaldo, sin fuerzas para moverme. La charla con Julia me ha dejado derrotada.

Cierro los ojos para ver si descanso un poco antes de ponerme con las cosas de la casa, pero no consigo desconectar: la imagen de Julia llorando en la cocina se me repite una y otra vez. Debe ser devastador vivir con esa incertidumbre tanto tiempo, no saber si tu hija está viva o muerta, no poder enterrarla, no poder odiar del todo ni perdonar del todo, no tener una tumba a la que ir a llorar. Y lo peor es que estoy casi segura de que debe ser en lo único que piensa al despertar, y también al acostarse.

Me tapo la cara con las manos. Siento una punzada en el pecho y lloro.

Tengo las hormonas y las otras emociones revolucionadas.

Al final sí que me he quedado dormida, pero más tiempo del que pretendía. Son casi las 18:50 y tengo que ponerme en marcha a revisar cajones y armarios de una vez. Odio estas siestas de ultratumba, me dejan fatal.

Fuera está lloviendo bastante, perfecto para encerrarme y decidir qué cosas quiero conservar antes de que mis padres lo reformen todo.

Me levanto, estiro la espalda y me ato el pelo en un moño improvisado. Monto una caja y la lleno con algunas cosas *vintage* que me han gustado del salón, quedarán superbién en mi mercería. ¡Que viva Diógenes!

Seguido me meto de lleno en el que fue mi dormitorio de adolescente. Voy abriendo uno a uno los cajones de la mesita y rebusco por si encuentro algo interesante. Es como estar en un *escape room* pero con recuerdos del pasado.

Ahora está lleno de cosas de mi madre mezcladas con algunas reliquias de aquella época.

Encuentro un CD en el que está escrito «Mix 2003» con rotulador permanente. Lo meto en la minicadena para ver si con suerte no está rayado. ¡Genial! Suena por los altavoces a la perfección. También hay un móvil Sony Ericsson viejo sin batería, de esos que apenas tenían pantalla y solo servían para llamar y enviar SMS, y varios sobres con fotos reveladas.

Saco uno y miro la primera foto: es la barbacoa que organizamos como sorpresa para el 18 cumpleaños de Lena, la tarde del 23 de junio de 2003.

En la imagen estamos todos sentados en una mesa larga de madera con bancos corridos, como si fuese la escena de la Última Cena pero con platos desechables, latas de cerveza y humo de la parrilla de fondo.

Lena está en el centro, radiante, con una corona de cartón que dice «*Birthday Queen*» y una cerveza en la mano. Yo aparezco a su derecha, con mi camiseta negra. Aunque no se aprecia, llevaba un pantalón de campana que me arrastraba y absorbía como una fregona todos los líquidos (de cualquier tipo) del suelo. Asqueroso.

Ámbar y Jessi están a su izquierda. Ámbar lleva una camiseta de tirantes ajustada; Jessi un top corto, con el que muestra el *piercing* del ombligo. Leo, Jon y los demás chicos del grupo se arremolinan de pie alrededor del resto de las chicas.

Sonrío al ver la imagen, pero me invade una nostalgia desagradable. Sí, lo pasamos genial durante la barbacoa, pero el día no terminó precisamente bien.

Todo el grupo estaba invitado ese día, y para entonces ya éramos más de veinte. Fuimos a una zona de parrillas alejada del pueblo, donde se juntaba toda la gente joven de la isla muchas tardes de verano.

Estaba muy bien acondicionado. Había un bar donde comprábamos la bebida fría que contaba con baños bastante decentes. Luego cada grupo se llevaba su carbón para las brasas y lo que fuese a cocinar. Y así pasábamos el día. A veces alguien llevaba una guitarra, o jugábamos al Tabú, o a adivinar películas, o simplemente charlábamos por grupitos.

Sigo mirando las fotos de aquella barbacoa y suena *Somewhere I Belong* de Linkin Park en la minicadena de mi dormitorio. Siempre que la escucho me devuelve a ese día. Me da una nostalgia rara, pero me sigue gustando. La pusimos en bucle durante la fiesta. Me viene a la cabeza hasta el olor a humo de las brasas. Y me lleva directo a esa tarde...

Aquel día empezó como cualquier otro, entre risas, brasas y juegos, pero terminó marcando un antes y un después para Lena y para mí.

CAPÍTULO 14

23 de junio 2003

Después de hacernos la foto, me acerco a Lena y le digo en voz baja:

—Le he dicho a Isaac que se pase, pero me dice que mejor no, que no quiere saber nada de Jon ni de gente tóxica. Dice que nos vemos después en algún bar, o si no ya lo celebraremos otro día tú, él y yo como antes, ¿vale?

Asiente, lo entiende. Desde los comentarios homófobos del verano anterior y que la gente no dijera nada, o incluso le riera las gracias, Isaac evita al grupo.

Con el paso de las horas, la cerveza empieza a hacer efecto. Lena ríe más alto y se mueve con menos equilibrio, pero parece contenta. Ya anochece cuando Ámbar y Jessi anuncian que van al baño antes de coger el bus de vuelta al pueblo, que quieren arreglarse para salir por los bares. Han traído una mochila para cambiarse de ropa y perfume para no oler a hoguera.

—Voy al baño —dice Lena al cabo de dos minutos, tambaleándose un poco.

Dudo un segundo, pero me levanto y paro a Lena a mitad del camino.

—No te metas en sus cosas —le digo al alcanzarla—. Si van a vomitar o lo que sea, que lo hagan, pero no les montes una como otras veces, no merece la pena. Tengamos la fiesta en paz.

—No pensaba hacerlo, tía. Qué pesada estás últimamente —me responde de muy malas maneras.

Me quedo un poco cortada, pero no le digo nada. Seguro que ha sido cosa de las cervezas de más.

Llegamos al baño del local. Es de esos con lavabos comunes y tres retretes con puertas que tienen abierta la parte de arriba.

Oímos risas contenidas dentro de uno de ellos.

—Ámbar, Jessi, estamos aquí —aviso.

La puerta se abre un poco. Jessi saca la cabeza y sonríe.

—Llegáis a tiempo. ¿Queréis?

Me asomo al baño y veo sobre el depósito del váter una tarjeta con varias rayas ya preparadas. Lena entra sin dudar.

—Yo sí —dice, agachándose sin mirarme.

—¿Estás loca? Has bebido un montón y no sabes lo que haces. ¡No seas tonta, no caigas en eso! —le digo desde fuera, furiosa.

Jessi se incorpora despacio, se acerca al marco de la puerta y me lanza una mirada cargada de desprecio.

—Tía, ¿puedes relajarte por una vez? Nadie te ha pedido tu opinión. Nos cortas, estás cortando el rollo.

Ámbar asoma por detrás con una sonrisa gélida.

—Sabemos que te encantaría probarlo, pero siempre estás tan ocupada haciendo de Pepito Grillo que no te atreves ni a vivir un poco —dice, con una sonrisa de superioridad, mientras remueve el polvo con una tarjeta como si fuera lo más normal del mundo.

—¡Eso es, deja de juzgar a todo el mundo todo el rato, Emma! —me grita Lena—. Acabo de cumplir dieciocho, ¡no soy una niña! ¡Ni tú eres mi madre! Siempre estás igual. Que cada uno haga lo que quiera, que no va a pasar nada.

No respondo, estoy alucinando con estas tres, y más con Lena. Ella nunca me había hablado así; de hecho, el alcohol está hablando por ella.

—En serio, si vas a estar con esa actitud de madre amargada, ¿por qué no te vas fuera a tomar el aire? —remata Jessi, mientras cierra de nuevo la puerta.

Me quedo helada. Lena no me defiende, ni siquiera me mira. Sus risas se mezclan con las de las otras dos, que ahora la abrazan y le celebran que por fin se haya estrenado.

Me doy la vuelta y salgo del baño en silencio, con un nudo en el pecho. Me junto con el resto para ir hacia los buses, intentando que no se me note el disgusto.

Bajamos al pueblo. Mientras algunos se van un momento al garaje de Jon a dejar las mochilas de la gente y las sobras de la

barbacoa, me quedo un rato con las chicas.

Lena está haciendo el tonto y cantando a pleno pulmón. Ámbar y Jessi le siguen el rollo.

Me duele el estómago. La barbacoa me ha sentado fatal y no tengo fuerzas para aguantar este ambiente, así

que les aviso de que me retiro.

—¿En serio te piras ya? ¡Es mi cumpleaños! —me dice Lena sorprendida y borracha.

—Sí, no me encuentro bien. Mejor hablamos mañana cuando estés más despejada —le contesto sin poder ocultar mi incomodidad.

Lena me mira con indiferencia y sigue haciendo el tonto con las demás.

Ya en la cama, me despierta el pitido de un SMS de Isaac a las cuatro de la mañana:

Supongo que te habrás ido ya a casa, pero por si quieres tomar la última. Es que justo he visto a Lena de lejos bajando por la calle del faro con Leo, y no parecía precisamente una escena inocente. Si se entera Jessi se va a liar una buena. No sé si sabías algo de esto.

En realidad yo no sabía nada de aquello, Lena nunca me lo contó.

Lo que sí sé es que, después de aquella fiesta, ella cambió, que poco a poco nos empezamos a distanciar, aunque saliéramos juntas con el grupo. No sabía si era cosa mía o si de verdad se estaba alejando de mí, pero yo intuía que no era la misma. Reía más con Ámbar, buscaba a Jessi para sentarse a su lado y ya no me tocaba la puerta por las tardes para dar un paseo solas o con Isaac, como solía hacer. Es como si, después de esa barbacoa, hubiera dejado de confiar en mí para contarme sus cosas. Ahora, mirando atrás, supongo que temía que la juzgara.

Al mismo tiempo, Jessi y Leo empezaron a discutir cada vez más, incluso en público delante del grupo. Lo dejaban dos veces al

mes como mínimo. Jessi estaba desesperada, convencida de que había otra persona, pero no quería afrontarlo ni dejarlo.

El problema llegó cuando me señalaron a mí como esa otra persona.

De pronto me vibra el móvil y vuelvo a la realidad: es un wasap de Isaac:

Acabo de dejar a Ámbar en el ferry. Le he contado lo que me dijo Jessi antes de morir: que lo que pasó con Lena no fue como todos creímos y que su hija estaba en peligro. Ámbar me ha dicho que no sabe a qué se refiere, que nunca supo nada más de aquella noche. Me suena más a excusa que a otra cosa. Pero tiene muy buena relación con Vanessa, la hija de Jessi. Le he pedido el móvil. Quiero hablar con ella por si sabe algo más.

Le contesto:

Yo he estado un rato con Julia. Me ha enseñado una carta que Lena escribió a Ámbar el verano que desapareció. Hablaba de un chico, era un texto muy breve. Me ha parecido intuir que estaba embarazada o algo así, pero no lo decía claramente. Pero dice que Ámbar le confirmó a la policía que la carta se refería a eso. ¿Y si Ámbar sabe más de aquella noche de lo que dice?

Isaac responde rápido:

Puede que tengas razón. Hay cosas que no cuadran. Voy a tirar del hilo y si descubro algo te cuento.

CAPÍTULO 15

Domingo

Las siete y media de la mañana. A ver si me preparo y recojo todo rápido para volver en el ferry de las nueve.

Ayer ya dejé preparadas unas cajas en una esquina del salón, para que mis padres me las traigan el próximo día antes de comenzar las obras. Al final no me quedo con tanto trasto como pensaba.

Salgo de casa con el pelo húmedo, con la bolsa de viaje en una mano y la bolsa de tela con mis agujas de punto y mi jersey a medias en el otro hombro.

Parece que hoy no llueve y ha salido un poquito el sol, así puedo ir hasta el ferry caminando tranquilamente. Media hora de paseo me viene bien para seguir con mi rutina-compromiso de caminar todos —o casi todos— los días. Es un asco no tener un deporte como afición. Si en vez de ser una friki de las lanas lo fuese de hacer *spinning*, estaría en mejor forma. Pero cada deporte que he intentado lo he acabado dejando. Es la lucha de mi vida, una de tantas.

Ya en la cola del ferry escucho a dos mujeres mayores hablando. Afino el oído con disimulo para escuchar lo que dicen.

—Sí, lo que oyes, han detenido a su nieto esta madrugada cuando estaba con la lancha cerca del muelle. Debe ser algún tema de esos de drogas... —dice una de ellas murmurando.

Saco el móvil a todo correr y escribo a Isaac. Es muy pronto, pero igual está despierto y sabe algo. Me contesta al instante:

Exacto, me ha avisado justo ahora mi contacto de la Guardia Costera. El detenido es Jon. En breve van a hacer una rueda de prensa y contarán más detalles. Voy a intentar colarme como

periodista independiente, a ver si se lo tragan y puedo hacer algunas preguntas.

Ya en el ferry, no puedo evitar actualizar compulsivamente la web del periódico de la isla para ver si dicen algo más.

Ahí está. Ya se ha filtrado:

Detenido un residente de Isla Ballena esta madrugada en una operación conjunta entre la Policía Marítima y la Unidad de Narcóticos. Se le incautaron alrededor de 12 kilos de cocaína y más de un centenar de viales inyectables de ketamina. La embarcación intervenida estaba preparada para navegación nocturna y el transporte de mercancía oculta.

El ferry ha tardado solo 50 minutos, menos de lo habitual. Por suerte, el mar estaba en calma.

Nada más desembarcar, me dirijo a la cafetería del embarcadero, donde he quedado con Paul. Mientras cruzo el paseo marítimo para llegar, Isaac me envía un audio:

Están montando la rueda de prensa frente al cuartel y me han dejado pasar. Hay cámaras y bastante prensa local y nacional. Parece que llevaban tiempo detrás de Jon. Han encontrado restos de ketamina en una de las casas abandonadas cerca del acantilado, y creen que la lancha la usaban para mover mercancía entre islas.

Le respondo por escrito.

¿Cómo alguien como Jon que ni era discreto ni especialmente listo ha acabado en algo de esta magnitud?

Me contesta:

Yo creo que solo es un títere, que está dentro de una red más grande.

En la tele de la cafetería ponen las noticias. Empieza la rueda de prensa. Un portavoz de la Policía Marítima habla con voz

contenida:

—El detenido fue interceptado a las 04:15 de esta madrugada mientras intentaba abandonar la isla en una lancha rápida. A bordo se hallaron varios paquetes cuyo contenido está siendo analizado. Esta operación es el resultado de meses de vigilancia, en el marco de una investigación sobre tráfico de sustancias con posibles vínculos con el turismo estacional y suministro a otras zonas turísticas.

Las preguntas no tardan en llegar. Uno de los reporteros menciona que Jon llevaba toda la vida viviendo en la isla y que era conocido por trapicheos menores.

Y entonces, la voz de Isaac, inconfundible:

—¿Hay indicios de que este caso esté conectado con la muerte de Jessica F., hallada sin vida hace unos días por una sobredosis? Me consta que el detenido asistió ayer a su funeral. Además, mantuvo vínculos en el pasado con Lena, la joven desaparecida en la isla hace veinte años y amiga de la fallecida. ¿Se baraja la posibilidad de que esté relacionado con ambos hechos?

¡Eso es, lo ha soltado! Ahora, con suerte, alguien tirará del hilo, tal vez hasta reabran el caso.

El portavoz se queda en silencio apenas un segundo, lo suficiente para que el aire se tense.

—La investigación sigue abierta. En este momento no podemos confirmar ni descartar conexiones con otros casos.

La cámara enfoca al portavoz, que se aclara la garganta antes de repetir con tono más burocrático:

—Todo posible vínculo con otros sucesos del pasado está siendo revisado con la debida prudencia. No podemos decir nada más por el momento.

Pero ya es tarde, la semilla está plantada.

Me quedo mirando la pantalla como si fuera a darme alguna respuesta más, pero no la hay, solo ese gesto contenido del portavoz, esa evasiva medida con bisturí, como si supieran más de lo que dicen, como si no quisieran abrir del todo una puerta que lleva demasiado tiempo cerrada.

—Emma. —La voz de Paul me sobresalta. No le he visto llegar.

Me levanto para abrazarle y me dejo caer en su pecho unos segundos, como si fuera el único lugar seguro en el momento.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento, pero, ¡buff!, no sé ni cómo estoy:

Jon, arrestado; la carta; el café con Julia; el karaoke; los recuerdos en el piso; las disculpas de Ámbar y de Jessi...

Este fin de semana ha sido un cóctel de emociones.

Por primera vez desde hace veinte años siento que puede existir otra verdad diferente a la que nos contaron sobre Lena. Y me da miedo lo que pueda estar por llegar.

CAPÍTULO 16

Ya estamos en casa, después de pasar por la clínica. Menudo planazo para un domingo por la tarde... Pero, claro, el control ovárico hay que hacerlo en días concretos y la clínica no entiende de fines de semana.

Paul se mete directo en la cocina a preparar algo de cenar. Yo me dejo caer en el sofá como si llevara una mochila de piedras colgando de los hombros. Apenas apoyo la cabeza en el cojín cuando suena el móvil: es mi madre.

—¿Qué tal por la isla? —pregunta enseguida, con esa mezcla de interés y precaución que siempre usa cuando intuye que puedo estar afectada por algo.

—Bien... Bueno, raro —respondo, haciendo un esfuerzo por sonar más animada de lo que estoy—. Ya os dejé en el salón una caja con algunas cosas que me voy a quedar de la casa. Está justo al lado del mueble de la televisión.

—Ah, muy bien, te la traeré cuando empaquetemos lo demás. Hija, me alegro de que te animaras a volver por fin por la isla. A ver si le coges el gusto, y más ahora que tendremos el piso precioso después de la reforma.

—Se me ha hecho un poco duro, la verdad, esa casa me trae muchos recuerdos, y en general no son buenos.

—Bueno, cuanto más vayas por ahí menos tendrás esa sensación y disfrutarás de nuevo de la isla. ¿Y te encontraste con alguien de entonces?

—Sí, al final fui con Isaac al funeral de Jessi.

—¡Anda! Pensaba que hacía años que no tenías trato con esa chica.

—Y no lo tenía, pero no sé, fue como cerrar una etapa y también un poco como terapia de choque. Ahí se juntó mucha gente

de aquella época. También me encontré con la madre de Lena, me invitó a tomar un café en su piso.

—Ay, qué pena me da Julia... Cuando me cruzo con ella en el rellano sigue teniendo esa mirada triste. Qué duro tuvo que ser para ella lo de Lena.

—Sí, la verdad es que sigue hecha polvo. Pero me alegro de haber estado un rato con ella. Aunque salí un poco angustiada, no te lo voy a negar.

—Normal.

—Por cierto —añado, intentando cambiar de tema—, esta tarde hemos ido a la clínica de reproducción asistida. Me han mirado los ovarios y está todo dentro de los parámetros, así que el martes me hacen la punción.

—¿Y eso qué significa? Ya sabes que no te quiero preguntar mucho para no ponerte nerviosa.

—Lo sé. Pues eso quiere decir que ese día me sedan y me extraen los óvulos para después fecundarlos. Me da un poco de miedo.

—Bueno, hija, ya verás qué siesta más buena te vas a echar. A ver si después lo llevas bien y no tienes molestias. Tendrás ya ganas de seguir el proceso, ¿no?

—No lo sé. Ahora mismo estoy nerviosa, con los ovarios hinchados y con el miedo a que me duerman. Solo pienso en que se pase ese día.

—Ya verás que no es nada. También hay que tener un poco de ilusión por las cosas. Seguro que no te das ni cuenta.

—Paul me dice lo mismo. Él está superilusionado, y eso también me preocupa, porque parece que no tiene en cuenta que hay muchas papeletas para que no salga bien. No es fácil quedarse embarazada a esta edad, aunque sea con la *in vitro*. Las posibilidades siguen siendo bajas.

—Claro, tú siempre tan optimista —dice riendo.

—Es que me da miedo ilusionarme y que no salga bien. Andar con todo este esfuerzo, este lío de hormonas, de pinchazos, de pasta, y que luego sea para nada. Y que encima Paul lo pase peor

que yo. Porque, al final, el que siempre ha tenido claro que quería ser padre es él.

En ese momento, vibra mi móvil: una notificación de WhatsApp. Miro la pantalla: es un número desconocido.

Hola. Perdona que te escriba así. Soy Vane, la hija de Jessi. Isaac me ha dado tu número porque me gustaría darte una cosa que tenía guardada mi madre. El jueves tengo que ir a la ciudad y, según me ha dicho, tienes una mercería cerca del piso de mi padre. ¿Puedo pasarme un momento y te lo doy?

Esto sí que no me lo esperaba... Me incorporo despacio. El corazón se me acelera. Mi madre sigue hablándome, pero ya no la escucho. Le digo que hablamos luego, cuelgo y abro WhatsApp para contestar.

Hola, Vane. Claro. Esta semana estaré aquí. Si te va bien podemos vernos el jueves en mi mercería cuando cierre al público y así te puedo atender sin prisas.

Me responde:

Ok. Ya me pasas el horario. Gracias.

¿Qué tendría Jessi guardado mío, si hace veinte años que yo no tenía relación con ella? Joder, qué intriga...

Casi al instante me escribe también Isaac. Me cuenta que ha conseguido el móvil de Vanessa a través de Ámbar. Le ha escrito para intentar quedar con ella, pero le ha dado largas. Lo curioso es que, en cambio, Vanessa le ha pedido mi número.

Así que me quedó igual, sorprendida e intrigada hasta el jueves.

CAPÍTULO 17

Lunes

La mercería huele a cartón nuevo. Me encanta el olor a pedido recién llegado. Hoy hay un paquete grande plantado en mitad de la tienda, lleva ahí desde esta mañana. Debería estar abriéndolo, reponiendo ovillos, anotando referencias, ordenando las madejas por tonos: verdes, lilas, mostazas, los tonos tierra y crudo que tanto se llevan esta primavera. Pero no me concentro.

Estoy sola en la tienda. Apenas han venido clientas, y la verdad, lo agradezco. No tengo ganas de hablar, de fingir sonrisas, solo quiero que el día pase y que nadie me haga preguntas, ni sobre lanas ni sobre mí, sobre todo sobre mí. Quiero pasar desapercibida y hacer que el día avance sin tener que dar explicaciones. Eso sí, se me está haciendo eterna la jornada.

Mañana es la punción, la famosa extracción de óvulos. Me he repetido mil veces que no es para tanto; que me duermen, que es un procedimiento rutinario; que al cabo de unas horas estaré en casa, recuperándome con una manta y una infusión. Pero no dejo de pensar en todo lo que puede salir mal: ¿y si no he respondido bien al tratamiento? ¿Y si no hay óvulos suficientes? ¿Y si ninguno es viable?

Abro el paquete por fin. Me concentro en sacar los ovillos, tocar su textura. Me encanta ese momento en que las madejas nuevas caen sobre la mesa grande en la que nos juntamos a tejer y las ordeno. Pero justo entonces suena el móvil: Isaac.

—¿Estás ocupada? —pregunta en cuanto descuelgo.

—Estoy en la tienda, pero esto está tranquilo, no hay nadie ahora. ¿Qué pasa?

Para hablar con él siempre tengo tiempo, aunque sé que si me llama ahora no es para charlar de nuestras cosas, sino porque sabe

algo nuevo sobre Jessi y porque, de algún modo, piensa que yo puedo ayudar a unir las piezas.

—He hablado con mi contacto de la Guardia Costera. Ya sabes, a veces siento que si te voy contando lo que averiguo algún detalle puede hacer clic contigo antes que conmigo.

—No sé, creo que tú siempre vas un paso por delante —le digo con una media sonrisa—. Pero sí, es bueno que vayamos hilando esto entre los dos.

—Pues hoy hay novedades sobre el arresto de Jon.

—¿Qué tipo de novedades?

—Han estado registrando la casa abandonada, la del acantilado, y han encontrado una mochila escolar.

—¿Escolar? ¿De quién?

—Aún no lo saben. Dentro había restos de ketamina y unos papeles con nombres en clave y cantidades. Parece que todo el entramado de drogas que están investigando va más allá de lo que pensaban. Podría haber menores implicados.

Trago saliva. Me viene a la cabeza la conversación entre Jessi e Isaac. Y luego Vanessa. Esa posibilidad me encoge el estómago.

—¿Crees que Vanessa...?

—No lo sé —dice él, con cautela—. Estoy casi seguro de que ella tenía algún tema con Jon, y de ahí que Jessi tuviera miedo de perder la custodia compartida, pero es que no hay manera de que quiera hablar conmigo.

—Yo quedo con ella el jueves, aunque no me veo sacándole información, no tengo tu labia ni tu tacto. No soy buena charlando con adolescentes; ni con la mía interior, imagínate. Ya sabes que sigo siendo una adolescente de treinta años.

Isaac se ríe, pero enseguida se queda callado.

—No tienes que hacer nada. Lo primero es que estés bien tú. Mañana tienes la intervención, y eso es lo único que importa ahora. Cuando estés con fuerzas hablamos de Vanessa. Tengo la sensación de que sabe más de lo que dice, pero no quiero presionarte para que le saques detalles.

—Gracias —susurro.

—Y ya verás cómo mañana te extraen al menos cien óvulos. Vas a batir récords de fertilidad.

Me saca una sonrisa. Isaac tiene ese don de soltar una tontería justo cuando me estoy viniendo abajo, siempre ha sido así.

Nos despedimos y cuelgo. Me quedo un momento con el móvil entre las manos, sin moverme. Las lágrimas quieren asomar, pero me las trago. No sé si son por las hormonas, por la mochila, por la presión, o por todo junto.

En la tienda solo se oye el zumbido suave del fluorescente. La música de Spotify terminó mientras hablaba con Isaac, no me había dado cuenta. Busco una lista de reproducción de Ludovico. La música instrumental con piano me hace bien, me baja el pulso.

Me levanto y empiezo a colocar las madejas, despacio, por tonos: verde junto a verde, rosa junto a rosa, cada cosa en su sitio. Porque, aunque por dentro todo esté patas arriba, por fuera el orden es lo único que me puede calmar ahora.

CAPÍTULO 18

Martes

Hemos venido a primera hora a la clínica. He pasado la noche dando vueltas en la cama, rumiando sobre la intervención de hoy. Paul y yo estamos en la habitación esperando a pasar a quirófano. Hace un momento ha estado aquí la anestesista: «¿Has ayunado al menos durante ocho horas? ¿Has hecho pis ya? ¿Has tomado alguna medicación? ¿Te tomaste ayer los antibióticos?...». Menuda ráfaga de preguntas.

Va todo muy rápido y no nos hacen esperar. La auxiliar me lleva por un pasillo blanco que huele a algo entre lejía y miedo. Llevo una bata blanca abierta por detrás y camino con toda mi dignidad. Me he atrevido a no ponerme las bragas provisionales de papel que me han dejado encima de la cama. Total, ¿para qué, si en el quirófano no voy a esconder nada?

Me subo en la camilla y me tumbo con una pierna elevada a cada lado como si fuese a dar a luz.

—Bueno, Emma, vamos a ponerte la vía. Notarás un pinchacito en la mano izquierda, es lo único que te va a doler un poquito durante el proceso. Después no te vas a enterar de nada. ¿Tienes buenas venas?

Asiento sin ganas. Me pincha en la mano, no duele apenas, será que ya me estoy acostumbrando a las agujas.

Ya llega el momento de la droga. Se me acelera el pulso y me sudan las manos. El tensiómetro confirma mi nerviosismo y la anestesista no tarda en regañarme: que vigile esa tensión, dice, y más si pretendo quedarme embarazada. Genial, más motivos para estar nerviosa justo antes de que me duerman.

—Bueno, vamos a empezar. Te voy a poner ya el sedante —dice—. Pero ve al médico, no es normal esa tensión a tu edad.

—Vale, pero creo que es el síndrome de la bata blanca. Es que siempre me pasa en consulta —me justifico. Menuda conversación previa a dormirme. Prefería un «cuenta hacia atrás desde diez».

Seguimos hablando y todo empieza a nublarse, como si la voz viniera de una radio lejana. Ya no soy yo, ya no estoy aquí.

Cierro los ojos...

Estoy en la isla., pero no es la isla, es una versión extraña.

Noche. Calor espeso. Ruido de música lejana. Ahora estoy saliendo del karaoke flotando dentro de mi cuerpo.

Camino por la calle empedrada, mareada. Las farolas tiemblan. O tiemblo yo.

Veo que Lena está a mi lado. Me mira seria, como si supiera algo que yo no sé. Me dice que me tiene que dar el aire. Su voz suena en mi cabeza como de lejos.

Caminamos en silencio hasta el faro. El cielo está oscuro, pero hay una luna muy grande. Enorme. Se oye el rumor del mar y las gaviotas suenan como si tuviéramos banda sonora.

Nos sentamos en un banco. Yo me tumbo. Todo se mueve. ¿Esto es un sueño o es real? El banco está frío y húmedo. Cierro los ojos un momento.

Gritos.

Entreabro los ojos pero los párpados me pesan mucho.

Jessi, Ámbar y Lena están muy cerca. Discutiendo. Las caras se deforman. Lena grita algo. Jessi la interrumpe. Las palabras se mezclan. Todo está muy borroso.

—Si llego a saber que la ibais a drogar, no hubiese ido al karaoke con vosotras —grita Lena.

—¡Se lo merece, por liarse con Leo!

Las palabras se superponen. Las caras se derriten como si fueran de cera. Yo

me incorporo en el banco. Ahora es una cama que flota en mitad del mar. Grito, pero mi voz se pierde en el irritante chillido de las gaviotas.

—¡No fui yo! —grito de nuevo, como si me arrancaran las palabras desde el pecho—. ¡No fui yo! ¡Fue Lena!

Todo se congela. Las tres me miran. Lena me clava los ojos como si no me conociera y entonces...

Despierto. Mareada. Boca pastosa. El mundo es una pecera borrosa y azul.

—Emma, ¿puedes pasarte a la cama? —me dicen las enfermeras.

Me arrastro como si mi cuerpo pesara una tonelada. ¿Sigo dormida? ¿Cuánto tiempo ha pasado? No sé si esto es real o sigue siendo el sueño. Una enfermera me cubre con la sábana.

Oigo a Paul. ¿Está aquí? ¿Estoy soñando? Me toca la frente.

—Todo ha ido bien. ¿Me oyes? Ya está.

Yo susurro algo, no sé si me entiende.

—No fui yo..., fue Lena... —

Me cuesta hablar. Me sale una voz muy grave y floja.

Me quedo mirando el techo con los ojos medio cerrados. Los tubos. El gotero. La bata. La anestesia sigue haciendo de las suyas. Sigo medio dormida y mareada, pero la lucidez empieza a abrirse paso.

Entonces lo sé: no ha sido un sueño, es un recuerdo.

Yo lo dije aquella noche, solté su nombre y traicioné a Lena. Conté su secreto y la dejé sola frente a Jessi y Ámbar. ¿Y si eso las enfrentó? ¿Y si por eso Lena huyó? O igual la empujaron, o quizás se cayó por el acantilado...

Entonces tal vez Lena no desapareció sin más.

Quizás fue todo culpa mía.

CAPÍTULO 19

Miércoles

Ayer, unas cuatro horas después de la intervención, me confirmaron lo que ya imaginaba: no sacaron suficientes óvulos y habrá que repetir todo el proceso de nuevo. De los diez que extrajeron, solo cuatro son maduros. A mi edad eso reduce las posibilidades de embarazo a casi nada.

Hoy he venido a la mercería con mucho bajón, por eso y por el sueño tan raro que tuve ayer cuando me sedaron. Cuando volví a casa de la clínica, ya más despejada, se lo conté a Paul. Seguido le mandé un audio a Isaac. Necesitaba compartirlo. No pudo ser solo un efecto de la anestesia ni un sueño. Estoy segura —segurísima— de que es un recuerdo real. Distorsionado, fragmentado, pero real.

Hoy no tengo energía para fingir un mejor humor, pero sé que, si me quedaba en casa, me comían las paredes. Y no quiero fallar a mi grupo de tejido.

Así que después de comer preparo la tienda como cada miércoles por la tarde, enciendo el difusor de esencias con aceite esencial de lavanda, dispongo las sillas alrededor de la mesa grande y me preparo para recibir a mis chicas. Es uno de los pocos grupos en los que me siento a gusto. Son doce mujeres de más de sesenta y cinco años y ninguna necesidad de forzar una sonrisa ni fingir postureos.

Nunca he llevado bien lo de estar en grupos grandes. Me incomodan las multitudes y aún más las conversaciones superficiales que suelen brotar en ellas. Aquí, en cambio, hablamos de todo, a veces de nada. No hay silencios incómodos, cada una está entretenida con su proyecto, y eso, para mí, ya es mucho porque no tengo que rellenar los silencios ni hacer un esfuerzo extra por dar conversación.

Empiezan a llegar con sus bolsas de tela, sus lanas y sus historias. Me saludan con besos y cariño. A veces algunas traen pastas caseras o bizcocho.

El murmullo de las agujas me relaja, como si fueran gotas de lluvia cayendo despacio. El té humea en las tazas y las mujeres se reparten entre las sillas como si hubieran vivido aquí toda la vida.

No es un curso de pago para aprender a tejer, nunca lo ha sido. Creé el grupo para que mis clientas tuvieran un espacio para juntarse con otras personas con la misma afición. Tejer en casa está muy bien, pero para algunas personas se hace una afición demasiado solitaria.

—Chicas, tengo una gran noticia que contaros: ¡viene la nieta número diez! —anuncia Eli, en alto, mostrando el vestidito de ganchillo como si fuera una bandera de victoria.

Nos reímos. Ella, pequeña y fibrosa, es puro nervio. Ocho hijos. Y ahora, su décima nieta está en camino.

—La primera hija la tuve con dieciséis, imagínate. Y cuando ella tuvo al suyo con veinte, yo estaba otra vez embarazada de mi último hijo. Las dos con barriga al mismo tiempo. Mi nieto y mi hijo pequeño tienen dos meses de diferencia.

Se me escapa una carcajada, pero por dentro pienso lo injusta que es la biología: algunas mujeres parecen tener una fábrica dentro; otras, como yo, luchamos para conseguir un solo hijo.

Sigo convencida de que mi mente también ha contribuido a que mi cuerpo no responda: por todas las veces que dije que no quería ser madre, que no valía para eso, que no sabía ni cuidar de mí, que no me aguantaba ni a mí misma.

—¿Y cómo hiciste para no volverte loca? —le pregunto.

—¿Loca? Claro que me volví, pero no había tiempo para pensar en eso. Te levantabas y ya tenías que dar de comer a alguien, no había tiempo para rendirse. Yo me hacía respetar y mis hijos sabían que, si hacían algo mal, yo me ponía seria y firme. Eso sí, jamás les puse la mano encima.

—Pues mi yerno se ha hecho la vasectomía con solo treinta años. Dice que tiene clarísimo que no quiere ser padre. ¿Y yo qué? ¿Y mi hija qué? ¡Yo también tengo claro que quiero ser abuela! ¡No

te fastidia! No sé qué le vió mi hija a este chico… —interviene una de las compañeras.

Se abre un debate interesante sobre la paternidad hoy en día, sobre lo fácil que resulta para los hombres tomar y revertir decisiones así, y sobre lo tarde que decidimos tener hijos nosotras.

Pienso en mi caso: a los treinta yo también decía que jamás sería madre, lo tenía grabado a fuego. En realidad, no empecé a plantearme esa posibilidad hasta hace seis años, cuando conocí a Paul. Sin embargo, ahora, casi a los cuarenta, me sorprendo siendo demasiado mayor para quedarme embarazada de manera natural.

Lo que ayer era rotundo, hoy ha cambiado totalmente.

Supongo que así somos los seres humanos, llenos de contradicciones, en constante cambio.

Estoy aprendiendo que hay que ser flexible en esta vida, con nuestras ideas, opiniones, nuestras decisiones e incluso con nuestras convicciones más profundas. Porque, basta un giro en el contexto, un cambio inesperado, una revelación, y de pronto todo se ve distinto. Me pregunto qué verdades que ahora me autoimpongo veré de una manera contraria dentro de una década.

A veces estas mujeres me dan más respuestas que años de terapia.

Después de debatir y echar unas risas, una de ellas se pone seria e inicia una conversación que no esperaba en esta sala con otra compañera:

—Imagino que todas sabéis lo de la chica que apareció muerta en la isla la semana pasada. Resulta que mi nieta va al instituto con su hija.

—¿Ah, sí? —responde otra—. Escuché que fue por una sobredosis. Qué pena, tan joven.

—Sí. Estaban divorciados y el padre sacó a la hija del instituto de la isla hace un par de años. Parece que la niña no se estaba arrimando a buenas compañías. Entre semana vivía en la ciudad con él y luego los fines de semana los pasaba con su madre en la isla —responde la primera.

—Yo he oído que todo esto podría estar relacionado con el traficante que detuvieron el domingo, al que pillaron con una lancha

llena de droga —añade otra, en voz más baja, como quien comparte una preocupación.

—Es que últimamente se escuchan muchas cosas de la isla —dice otra—, y claro, es fácil pensar mal, sobre todo cuando hay chavales de allí por medio. Que ya sabemos la mala fama que han tenido toda la vida... Ojalá no tenga nada que ver.

—La adolescencia ya es complicada sin tener todo eso alrededor —suspira la primera—. Me da pena la hija, debe estar destrozada.

—Se llama Vanessa —intervengo yo, con suavidad—. Es la hija de Jessi, la fallecida. Jessi era amiga mía en la adolescencia, aunque hace veinte años que no teníamos ya trato...

—¿Ay, sí? Qué tristeza todo esto... —responde la primera, bajando la mirada—. A veces una habla sin saber. Perdón si he sonado dura.

Las demás asienten y, poco a poco, la conversación regresa a los tejidos de lana y al bizcocho de yogur que ha traído Eli para celebrar la llegada de su nueva nieta.

Me quedo un momento en silencio y pienso en lo fácil que es juzgar desde fuera, y que da igual la edad que tengas o los años de experiencia que acumules. A veces también nosotras alimentamos rumores sin querer, no es solo cosa de la gente cotilla de la isla.

Y si realmente hay alguna conexión entre la muerte de Jessi y el arresto de Jon, espero que alguien abra por fin una investigación, porque, si no se mira bien, si se da por hecho que fue solo una sobredosis, puede que la verdad se quede ahí, enterrada para siempre. Como pasó con Lena.

CAPÍTULO 20

Jueves

Todavía me duele el vientre por la intervención del martes. No es un dolor agudo, más bien una presión incómoda en la parte baja del abdomen, como si tuviera la tripa inflamada por dentro. Me cuesta incorporarme del todo cuando me agacho y a veces el cuerpo me pide quedarme quieta, pero no soy buena en eso. Aunque Paul insiste en que debería tomarme unos días de descanso, la verdad es que estar aquí, en la mercería, entre lanas, hilos y colores suaves, es mi forma de descansar.
En casa me aburro y pienso demasiado.

Aun así, he estado a punto de escribirle a Vanessa para cancelar nuestra cita de esta tarde. Tenía la excusa perfecta: dolor de ovarios, malestar, necesidad de reposo. Pero la verdad es otra: me abruma quedar con ella a solas. No tengo ni idea de qué tiene para mí. No sé cómo hablar con una adolescente que no conozco y, en el fondo, me da miedo que sea igual que su madre a su edad.

Pero estoy aquí. Voy a ser una Emma que no evita estar con gente con la que no tiene confianza. Tengo que entrenar mi seguridad.

He cerrado al público y estoy ordenando las lanas del escaparate, colocando los ovillos por tonos pastel, cuando toca el cristal de la puerta. Es puntual. Vanessa entra con paso firme, aunque su cuerpo menudito casi se pierde dentro del abrigo gris que le queda grande adrede. Lleva unas botas negras de suela gruesa, pantalones ajustados y el pelo rubio recogido en un moño flojo que amenaza con deshacerse. Tiene esa mezcla de seguridad fingida y mirada seca que me resulta demasiado familiar.

—Hola... ¿Emma? —pregunta al verme.

—Sí, pasa. Estoy calentando agua para una infusión, ¿te apetece una?

Asiente sin decir nada más y se sienta en la esquina del banco junto a la mesa donde suelo dar los talleres. Yo me acomodo enfrente, despacio, porque el vientre me recuerda con un tirón sordo que no estoy para hacerme la valiente.

—Siento mucho lo de tu madre, Vanessa —le digo.

—Gracias. Puedes llamarme Vane.

Al instante se pone a llorar y, sin pensarlo, rodeo la mesa, me agacho junto a su silla y le paso los brazos como puedo para darle un abrazo. Pensaba que sería incómodo, pero ella se aferra a mí como si lo hubiera estado esperando. Su llanto se vuelve más profundo, más libre. Se despega al cabo de unos segundos agradeciendo mi gesto.

—Perdona, cada vez que me acuerdo de ella me pongo así. Pero no quiero hacerte perder el tiempo con mi drama —responde mientras saca algo del bolsillo del abrigo y lo deja sobre la mesa—. Mira, mi madre guardó esto, parece que era tuyo. Lo encontré el fin de semana, recogiendo sus cosas en la casa.

Es un collar con cadena dorada. En el centro mi nombre, escrito en una tipografía cursiva como de caligrafía elegante. Junto a él, una foto algo doblada por las esquinas. Estamos las cuatro: Jessi, Ámbar, Lena y yo. Verano de 2004. Todas con nuestros collares, sonriendo, o fingiendo que todo iba bien.

Lo reconozco al instante. Era como el de Carrie Bradshaw de *Sexo en Nueva York*, pero en versión barata. Los compramos juntas, como símbolo de amistad. Una forma de gritar: «Soy parte del grupo». Es ese collar que Jessi me arrancó del cuello el día que me echó de él.

—No me lo esperaba. Pensaba que tu madre lo había tirado, la verdad —digo, más para mí que para ella.

—Lo tenía guardado en una cajita metálica. No sé por qué lo conservó, pero ahí estaba, con otras cosas que parecían recuerdos de esa época.

Paso los dedos por el nombre. La cadena está fría. Paso el pulgar por las letras de mi nombre. Es como tocar a esa Emma de dieciocho que aún pensaba que, si encajaba un poco más, la querrían.

—Recuerdo perfectamente el día que las compramos. Fue en la tienda del paseo marítimo. Siempre olía a incienso de sándalo. Cada verano buscábamos el regalo de cumpleaños para nuestra amiga Lena. Tu madre insistió en que le regaláramos un collar con su nombre. Era muy detallista y acabamos comprándonos uno cada una, a juego. Dijo que así sería más simbólico, que era como una promesa de amistad eterna.

Lo cierto es que al final de ese verano llegó la noche en que todo se rompió. La noche en que Jessi me echó del grupo. Desde luego, no es momento de sacar trapos sucios y hablarle a Vanessa mal de su madre.

—Gracias por traérmelo. Aunque imagino que no has venido solo por esto —le digo.

—Bueno... Vi esta foto de las cuatro juntas y me pareció haberte visto en el funeral de mi madre. Creo que Ámbar habló contigo. Pero ni ella ni mi madre me hablaron nunca de ti, ni de la otra chica de la foto.

—¿Y no le has preguntado a Ámbar? Se supone que era la mejor amiga de tu madre.

Vane suelta una risa breve, seca.

—¿Mejor amiga? Ya... Pues no, es una falsa.

Me quedo helada.

—No me ha escrito ni un mensaje desde el funeral. Ese día se subió al altar solo para hacerse la protagonista. Ni que fueran hermanas... En realidad, mi madre la evitaba todo lo que podía. Eso sí, de cara a ella sonreía y le seguía la corriente, pero por detrás... No podía ni verla.

—Vaya, no me esperaba esto. A veces las amistades de toda la vida son más complicadas de lo que parecen desde fuera. Aunque yo tampoco he confiado nunca en Ámbar, si te soy sincera. Conmigo era bastante mala, aunque ahora intenta ser mejor persona —digo, tratando de que no suene a reproche.

Vane me mira como si quisiera saber más, pero sin atreverse a preguntar.

—Supongo que tu madre y Ámbar tenían una larga historia, y no siempre bonita. Yo la viví de cerca en su momento.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, fuimos amigas en la adolescencia y pasábamos los veranos juntas, por eso salgo en esa foto con ellas. En estas edades los grupos de amigas siempre tienen sus bandos y sus líos. Ámbar solía ser el perrito faldero de tu madre y tu madre era la que lideraba el grupo. Yo, por otro lado, era un poco la marginada del grupo, la que recibía sus burlas. A ver, no me quiero poner melodramática, ya ha pasado mucho desde aquello. Hace más de veinte años que cortamos la relación y que yo no había vuelto a la isla.

—¿Y entonces por qué fuiste al funeral de mi madre?

—Es un tema un poco largo de explicar, la verdad. Pero así, en resumen, necesitaba cerrar una etapa: despedirme y perdonarla.

—¿Perdonarla? ¿Tan mala fue contigo?

—Es complicado... En aquella época no se portó demasiado bien. Se fio de las mentiras que Ámbar dijo sobre mí y Leo, el novio de aquel momento de tu madre. Y me echó de malas maneras del grupo de amigas. Pero sé que estaba arrepentida.

No pensaba hablar de nada de esto, pero, ya que Vane tiene interés y quiere detalles, me sincero. Quizás eso ayude a que ella también se abra conmigo.

—Vaya, lo siento. Mi madre cuando se enfadaba no medía sus palabras. Era de gatillo fácil.

—No te preocupes, fue hace mucho. Tampoco quiero que te quedes con esa faceta de ella. Cuando somos adolescentes hacemos y decimos muchas cosas que no queremos. Y de verdad, sé que no estaba orgullosa de aquello y que se quería disculpar conmigo, pero no pudo.

—¿Y la otra chica de la foto quién es? No la vi en el funeral ni me suena su cara. ¿Tampoco erais amigas ya? Mi madre nunca me contaba nada de aquella época.

—Era Lena, la del regalo de antes. Éramos buenas amigas, hasta que desapareció de la isla hace veinte años, justo la noche de su cumpleaños.

—Me suena algo, de habladurías de la isla, pero no conozco bien la historia. No sabía que era amiga de mi madre.

—Es que no se hicieron las cosas bien con su caso. La policía no la buscó lo suficiente. —Hago una pausa antes de atreverme a decir lo siguiente—. Y no quiero que con tu madre pase lo mismo. Estoy segura de que no ha sido una sobredosis.

Vanessa se tensa. Baja la mirada. Sus dedos juegan con el dobladillo de la manga.

—Yo también lo pienso —dice al fin, en voz baja—. Es imposible que fuera una sobredosis, quiero decir. Ella no se metía nada de nada, odiaba las drogas.

Levanta la vista de la foto. Tiene los ojos de Jessi, pero hay algo más, una tristeza distinta, como si llevara demasiado peso encima para tener solo quince o dieciséis años.

—Si hay algo que tengas que contarme... Por aquel entonces tu madre y Ámbar siempre estaban pegadas a Leo y su amigo Jon. No sé si les conoces de la isla o tu madre te habló de ellos. Desde luego Leo no era muy bueno con ella. Eso sí, les vi en el funeral, y supongo que aún seguían en contacto. Pero lo cierto es que tanto Leo y su hermano como Jon tenían una reputación bastante mala en aquella época. Siempre estaban metidos en trapicheos y dudo que hayan cambiado a mejor.

Me interrumpe rápido y un poco a la defensiva:

—Sí, sé quienes son. El hermano de Leo sé que lleva tiempo en la cárcel. De todas formas, lo siento, no tengo mucho más que contar sobre ellos. Mi madre tampoco me contaba demasiado, ni de ahora ni de entonces.

Asiento. Me cuesta creerlo, pero lo entiendo.

—Está bien. Aunque yo sé que ella quería protegerte de algo..., o mejor dicho, de alguien. He oído que están investigando la relación entre Jon y su muerte.

—Yo no te puedo ayudar con eso. No sé nada más de Jon. —Hace una pausa. Luego baja un poco la voz—. Bueno, lo vi alguna

vez... Venía a casa de vez en cuando y hablaba con mi madre. Yo me quedaba en mi cuarto, pero se notaba que discutían o que hablaban de cosas que no quería que oyera. —Levanta la vista un segundo y luego la vuelve a bajar—. Ella siempre me decía que no me acercara a él, que si me lo encontraba por ahí no hablara con él. De todas formas, creo que no debería habértelo contado. Que la policía investigue lo que tenga que investigar.

La miro, intentando mantenerme neutra. Es más de lo que decía saber al principio, pero tampoco quiero presionarla.

Creo que he sacado el tema de Jon demasiado pronto y la he puesto nerviosa. Si hubiera estado Isaac conmigo, seguro que lo habría hecho mejor. Yo no sirvo para estas cosas. Me cuesta sonsacar información cuando lo que quiero es simplemente escuchar, que sienta la otra persona que puede confiar en mí sin pensar que busco algo más.

Ahora me siento mal.

—Gracias por contármelo —le digo—. Si algún día te apetece hablar más, puedes venir por la tienda cuando quieras o llamarme. En serio, no tienes que contarme nada que no quieras.

Vanessa asiente. Se queda un segundo más en silencio, como dudando.

—¿Sabes? —dice al fin—. Mi madre a veces parecía muy dura, un poco borde incluso con algunas personas, pero, cuando has hablado antes de perdonarla, de cerrar una etapa... No sé, creo que le habría gustado oír eso. —

Levanta la mirada y se relaja un poco—.

Y también creo que le habría gustado que te quedaras con un recuerdo bueno de ella.

Yo sonrío, sin pensarlo.

—Tengo muchos. Aunque a veces los malos sean los más ruidosos. Pero recuerdo, por ejemplo, ese día que compramos los collares: por la noche Jessi se lanzó al mar vestida, como una loca, solo para hacernos reír. Era muy impulsiva y divertida.

Vanessa sonríe.

—Sí, eso suena a ella.

Vanessa se levanta despacio, murmura un «gracias» casi inaudible y me da otro abrazo, más contenido que el primero, antes de salir de la mercería.

Después de cenar me quedo en el salón viendo un *True Crime* con Paul. Me vibra entonces el móvil: es un mensaje de Vanessa.

Gracias
por el rato que hemos pasado juntas en la tienda. Me ha gustado conocerte y recordar a mi madre contigo, me ha hecho bien. Y lo del collar... No sé, creo que ella lo guardó por algo. Seguramente tú le importabas más de lo que parecía. La verdad es que me das tranquilidad y siento que puedo confiar en ti. ¿Podemos vernos algún otro día? Me ayudaría hablar contigo de nuevo.

Me alegra el mensaje de Vanessa. Le respondo que me llame cuando quiera y que sí, que podemos quedar de nuevo.

CAPÍTULO 21

Septiembre 2004

Este verano, Jessi y Lena no han parado de hacerme comentarios sobre mi cuerpo, como de costumbre, solo que esta vez es porque he adelgazado. «Te veo más delgada, ya era hora de ponerle remedio a esos kilos», «Estás mejor así, pero te iría bien hacer algo de ejercicio de fuerza, ¿no?». Y luego esa frase de Ámbar que me dejó alucinada: «Se te nota la tripa todavía un poco fofa, deberías hacer abdominales o algo para tonificar». Quizás yo fui su inspiración secreta para descubrir su vocación: ayudar a otras a ponerse buenorras a través de su Instagram con sus tablas de ejercicios y su dieta *healthy*. Un auténtico servicio público, vamos.

Lo peor es que no saben —ni les importa— por qué he perdido peso, solo ven el resultado y opinan. Esa es la gran diferencia con los amigos que he hecho este año en la universidad: con ellos no tengo que justificarme ni fingir. No me siento observada, ni comparada, ni medida al milímetro. Me escuchan sin juzgar y me preguntan cómo estoy de verdad, no como excusa para criticar, dar consejos no pedidos o hablar sobre ellas mismas.

Con las de la isla siempre hay una competición silenciosa.

Y no, no he adelgazado por una dieta, ni por matarme a hacer ejercicio, ni por ningún objetivo estético. Sí, ahora me siento mucho mejor a todos los niveles. Pero este año he tenido que ponerme en manos de médicos porque ya no podía más. Llevo meses con dolores de tripa casi diarios, una sensación constante de malestar que iba y venía sin avisar. Y, en los momentos más inesperados, llega la emergencia de encontrar un baño. Me han hecho muchas pruebas, análisis y descartes.

Diagnóstico: intestino irritable, que es como no decir nada.

Causa: ansiedad, estrés.

Solución: ninguna (bueno, no la he encontrado aún).

Me mandan a casa con una hoja de recomendaciones vagas y la sensación de que todo es cosa mía, de mi cabeza, de mis nervios.

Qué quieres que te diga, prefiero estar gorda y sana que delgada por tener diarreas, pero es lo que hay.

Es el último sábado de la temporada de verano. Son las dos de la madrugada y Jessi acaba de volver con el grupo después de haberse ido durante una hora al faro con Leo. Ámbar está un poco rebotada porque Jessi siempre se marcha cuando estamos en el mejor momento de la noche; pero, en cuanto la ve entrar en el bar y suena *Toxicity*, de System of a Down, se le pasa la rayada y se ponen a cantar y a saltar juntas como mejores amigas.

Ahora la que necesita un respiro soy yo. No he bebido nada de alcohol para evitar que me duela la tripa y no estoy en el mismo nivel de euforia que el resto del grupo. Este verano me siento más fuera del grupo que nunca. Aún así, me sigo esforzando por salir con ellas y encajar. Porque, claro, cuando están de buenas, cuando no hay críticas ni miradas torcidas, cuando ríen conmigo y no de mí, todavía puedo creer que formo parte de algo, que pertenezco. Hay momentos en los que no me siento una intrusa, como cuando nos reímos todas juntas por una tontería o bailamos una canción que nos encanta desde hace años. Esas migajas de conexión me han mantenido pegada al grupo más de lo que debería, como si esperara que, en algún momento, todo cambiara y me aceptaran del todo. Pero ese momento nunca llega.

Y luego está Lena, mi amiga de siempre, la que conoce todas mis rarezas y, a veces, parece olvidarlas. A su lado aún me aferro a la ilusión de que esta amistad puede salvarse. De que ella sigue estando ahí, aunque a veces no diga nada cuando debería, aunque se ría con las otras mientras yo me marcho. Me repito que Lena no es como Jessi y Ámbar; que solo está atrapada, como yo; que, en el fondo, sigue siendo la misma de los veranos en la playa, cuando nos bastaba una toalla y un *discman* para ser felices. Me aferro a ella como quien se agarra a una puerta entreabierta, esperando que un día vuelva a abrirse del todo.

Salgo de la zona de bares para encontrarme con Isaac. Hemos quedado junto a los bancos de la cala de abajo del faro. Es donde solemos juntarnos los sábados desde que Isaac se alejó del grupo. Es nuestro momento de la noche para sentarnos tranquilamente a charlar un rato de nuestras cosas y tener un respiro de la fiesta.

Isaac siempre me repite lo mismo: que no entiende por qué sigo tratando de encajar con las reinas del baile —así las llama—. Dice que llevo años intentando ganarme un sitio en un grupo que solo me acepta cuando les conviene; que no es amistad si tengo que medir mis palabras para no ser el blanco de las risas.

—Deberías venir más con nosotros —me dijo la semana pasada, apoyado en la barandilla de esta misma cala—. Con mi grupo puedes ser tú misma sin tener que demostrar nada a nadie. Te escuchan, no te comparan, no te vacilan por tu cuerpo ni por pensar distinto. ¿No te cansas de estar con esa gente?

Me canso, sí, pero me cuesta soltar. Me cuesta admitir que hay relaciones que ya no tienen arreglo; que incluso Lena ya no está de mi lado.

Hay brisa. El sonido del mar llega mezclado con la música lejana y las risas que vienen de todas partes. Me acerco al lugar donde siempre nos sentamos con Isaac, deseando tener un rato de paz. Cuando llego, no es a Isaac a quien veo, sino a Leo. Está encorvado en un banco, con la mirada perdida y la camiseta medio arrugada.

—¿Leo? —me acerco—. ¿Estás bien?

Tarda en reaccionar. Cuando levanta los ojos, los tiene vidriosos. Lo que sospechaba: está fumadísimo.

—He discutido otra vez con Jessi y me ha vuelto a dejar. —Su voz suena baja, sin fuerza.

Me siento a su lado, dejando espacio. No sé muy bien qué decirle, tampoco pregunto qué les ha pasado. Siempre discuten por chorradas. Además, nunca hemos sido cercanos, apenas hemos cruzado unas pocas palabras en todos estos veranos. Es un tío bastante distante con las chicas del grupo, supongo que para que no haya malinterpretaciones por parte de la celosa de Jessi.

—No sé por qué vuelvo a caer en sus dramas —dice, más para sí que para mí—. Ni siquiera sé si me quiere ya ni si yo la quiero a ella. Me ha dejado ya media docena de veces este año. Después siempre vuelve suplicando que volvamos juntos.

Le pongo una mano en el hombro, solo eso. Es un gesto breve, tranquilo.

—No podéis seguir así, os estáis haciendo daño.

—Tienes razón. Gracias por escucharme.

Se ve que tampoco quiere hablar mucho más. Si en realidad solo le he dicho una frase...

Hace una pausa y abre la cajita como para liarse otro porro. ¿No ha tenido suficiente? Se le ve ya muy pasado de vueltas.

De repente, me suelta una frase que no esperaba en absoluto:

—No te lo he dicho antes: este verano estás muy guapa.

Entonces, sin previo aviso, se gira hacia mí y acerca su cara a la mía como para intentar besarme. Me quedo paralizada una milésima de segundo y, antes de que pueda apartarme, en ese mismo instante, la veo por el rabillo del ojo: es Ámbar, de pie, al fondo de la calle que va hacia los bares. Nos ha visto, aunque en realidad no ha habido beso. Ella se da media vuelta y sale corriendo.

—No, no, no... —murmuro, levantándome de golpe.

Me separo de Leo, que sigue ahí sentado fumando, sin entender nada. Me espero lo peor.

Unos minutos después estalla la tormenta.

—¿Tú? ¿En serio? —Jessi aparece y me grita con los ojos encendidos de furia, seguida por Ámbar, Lena y el resto del grupo—. ¿Tú buscando la boca de mi novio?

—¿Qué estás diciendo? ¡Eso no es verdad! Yo no he hecho nada. ¡Si ni siquiera me gusta!

—Ámbar te acaba de ver, ha visto cómo te lanzabas sobre él para besarle —dice otra, como si acabara de recibir el guion.

—¡Qué dices! ¡Ha sido él quien me ha intentado besar! ¡Y yo me he apartado! —Mi voz tiembla, pero no bajo la mirada.

Entonces busco a Lena. Está ahí, detrás, sin moverse.

—¿Es que no vas a decir nada? —le digo, casi suplicando que me defienda.

Ella sabe de sobra que no tengo nada con Leo y que nunca me ha gustado. Es Lena la que se lio con él el año pasado, que los vio Isaac volviendo juntos del faro. No puedo saberlo a ciencia cierta y tampoco sé si es ella con quien le estará poniendo los cuernos Leo a Jessi todo este año, visto lo visto. Pero espero que me saque la cara, porque sabe que ni de coña yo me liaría con Leo ni con el novio de ninguna amiga. Ella tarda en hablar y, cuando lo hace, siento cómo se me cae el alma a los pies.

—No tengo nada que decir, Emma. Eso no se hace.

Y ya está. Con esa frase me arranca todos estos años de amistad y me los lanza al suelo como si fueran basura.

—Te crees muy lista, pero aquí ya no pintas nada —dice Jessi acercándose—. Eres una zorra.

—Aunque hayas adelgazado y te creas mejor que nadie, serás una puta gorda toda la vida —dice Ámbar.

—Es imposible que Leo hubiera querido nada contigo, no sé ni para qué lo has intentado. Lárgate y no vuelvas, no eres bienvenida en este grupo —sentencia Jessi.

Me arranca del cuello el collar con mi nombre que llevamos todas a juego y me empuja. Alguien se ríe. Otra voz lanza una burla, ya ni las distingo. Me empujan otra vez. Me tropiezo y caigo al suelo. Mañana tendré un buen moratón en el culo.

La cosa se empieza a poner seria y violenta. Cuando estoy a punto de recibir una patada de Jessi en las costillas, aparece Isaac, que me agarra del brazo y me saca de allí sin decir nada.

No lloro, no en ese momento. La traición de Lena ha dolido más que la caída.

Fue esa noche, esa frase de Lena, esas miradas de odio, como si yo fuera la mala de la película... Así fue como lo entendí: en aquel grupo sobrevivir significaba traicionar antes de que te traicionaran.

Y así terminó mi verano. Cuatro años estuve en aquel grupo tóxico. Y hasta ese sábado no aprendí que la gente que más quieres puede clavarte el cuchillo, si eso la mantiene dentro del grupo y la salva de ser el siguiente blanco. Aunque en ese momento me dolió como si Jessi me hubiera dado la patada en el estómago, con los años descubrí que fue lo mejor que me pudo pasar.

Por desgracia, ese patrón se repitió en muchas ocasiones en los siguientes años, en otros lugares, con otras caras. Alargué demasiado algunas relaciones de pareja, esperando que la otra persona fuera diferente. Tuve trabajos en los que me quedé aunque no me respetaban, porque pensaba que eso era lo normal y que tenía que aguantar. Hubo amigas que solo aparecían para desahogarse conmigo, pero que nunca se interesaban por saber cómo estaba yo. Siempre he aguantado de más, siempre esperando que los demás cambiaran, que algo mejorara. Nunca sabía irme a tiempo, solo me alejaba cuando ya se había estirado mucho el chicle o la otra persona ponía el punto final.

Esa actitud pasiva me hizo daño durante muchos años, porque siempre pensaba que, si aguantaba lo suficiente, los otros acabarían cambiando. Y no, después

de mucho tiempo y mucha terapia, aprendí que los que tenían que cambiar no eran los demás, eran mis límites.

CAPÍTULO 22

Viernes

Hoy es uno de esos días en los que todo me irrita: entre el dolor residual de la intervención para la extracción de óvulos y la inestabilidad hormonal, noto que estoy un tanto irritable, que salto a la mínima.

Me encuentro en el salón, descansando un rato después de comer, con una manta sobre las piernas. Paul aparece entonces con su habitual energía de viernes por la tarde. Se sienta a mi lado y me acaricia el pelo.

—He estado pensando... ¿Y si organizamos algo mañana en casa? Una tarde de juegos de mesa. Podríamos invitar a David y Alex, también a algunos de mis compis de la uni. Hace un montón que no los vemos.

Levanto la vista. Trato de no sonar borde, pero solo pensarlo me agota y me molesta. Coño, es que parece que no me conoce.

Respiro hondo antes de seguir:

—No estoy para fiestas ni quedadas multitudinarias. Me encantaría echar unas partidas con David y Alex, pero no quiero llenar la casa y tener que hacer de anfitriona para un montón de gente con la que no tengo confianza.

Él deja el móvil y me mira con ese gesto cabezón que tanto conozco.

—Ya, pero podríamos aprovechar para que te abras un poco más. Te vendría bien relacionarte más. Llevamos seis años juntos y hay amigos míos que apenas conoces. Lo dijo tu psicóloga, ¿no? Que intentaras socializar más y ser más extrovertida.

Suspiro. Intento no estallar, pero me cuesta contener el malestar. Ha cogido lo que le he contado de la sesión del otro día para llevarlo a su terreno.

—No se trata de forzarme a ser extrovertida, no has entendido nada. Se trata de exponerme a mis miedos siendo yo misma. Y en este momento, con todo el tema hormonal, el dolor, el estrés, no me apetece improvisar una quedada con gente con la que no tengo confianza. Me cuesta socializar cuando no estoy al cien por cien. Prefiero estar con personas con las que no tengo que fingir.

—Pero seguro que ayuda a desconectar un poco de todo lo de estos días, también a coger un poco de confianza con mis amigos, que nunca nos juntamos con todos.

—¿En serio? ¿Ahora también tengo que obligarme a quedar con tus amigos? Bastante estoy saliendo ya de mi zona de confort. He quedado con Vanessa, con Ámbar, he ido a la isla, me he enfrentado cosas que llevaba años evitando... No necesito añadirme más presión. Me estoy esforzando un montón con lo que me dijo la psicóloga, pero también tengo derecho a elegir cómo y con quién quiero estar. Y no quiero que encima me hagas sentir mal por no encajar con tu grupo de la uni. No tengo que ser amiga de todos. Lo que me faltaba esta semana...

Paul frunce el ceño. Le cuesta entenderlo, pero me escucha.

—No te lo estoy diciendo con mala intención. Solo pensaba que podría animarte, porque es gente maja.

—Sé que es gente maja, pero no me apetece. Me duele cuando me insistes como si hubiera algo malo en mí por no querer estar con mucha gente. Además, cuando quedo con mis amigas no te digo que vengas siempre. Respeto que no te apetezca, solo pido lo mismo. Con David sí, porque compartimos aficiones, pero el resto... No me nace. No quiero tener que fingir energía cuando no la tengo. Esto lo hemos hablado un montón de veces. Me molesta que no te guste cómo soy, que no sea tan extrovertida como tú.

Paul asiente en silencio mientras suelto mi monólogo, sabiendo que si sigue por ahí, me voy a acabar enfadando de verdad.

—Vale, entendido. Entonces solo David y Álex, algo pequeño, los cuatro de siempre. Igual David propone que vayamos a su casa, que lleva tiempo diciendo que quiere enseñarme sus nuevos Legos.

—Sí, mejor en su casa. Gracias —respondo un poco seca.

Pasan unos minutos en silencio. Yo sigo bajo la manta. Paul va a la cocina y me trae un poco de chocolate negro para animarme.

Me siento fatal por haberme puesto así con él.

—Perdona si me he alterado, no me quería enfadar ni hablarte mal —digo mientras empiezo a llorar—, pero es que lo que necesito ahora es tranquilidad, estar con los de siempre, sin forzar más la máquina.

Paul me abraza y me da un beso para quitarle hierro al asunto, como hace siempre, y se disculpa por haberme insistido tanto. Soy lo peor.

Entonces me vibra el móvil: es un audio de Isaac.

Han interrogado a Jon esta mañana y me han pasado una transcripción extraoficial. Niega cualquier implicación en la muerte de Jessi. Reconoce que ella estuvo metida en ciertos asuntos con él hace tiempo, pero dice que llevaba años fuera de todo eso, que no formaba parte de la red de distribución. También insiste en que él no tomaba decisiones. Nada más. No da nombres, no señala a nadie, pero se nota que está escondiendo algo, como si supiera mucho más de lo que admite y no pudiera permitirse decirlo. Yo creo que los verdaderos responsables están muy por encima de él. Y está acojonado porque si habla... está muerto.

Escucho el audio un par de veces, luego miro al vacío. El puzle no para de girar en mi cabeza: Jessi fuera, Jon asustado y alguien más en la sombra.

Me acurruco un poco más bajo la manta. Mañana jugaremos a juegos de mesa, pero sé que mi mente seguirá jugando a este otro, uno en el que nadie quiere mostrar sus cartas.

CAPÍTULO 23

Sábado

Parece que ya me encuentro un poco mejor que ayer, tanto de los ovarios como de ánimo. Me siento fatal por haberme puesto así con Paul, le he pedido perdón mil veces ya.

Eso sí, me han salido un montón de granos en la cara. No he tenido el cutis así de mal jamás, ni de adolescente. Y menos mal que no lo tuve, porque habría añadido otro factor físico más para contribuir a las burlas. Debe ser un tema hormonal por la punción ovárica. Así que hoy el plan casero con gente de confianza me viene genial, no me apetece exponerme demasiado en público con este cutis.

Paul no tiene turno este fin de semana en el hospital. Anoche David confirmó que hoy la jornada de juegos de mesa la hacíamos en su casa. Es el mejor amigo de Paul, desde la universidad, estudiaron enfermería juntos. Los dos únicos chicos de su clase.

David es de los que lo llenan todo con su presencia: alto, grande, expresivo, con risa contagiosa y un humor que a veces roza lo absurdo, siempre te arranca una carcajada. Tiene una habilidad especial para explicar las reglas más complejas como si fueran un juego para niños. Es imposible no cogerle cariño.

Alex es lo contrario, el silencio que escucha: bajo, delgado, casi frágil, con unos ojos oscuros que parecen registrar el mundo sin hacer ruido. Habla poco y cuando lo hace suelta la frase memorable de la noche. Tiene una inteligencia bestial y su mente va más rápido que la del resto. Siempre tiene cuatro turnos pensados de antemano. A su lado, una se siente un poco ignorante. Nos conocimos trabajando juntos en una sucursal del banco, hace años, antes de que yo cambiara de rumbo profesional. Desde entonces

hemos mantenido una conexión que se ha fortalecido con nuestras quedadas de juegos de mesa.

Desde hace cinco años nos reunimos los cuatro al menos una vez al mes. Es nuestra pequeña tradición: encerrarnos con *snacks*, frutos secos y una pila de juegos de mesa que prometen discusiones absurdas, alianzas traicioneras sin maldad de fondo y risas aseguradas durante ocho o diez horas. Hemos hecho piña. Nadie juzga, nadie hace comentarios malintencionados, solo estrategia, bromas internas y una competitividad feroz que fingimos disimular sin éxito. Y entre partida y partida, cuando bajamos un poco la guardia, también hablamos de lo que nos preocupa en nuestras vidas. Porque en este grupo, aunque el plan sea jugar, siempre hay espacio para hablar y apoyarnos en lo que haga falta.

Y cuando digo jugar no me refiero a juegos como el *Catán*, el *Carcassonne* o *Aventureros al tren*. Siempre nos gustarán los clásicos, pero ya se nos quedan cortos, más porque Paul y David son unos frikis nivel experto. Tienen cada uno su colección que cubre paredes enteras, con estanterías que parecen más propias de una tienda especializada. Decir que Paul tiene unos cien juegos en su cuarto es quedarme muy corta. Por si fuera poco, muchos están sin estrenar. Yo sigo pensando que no da tiempo en una vida a jugar a todos, y aun así el vicio de comprar no para.

A mí también me gustan los juegos de mesa. Aunque mi dinero va para lanas y agujas de tejer, de vez en cuando contribuyo comprando alguno.

Esta mañana hemos estado cuatro horas seguidas jugando al *Scarface 1920*. Por cierto, he ganado y lo estoy celebrando con una sonrisa que me dura más que la partida. Lo mío me ha costado. Parece que se me da bien hacer de mafiosa y luchar por mi territorio. Estoy en mi salsa, quién lo diría.

Hacemos un descanso y pedimos comida para no perder el tiempo cocinando ni buscando restaurante. Mientras esperamos, David nos lleva a su habitación para alardear de sus nuevas adquisiciones de juegos y su colección de Legos, otra de sus pasiones.

Es impresionante todo lo que tiene acumulado entre las estanterías y los juegos que están en el suelo en modo tetris, el sueño de cualquier adolescente *nerd*.

Me acerco al escritorio para ver las fotos que tiene clavadas con chinchetas en un corcho grande en la pared. Algunas parecen recientes, otras se ve que ya tienen años.

—Encontré hace poco las del viaje a Italia —le dice David a Paul—. Ya sabes, entre tanto caos de juegos tenía una caja con fotos viejas y ni me acordaba.

Me acerco para ver alguna de las fotos y me quedo sin aire.

En una de ellas aparece un grupo grande de gente joven en la Fontana di Trevi, de noche. Sonríen, algunos con una cerveza en la mano. Ahí está Paul, con el brazo detrás del hombro de una chica.

Mi corazón da un vuelco.

—¿De cuándo es esto? —pregunto en voz alta, casi sin aire—. ¿Qué hace Lena en esta foto?

Paul se acerca, mira la foto y contesta sin darle importancia:

—Esto es del verano de 2005. Fue la última noche del viaje con los de enfermería. ¿Y tú de qué conoces a Helena?

—Te digo que es Lena, mi amiga Lena de la isla, la que desapareció justo ese mismo verano.

Todos se quedan en silencio.

—Nunca me has dicho que la conocías —digo, con la voz entrecortada.

Paul baja la mirada.

—No tenía ni idea de que Helena era tu amiga Lena. Estoy alucinando, de verdad. Además, ¿no habíamos quedado en no hablar de nuestras ex y rollos del pasado? ¿Te acuerdas del pacto de silencio?

Tiene razón. Cuando empecé a salir con Paul, arrastraba un montón de inseguridades, celos, miedos que me costaba hasta admitir. Una de las cosas que me recomendó mi psicóloga —entre varios ejercicios igual de incómodos— fue justo esa: proponer a Paul no hablar de relaciones pasadas, ni él ni yo. Borrón y cuenta nueva.

—Espera..., ¿tú y Lena estuvisteis juntos? —pregunto, todavía asimilando.

—Qué va —responde enseguida—. Con Helena no pasó nada serio. La conocí esa noche, charlamos, nos dimos unos besos y ya está, fin de la historia.

Siento un nudo en la garganta y la cara me arde.

—No me lo estás contando todo.

—¿En serio? —Su voz se tensa—. ¿Te estás poniendo celosa por algo que pasó hace veinte años? Te lo juro, no hay más que contar, ni siquiera nos intercambiamos los teléfonos.

—No son celos, es sentido común. ¿Cuántas probabilidades hay de que justo conocieras a Lena el mismo verano que desapareció? Es demasiada casualidad. La policía creyó que se había fugado con un chico que conoció en Italia. Incluso pensaron que podría estar embarazada.

David interviene, con ese tono conciliador que usa cuando quiere apagar fuegos:

—No te hagas películas, fue solo una noche de verano. Al día siguiente volamos de vuelta supertemprano. Te lo confirmo: no pasó nada más.

—Lo dices porque eres su amigo y no quieres que discutamos. —Intento no sonar acusadora, pero la tensión se me escapa por la voz.

—No, de verdad, no es por eso. Sé de primera mano que no estuvieron solos en ningún momento. Nos fuimos pronto al hotel y yo estuve todo el rato en la habitación con Paul. No le des más vueltas.

—No sé si vamos a tener juegos suficientes para elegir uno para esta tarde —dice Álex mirando las docenas de juegos que hay en la habitación.

Y como siempre, da en el clavo. Todos nos reímos. Álex habla poco, pero tiene ese don: soltar justo la frase que rompe el hielo cuando más se necesita.

Poco después llega la comida, pero tengo el estómago cerrado. Me tumbo en el sofá mientras los demás comen. Necesito un minuto, o muchos.

El *shock* no se me pasa, pero al cabo de un rato finjo que sí. Me obligo a sonreír, me disculpo con todos por haber tensado el

ambiente. Incluso acabamos haciendo bromas sobre ello y en algún momento me río un poco.

Por la tarde jugamos un par de partidas más, esta vez algo más ligeras. Me esfuerzo por concentrarme, por distraerme. El malestar del mediodía se va diluyendo. Menos mal que con David y Álex hay confianza, si no cualquiera pensaría que soy una loca celosa.

Esa noche, ya en casa, me acuesto junto a Paul. Él me acaricia la espalda con esa ternura que nunca falla, pero yo no consigo dormirme. La imagen de Lena con él, aunque es absurda, se me instala en la cabeza y no logro que se vaya.

Paul susurra, rompiendo el silencio:

—No quería decir nada porque no quiero hacer esto más grande, pero me ha dolido que pensaras que te mentía con lo de la foto en Roma.

—Lo sé y lo siento —respondo en voz baja—. Es que me ha impactado muchísimo. Verte con Lena... Es muy fuerte pensar que formaste parte de su vida justo antes de que desapareciera. No puedo evitar preguntarme si tuviste algo que ver con la carta que escribió.

—No puedes vivir desconfiando de todo el mundo, no es justo, ni para ti ni para mí —dice.

No está enfadado, pero su tono me duele más que cualquier grito. Aun así, no puedo evitarlo. Esta noche tengo esa sensación rara, como si Paul me hubiera engañado con mi amiga hace solo cuatro días, como si hubiera algo que no me está contando. Sé que quizá estoy exagerando, que estoy proyectando miedos que no tienen sentido. Todo esto ocurrió hace veinte años...

Pero ¿y si David está cubriéndolo? ¿Y si Paul era el chico de la carta? ¿Y si Lena estaba embarazada? ¿Y si él sabe mucho más de lo que dice?

Me da miedo pensarlo. Sé que no debería dudar de Paul, nunca me ha dado motivos. Me asusta incluso tener estas ideas en la cabeza.

Si lo pienso fríamente no tendría sentido: ¿un hijo veinteañero oculto? ¿Una fuga con Lena aquel verano? Si supiera dónde está Lena, ¿por qué no iba a decirlo?

Las dudas me carcomen.

Hay una pregunta que me martillea la cabeza, una y otra vez: ¿puedo

confiar en mi marido o lo he tenido siempre en un pedestal que me ha impedido ver quién es en realidad?

CAPÍTULO 24

Menuda semana más intensa, entre punciones, quedadas con gente, ejercicios de terapia autoimpuestos y fotos del pasado. La discusión de ayer con Paul me dejó fatal: he dormido de pena y hoy no le he hecho mucho caso. Sabe que he quedado con Ámbar e Isaac, y piensa que estoy tensa por eso, pero en realidad estoy rayada con él por su lío con Lena. Me cuesta confiar en que no sea el chico de la carta. No paro de rumiar ese pensamiento y me siento fatal por ello.

Estoy llegando a la cafetería del embarcadero, donde atracan los ferris para ir a la isla. Seguro que estarán ya los dos esperándome dentro.

Quiero decirle a Ámbar todo lo que pienso sobre ella y que diga la verdad sobre la noche que desapareció Lena; pero no me atrevo a enfrentarme a ella yo sola, nunca lo he hecho, nunca le paré los pies. El día del funeral me mordí la lengua porque parecía que estaba arrepentida, pero está claro que no se disculpó de corazón, más aún sabiendo lo que recordé de la noche que desapareció Lena.

Por eso le pedí el otro día a Isaac que avisara a Ámbar para que nos juntásemos los tres a tomar un café aquí en la ciudad. Que le dijese que hemos descubierto cosas nuevas del caso de Jessi y que queremos hablar con ella. Le he contado a Isaac lo que recordé el día de la punción, así entre los dos le podemos meter un poco más de presión para que hable. Él sabe sacar información mejor que yo.

Abro la puerta de cristal para entrar en la cafetería y veo la melena pelirroja de Ámbar y a Isaac sentado frente a ella.

La tensión se respira en el aire mientras me acerco a la mesa. Isaac se levanta para saludarme y Ámbar pone un gesto serio. Me

siento frente a ella, con el corazón latiendo en mi garganta. No voy a dejar que me tiemble la voz.

—Gracias a los dos por venir —les digo, mientras me acomodo en la silla.

Ámbar asiente. Lleva las uñas perfectamente pintadas. Las manos le tiemblan un poco.

—Creo que tienes algo que contarnos —le dice Isaac a Ámbar, directo, con ese tono suyo entre amable y cortante.

Ella se remueve en la silla. Bebe un sorbo de su café y mira por la ventana, como si buscara una escapatoria.

—¿Yo? ¿Pero no hemos quedado aquí porque queréis contarme algo vosotros? ¿Qué tipo de encerrona es esta? Creo que me estoy perdiendo algo... —dice finalmente, con voz suave, evitando el contacto visual.

—Sí, tienes mucho que contar sobre la noche en que desapareció Lena —digo yo, con la voz firme, aunque me tiemblen los dedos bajo la mesa—: sobre lo que hicisteis tú y Jessi, sobre lo que sabías y te has callado durante veinte años.

Ámbar cierra los ojos un segundo y suspira.

—No hay nada que contar, tú fuiste la última en estar con ella... —murmura refiriéndose a mí.

—Eso no es cierto. Se acabaron las mentiras —responde Isaac, sin dudar—. Porque ya no está Jessi para seguir enterrando la verdad y porque Emma se merece saberlo todo. Nos lo merecemos todos.

—Lo recordé —añado—. Lo de la pelea en el faro. Sé lo que hicisteis.

No le digo que en realidad recuerdo solo muy poco. Me tiro un farol para que hable y confiese. Ámbar abre los ojos y se le humedecen. Ahora sí nos mira, primero a Isaac, luego a mí.

—Joder, lo siento. Lo siento de verdad —dice mientras se echa a llorar.

—Muy bien, pero queremos escuchar todo de tu boca —le replico.

Isaac afirma con la cabeza y se mantiene en silencio.

—Vale, déjame que os explique todo, por favor.

—Estamos deseando conocer tu versión de los hechos —dice Isaac.

—La noche que desapareció Lena te vimos entrar en el karaoke con el grupo de Isaac. Después Jessi y yo entramos a saludarte —dice Ámbar mirándome.

—Sí, lo recuerdo perfectamente —respondo, con la voz más seca de lo que pretendía—. Me pareció surrealista que os acercarais a hablar conmigo como si nada, después de echarme del grupo el verano anterior de aquella manera.

Ámbar asiente despacio, tragando saliva. Le empieza a temblar un poco la barbilla.

—Poco después de veros en el karaoke empecé a marearme —continúo—, y eso que apenas había bebido esa noche. Salí del bar para que me diera el aire y ahí estaba Lena a punto de entrar. Me vio tan mal que me llevó a la zona del faro hasta que se me pasase.

—Sí, de hecho Lena nos llamó para avisarnos de tu estado —interviene Ámbar, con un hilo de voz—. Nos dijo que estabas fatal, que no podías ni mantenerte en pie. Fuimos al faro para intentar ayudar y ahí... todo se descontroló.

—¿Cómo que se descontroló? ¿Qué pasó exactamente? —pregunta Isaac. Su tono es más grave ahora, más bajo, pero lleno de tensión.

Ámbar traga saliva de nuevo y me mira por fin.

—Tú estabas allí —dice mirándome—, tirada en uno de los bancos del faro, desorientada, balbuceando cosas. Lena no sabía qué hacer, nos exigió explicaciones. Y entonces... Jessi lo soltó, le dijo la verdad.

—Que me habíais drogado —respondo. No es una pregunta.

Ámbar asiente, con los ojos enrojecidos.

—Jessi estaba llena de rabia por lo de Leo, por eso cuando te vimos en el karaoke te echó ketamina en la cerveza. Yo te distraje para ayudarla. Solo queríamos que hicieras un poco el ridículo. Era una venganza estúpida. Me arrepiento de haber sido su cómplice, no pensé que sería para tanto.

—No pensasteis, punto —digo, dolida—. Me drogasteis y me dejasteis tirada, desorientada, vulnerable. Y Lena... Ella fue la única

que me ayudó esa noche.

Isaac no se puede contener:

—¡Qué hijas de puta! —dice sin contarse ni un pelo.

—Lo siento... Sé que no sirve de nada ahora, pero me siento fatal por lo que hicimos. Fue cruel, injustificable. Me he arrepentido cada día desde entonces de haber sido cómplice de aquello.

No respondo. Me llevo la mano al pecho, como si pudiera contener el nudo que me aprieta por dentro.

—Jessi dijo que te lo merecías por liarte con Leo —retoma Ámbar, intentando recomponerse—. Entonces Lena estalló y nos gritó que éramos unas arpías; que aquello era cruel; que, si hubiera sabido lo que planeábamos, jamás habría ido al karaoke con nosotras esa noche.

—Entonces hablé yo —susurro—. Yo dije que Lena era la que se había liado con Leo, no yo; que ella fue la que había traicionado a Jessi. Lo solté sin pensar, medio ida, pero ahora sé que lo dije y me arrepiento.

Ámbar asiente despacio.

—Sí, tu frase fue el detonante que encendió a Jessi aún más. Perdió el control. Empezaron a pegarse, hasta que Jessi le dio un empujón y Lena cayó de espaldas. Se golpeó la cabeza contra una roca. No sangraba, pero se quedó inconsciente.

—¿Y tú qué hiciste? —dice Isaac.

—Me quedé paralizada. Le supliqué a Jessi que llamáramos a alguien, que aquello no era una tontería, pero ella no le dio importancia: dijo que no era nada, que ya se despertaría y que, si alguien nos veía allí contigo drogada en el banco y Lena tirada en el suelo, sería peor. Se fue y yo la seguí, como una imbécil, como una cobarde.

Silencio. El mundo entero se reduce al zumbido lejano de la cafetera, a los cubiertos, a nuestras respiraciones entrecortadas y el llanto de Ámbar.

Isaac se pasa la mano por la cara, incrédulo. Yo bajo la mirada. Tengo los puños apretados sobre mis rodillas: veinte años esperando esta confesión; veinte años imaginando, temiendo, dudando, odiando, y ahora que la verdad empieza a salir a la

superficie, no sé ni cómo sentirme. Siento una mezcla de alivio, rabia y sospecha.

Porque esta historia viene de Ámbar, la que siempre ha dicho medias verdades; la que llora con facilidad, pero nunca cuenta toda la historia de una vez; la que protege a quien le conviene; la que manipula, suaviza y se acomoda en el papel de víctima en cuanto puede.

¿Cómo sé que esta vez está diciendo la verdad completa? ¿Y si sigue ocultando algo? ¿Y si la versión que nos está dando es solo la que le deja dormir por las noches?

Ahora sé que hubo una pelea, que Jessi empujó a Lena, que la dejaron allí, pero no sé qué pasó después.

No sé si Lena murió allí mismo, si consiguió levantarse, si se fue o si alguien más estuvo en el faro esa noche.

Y lo peor es que ya no sé si alguna vez podré conocer la verdad completa.

Ni siquiera estoy segura de que pueda confiar en lo que me sigan contando sobre todo esto, porque no podemos contrastarlo con la versión de Jessi ni con la de Lena.

—Ya no tienes que proteger a Jessi —le dice Isaac a Ámbar—, solo queda asumir lo que sucedió. Y tú... tú vas a contarlo todo a la policía... Quizás así puedan saber qué le pasó a Lena después.

Ámbar aprieta los labios. Yo apenas puedo respirar.

—Lo sé... —murmura—. Llevo veinte años con esto dentro, aguantando la versión que Jessi construyó, protegiéndola. Porque me lo pidió, porque fui cómplice de todo y me tenía atada, y porque esa carta de Lena desvió toda la atención... y nos salvó de que nos investigaran.

—Muy egoísta por tu parte —digo sin contarme un pelo.

—Cierto, pero me convenía no hacer ruido, porque en ese momento estaba metida en algunos trapicheos con Jon y fui una cobarde y una egoísta, sí; pero también tenía miedo a que todo le salpicara a Jon y a lo que él pudiera hacer si se sentía amenazado. —

Hace una pausa. Se le encoge la voz—.

Jessi también le tenía miedo, me lo dijo muchas veces: que él sabía cosas y estaba metido en líos gordos. Nunca supe del todo a qué se refería.

—¿Estás diciendo que Jon sabía lo de la pelea con Lena? —pregunta Isaac, en voz baja.

—No exactamente, pero Jon me dio la ketamina con la que te drogamos... —admite Ámbar, mirándome—. No sé si sabía algo más, pero Jessi me contó hace unas semanas que había hablado con él, que se enteró de que su hija le había estado haciendo recados y le pidió que la dejara fuera de sus negocios. Él la amenazó, le dijo que había cosas que era mejor dejar enterradas. No dijo más. Ella se lo tomó muy en serio. Llevaba semanas paranoica. Me llamaba a todas horas, como si supiera que algo le iba a pasar. —Baja la mirada, como si quisiera esconderse en el borde de la mesa—. Cuando nos fuimos del faro esa noche, Lena seguía respirando, os lo juro. No sé qué pasó después, tal vez se despertó, se levantó y, en ese estado, se acercó al borde del acantilado y se cayó. Nunca he dejado de torturarme con esa posibilidad.

—Lo que sí sabemos —digo yo— es que Lena ya no estaba en el faro cuando tú —mira a Isaac— subiste allí después de dejarme en el taxi. Así que no podemos saber si su desaparición tuvo que ver con la pelea, con la carta o con algo más.

Me quedo en silencio un momento. Luego, reúno el valor para hacer la pregunta que me quema por dentro:

—¿Lena te contó algo más sobre esa carta? —le pregunto a Ámbar. Me sorprende lo serena que suena mi voz—. Cuando te la dio, ¿mencionó algún nombre?

Ella niega despacio.

—No, solo me dijo que la última noche del viaje por Italia había conocido a un chico italiano en Nápoles y que se liaron. Estaba inquieta porque tenía un retraso. Solía hablar mucho con él, se habían enamorado y estaba pensando ir a Italia para verle de

nuevo. Pero no dio nombres ni detalles, no quería que nadie lo supiera, ni su madre. Por eso me lo contó a mí, porque sabía que yo no la juzgaría. Éramos buenas amigas.

Siento cómo se me aflojan los músculos, como si de golpe soltara un peso que llevaba cargando sin saberlo. Un alivio egoísta: Paul no era el chico de la carta. Pero, en lugar de sentirme tranquila, me siento fatal por haber dudado de él y por haber temido que, de alguna forma, también formara parte de todo esto.

Y lo peor, porque mi pregunta no era solo por entender mejor la desaparición de Lena: era por mí, por mis inseguridades, por mi necesidad desesperada de controlar lo que había pasado entre Paul y ella aquel verano, y si había estado involucrado en todo esto.

—Entonces estamos igual —susurra Isaac—. No sabemos si Lena se cayó, si alguien más la encontró o si simplemente se fue.

Ámbar asiente. El rímel se le ha corrido hasta la barbilla. Saca un pañuelo arrugado del bolso y se seca la cara con torpeza.

—Voy a contarlo todo en comisaría. Si quieren reabrir el caso que lo hagan, ya no me importa. No puedo seguir callando.

—Gracias por hablar —digo, sin adornos—. Ojalá no hubiera hecho falta tanto tiempo.

Necesito salir de allí y respirar otro aire, uno que no huela a café rancio. Me levanto despacio y me despido, dejándoles en la cafetería.

Afuera, el cielo amenaza con llover, pero todavía aguanta. Camino hacia casa con la mente dando vueltas sin parar.

Ahora solo pienso en que tengo que hablar con Paul y pedirle perdón. Porque soy lo peor, no solo por haber dudado de él, sino por lo fácil que he dejado que el miedo contamine mi confianza.

Cuando llego a casa, Paul está en el sofá jugando un a la *Play*. Me recibe con una sonrisa suave, como si el enfado de estos días no hubiera existido.

Me duele haber proyectado mi inseguridad en la única persona que ha estado a mi lado y que me ha apoyado siempre sin pedir explicaciones.

—Hola, guapa. ¿Qué tal con Ámbar e Isaac? —dice, pausando el juego sin apuro.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunto, de pie aún, sin saber cómo acercarme.

Asiente y deja el mando sobre la mesa.

Me siento a su lado, sin tocarlo. Estoy tensa.

—Siento haber estado tan distante desde ayer y haber desconfiado de ti con lo de Lena —empiezo, con la voz baja—. No debí dudar de tu palabra, no he sido justa.

Paul no responde enseguida. Me mira un segundo y luego simplemente dice:

—Lo sé, pero estás aquí, y eso es lo que importa. No le sigas dando vueltas a eso, ya lo hablamos ayer y yo ya he pasado página con eso.

Y entonces me derrumbo. Paul siempre le resta importancia a todo, pero esta vez, no debería ser tan benevolente conmigo. Me merezco una bronca, un enfado, una reacción de su parte que me dé el castigo que me merezco. Me doy cuenta de todo lo que he estado a punto de mandar a la mierda por no saber confiar.

Me ha fallado tanta gente en el pasado... Eran personas en las que confiaba, a las que les entregué todo, y que me traicionaron de alguna manera. Ahora que tengo algo real con Paul no me lo creo, me autosaboteo para una vez que por fin algo me va bien en la vida.

—Antes me he enterado de algo hablando con Ámbar... —digo, casi en un susurro.

Él se queda quieto, expectante.

—Lo de la carta... El chico del que hablaba Lena no eras tú, sino alguien que conoció en Italia, un italiano.

Su expresión no cambia, solo asiente con suavidad, como si ya lo supiera.

—No tenía sentido que fueras tú ese chico —añado, con la cabeza baja—, pero dudé de ti. Por mis miedos, por esa necesidad estúpida de tenerlo todo bajo control.

Él me toma la mano.

—Todos tenemos miedo a que nos hagan daño, pero no por eso hay que castigar a quien no lo merece. Debemos confiar el uno en el otro.

Siento un nudo en el pecho, de esos que no se deshacen ni llorando, y eso que no he parado de llorar desde que he empezado a hablar con Paul.

No sé cómo confiar de verdad, cómo bajar la guardia sin sentir que me expongo al desastre, pero si alguien merece que lo intente es él.

—Gracias por no rendirte conmigo —le digo.

Paul no responde al instante. Se inclina hacia mí y me abraza, apretándome con fuerza, como si quisiera sacarme de una sola vez todo el dolor de encima.

—Yo creo que lo que tienes son las hormonas locas con lo de la *in vitro* —murmura cerca de mi oído—. Me estás saliendo muy dramática últimamente.

Le doy un manotazo suave en el pecho y, por primera vez en días, me echo a reír. Una risa torpe, entre lágrimas, pero risa al fin y al cabo.

Él también se ríe. Tiene ese don de desinflar los momentos difíciles sin huir de ellos, de hacer que no me sienta un desastre ni una bruja mala por ser como soy. Con él todo parece más fácil, más llevadero. Hoy creo que por fin podré dormir bien.

CAPÍTULO 25

Lunes

Estoy sola comiendo en la trastienda de la mercería. Hoy Paul tiene turno largo en el hospital y no vuelve a casa hasta la noche, así que me he traído un *tupper* con sobras de la nevera, decidida a no perder tiempo y, por fin, terminar las cuentas trimestrales.

Me he propuesto algo que parece sencillo pero me cuesta la vida: no pensar en Lena ni en Jessi durante una hora, solo una. Me he hecho una infusión de jengibre, tengo una ensalada con arroz y pollo, y el teléfono está fuera del alcance visual. Casi parece un acto de disciplina. O de fe.

Pero la voluntad me dura exactamente lo que tarda Instagram en notificarme que *Amber Fit With Love* está en directo. Una hora un poco rara para hacer un *live*.

«Ya no me callo más», dice el título.

Mi estómago se encoge; aun así, abro la *app*. Más de quince mil personas conectadas. Me uno.

Aparece Ámbar, peinada, maquillada, sentada en su salón de tonos neutros con luces tenues y velas al fondo, todo milimetrado. El encuadre es casi cinematográfico, sabe lo que hace. Su voz suena suave, aunque afectada, como si cada palabra estuviera ensayada.

Respira hondo y comienza su *speech*:

Llevo muchos años guardando silencio por miedo, por lealtad, porque no era fácil hablar de lo que viví; pero hay cosas que no pueden seguir enterradas, cosas que me han pasado factura y me han destrozado por dentro.

Hace una pausa y saca un pañuelo. Se limpia unas lágrimas que no llegan a correr del todo.

Mi mejor amiga de toda la vida ya no está, murió hace unos días, oficialmente por una sobredosis. Quienes la conocíamos sabemos que llevaba años cargando una culpa muy pesada, una culpa que la cambió, que la rompió poco a poco.

Baja la mirada, juega con el borde del pañuelo, luego levanta la vista y continúa:

Éramos jóvenes e impulsivas, y cometimos errores, las dos, pero siempre intentamos proteger a quienes queríamos, aunque no supiéramos cómo.

Silencio. Respira hondo y sigue:

Fue todo a raíz de una noche de verano hace veinte años. Tuvimos una pelea entre varias amigas. Después de esa noche, una de ellas desaparece y nunca más la volvimos a ver.

Mi piel se eriza. Sé lo que viene, pero necesito oírlo igual.

Yo sabía cosas sobre ella y sobre aquella noche. Conté algunas a la policía, pero no todo. Quería proteger a mi mejor amiga, para que no la implicaran en la desaparición, y eso paralizó la investigación. Dejaron de buscarla. De verdad, durante años creí que hacía lo correcto, pero no, solo alimenté el silencio.

Pausa dramática. Se limpia las lágrimas. Cambia de tono, más firme:

Hoy voy a acudir a comisaría. Voy a contarlo todo.

Los comentarios se disparan:

¡Valiente!
Gracias por compartir tu historia.

No estás sola...

Termina el directo y cierro la *app*, sin pensarlo mucho.
Le reenvío el vídeo a Isaac con un mensaje:

A ver si es cierto y va a comisaría a contarlo todo, porque en este directo no ha contado nada.

Su respuesta llega al instante:

¿Qué coño es esto? ¿Está preparando su defensa por si la cosa se pone fea?

Me quedo mirando el mensaje, pensativa. No lo había visto así, pero tiene razón. Está limpiando su imagen, editando su versión, publicando solo lo que la deja bien. Nada de drogas, nada de peleas ni de empujones.

¿De verdad lo contará todo o solo lo que no la compromete?

Aparto el móvil.

Estoy enfadada, harta de la gente que convierte las confesiones en estrategias de marca personal, que transforma el arrepentimiento en contenido viral, que maquilla las historias para conseguir *likes* y limpiar su imagen ante desconocidos.

Aun así, por mucho que desconfíe de Ámbar, no puedo negar que ha dado un paso importante: va a hablar con la policía, va a poner en marcha algo que llevaba años bloqueado.

Y quizá, solo quizá, eso permita que por fin se descubra qué le pasó a Lena aquella noche.

CAPÍTULO 26

Martes

Emparejo y doblo con cuidado mis calcetines, alineando los bordes como si eso pudiera devolverme algo de control. Cuánto daño ha hecho Marie Kondo... Ahora no puedo doblar y ordenar la ropa como antes, todo tiene que ir por colores con un método de doblado específico. Tardo más, pero todo queda más bonito.

Sin embargo, Paul está haciendo pelotas con los calcetines, parece que no sabe que así se ceden las gomas. No le voy a obligar a seguir mi método porque sería una lucha interminable... Bueno, de hecho ya lo intenté una vez y no voy a insistir más, cada uno que doble lo suyo y listo.

Tenemos la radio con música de fondo, así se nos hace menos tediosa la tarea. Suena *Another Love* de Tom Odell. No me esperaba esta canción en esta emisora, y menos a esta hora que suenan canciones más comerciales. Como mucho igual me pegaría en algún programa nocturno de esos que rescata temas *indie* melancólicos.

—Venga, deja de hacer el tonto —le digo a Paul para agilizar un poco la tarea. Me está imitando y doblando todo super lento para burlarse de mí—. Quiero acabar cuanto antes, comer el pollo que tengo caliente en la *crockpot* y sentarnos un rato en el sofá antes de abrir la mercería de nuevo.

Termina la canción y el locutor avisa que hay una noticia de última hora. Mencionan a Ámbar. A Lena, unos segundos después.

La camiseta se me resbala de las manos a medio doblar. Giro la cabeza hacia el altavoz y le pido a Google que suba el volumen. El locutor ha cambiado el tono de voz, sabe que está a punto de soltar algo gordo.

... se confirma la reapertura del caso de Helena Aguilera, desaparecida en la Isla Ballena en 2005, tras una nueva declaración presentada ayer por la influencer y amiga de la desaparecida, Amber Fit With Love.

Paul quiere decir algo, pero le hago un gesto para que mantenga el silencio, quiero escuchar bien toda la noticia. Me pregunto qué habrá contado Ámbar a la policía, sabiendo las medias verdades que soltó ayer en su directo de Instagram.

... según la rueda de prensa que acaba de concluir, la policía valora ahora la posibilidad de que Helena sufriera una caída accidental desde los acantilados cercanos al faro de la isla. Esta nueva línea de investigación ha llevado a reabrir varios casos sin resolver en los que se hallaron restos humanos sin identificar en 2005 y en adelante. Para poder cotejar coincidencias, se está procesando de manera prioritaria una muestra de ADN proporcionada por la madre de la joven, obtenida de un cepillo de pelo que aún conservaba.

Me siento en la silla de la cocina, como si las piernas se doblaran solas. Hay algo en esa manera de decirlo que me inquieta: «la posibilidad de que cayera accidentalmente...». No confirman que esté muerta, pero lo insinúan.

Cojo el teléfono y llamo a Isaac.

Tono. Otro tono. Otro más. Salta el buzón de voz. No dejo mensaje.

Minutos después, me responde:

Estoy saliendo de la rueda de prensa y no puedo hablar ahora. Voy a tratar de sacar más información. Supongo que acabas de enterarte de lo de Lena. Yo también estoy en shock.

Al cabo de un rato me suena el teléfono. No tengo guardado el número. Quizás Isaac se ha quedado sin batería y me llama desde otro móvil.

Respondo, pero es una mujer que pregunta por mí.

—Soy la inspectora Molina. Le llamo de la Policía Judicial de la Isla Ballena. Es en relación al caso de Helena Aguilera.

—Sí. Dígame, ¿qué pasa?

—Hemos reabierto la investigación sobre su desaparición en 2005 y necesitamos que se presente mañana por la mañana en comisaría.

—¿Mañana? ¿Tan pronto?—Me estoy agobiando, no sé qué querrán saber de mí.

—Solo queremos contrastar algunos detalles de su declaración anterior.

—¿He hecho algo mal?

—No, solo queremos aclarar ciertos puntos. A las diez de la mañana. Es importante. No falte.

Cuelga. La llamada no ha durado ni un minuto, pero me deja temblando. El tono de la inspectora era demasiado firme para tratarse solo de «detalles». Me da ansiedad volver a pasar de nuevo por esto, ya tuve que perder horas en comisaría hace veinte años para explicarlo todo y me agobiaron con miles de preguntas sobre nuestra amistad y datos de la última noche. Además, no ayuda que yo fuera la última en verla y que nuestra relación se hubiera roto el año anterior. Me tuvieron en el punto de mira. No sé qué esperan que pueda explicar diferente a aquella vez. La memoria tampoco juega a mi favor después de tanto tiempo, ya solo tengo recuerdos de los recuerdos.

Ya en la cama, no paro de pensar en que mañana me preguntarán sobre aquella noche, así que trato de esforzarme para recordarla con claridad.

Como la música siempre me ayuda a recordar, me pongo los auriculares y busco en el móvil una *playlist* de 2005 en Spotify. Suena *Wake Me Up When September Ends* de Green Day. A media canción me veo allí. Esa noche inunda mi cabeza de golpe, como si acabara de despertar dentro del karaoke. Todo vuelve, nítido, como si nunca se hubiera ido: las luces de colores, el sudor en la frente por la humedad y el calor de junio en la isla, el olor a ginebra y perfume de coco.

Me incorporo bruscamente en la cama, con el corazón a mil. No sé si lo que estoy recordando es real o solo una reconstrucción que mi cerebro ha hecho con los restos que quedaban, pero hay una imagen que no tenía antes, un detalle que no recordaba... Ahora está ahí, y no se me va de la cabeza.

Me quito los auriculares y me quedo sentada, inmóvil, en la oscuridad: ¿y si no lo recordaba porque no sucedió? ¿Y si me lo he inventado sin querer? ¿Y si lo que estoy recordando no es más que un recuerdo deformado de lo que de verdad pasó?

No lo sé, pero ahí está, y ahora no puedo dejar de verlo.

Mañana tendré que decir la verdad. Toda.

CAPÍTULO 27

Noche de la desaparición
23 de junio de 2005

No quería venir, se lo he dicho mil veces a Isaac, a mis padres, a mí misma. Volver a la isla justo en estas fechas es como tirarme de cabeza a un pozo lleno de piedras. Sé que van a estar todas aquí porque estarán celebrando el cumpleaños de Lena.

Pero Isaac ha insistido tanto y es tan persuasivo... Dice que será divertido; que vendrá mucha gente de fuera; que hoy es el día grande de las fiestas, el solsticio de verano, la noche más corta del año y la más animada; que no tengo por qué cruzarme con ellas entre tanta gente...

Total, que he accedido y aquí estoy. Pero con condiciones: solo esta noche, mañana me voy, y porque sé que estaré a gusto con Isaac y su grupo de amigos. Siempre me han tratado muy bien. Y nada de karaoke...

Sin embargo, aquí estoy, en el karaoke del puerto, apoyada en la barra esperando a que nos toque subir a cantar, con un par de cervezas de más y la siguiente en camino. Me he venido arriba. Supongo que la presión y el miedo a cruzarme con ellas me ha hecho beber un poco más para que todo me resbale. De no ser por eso no me atrevería ni a estar allí, mucho menos a subir al escenario y que me localicen rápido.

No llevo ni media hora dentro cuando las veo entrar, a Jessi y Ámbar, juntitas como siempre. Tienen las narices de acercarse donde nosotros como si nunca hubiera pasado nada, como si no me hubieran borrado de sus vidas el verano anterior de la peor manera posible. Ámbar mintió diciendo que me había besado con Leo. Lena sabía perfectamente que eso era imposible. Yo sabía que ella sí había tenido algo con Leo, y aun así me dejó sola frente a todas. Ni

siquiera me defendió, se quedó callada como una cobarde. Y Jessi... Jessi se puso violenta y estuvo a nada de darme una patada en las costillas cuando me caí al suelo. El resto, el maravilloso séquito, mirando sin intervenir, algunas incluso jaleando. Si Isaac no hubiera aparecido en ese momento, no quiero ni imaginar hasta dónde habrían llegado.

Me giro, dispuesta a marcharme, pero Jessi me intercepta. Sonríe como si fuera simpática, como si no me hubiera intimidado frente a todo el grupo un año antes.

—¡Emma! Joder, qué fuerte verte aquí. Ven, tía, siéntate con nosotras, estamos celebrando el cumple de Lena.

Me regala un pin redondo de esos cutres con un imperdible detrás. Lleva escrito «Lena. 20 años» en letras brillantes. Ámbar saluda con una sonrisa falsa.

—Venga, va, tómate algo con nosotras. Olvida el pasado, vamos a recordar viejos tiempos —dice Jessi.

Mi cabeza me grita que me marche, pero hay algo dentro de mí —quizás una mezcla de nostalgia, de rabia no resuelta, de necesidad de cerrar heridas— que me dice que acepte, que cinco minutos no van a matarme.

Acepto la cerveza que me da Ámbar y la apoyo en la mesa mientras ellas suben a cantar *American Idiot* de Green Day. Yo me quedo con Isaac y el resto de sus amigos, fingiendo que estoy bien, que no me afecta estar aquí y ver a estas dos.

Al cabo de unos minutos, algo empieza a ir mal... El suelo se me mueve, me cuesta enfocar la vista, el corazón me late raro. Me levanto y aviso a Isaac de que voy a tomar un rato el aire.

—Ay, mi Emma... ¡A poco que bebes se te sube a la cabeza! Si no vuelves en lo que cantan dos canciones, salgo a buscarte, ¿eh? No me hagas una bomba de humo —responde Isaac con una sonrisa.

Le digo que no se preocupe, que estoy bien y que vuelvo enseguida.

Salgo del bar buscando aire. Me apoyo en la pared y entonces oigo una voz.

—¿Emma? ¿Estás bien?

Es Lena. Me mira con una cara mezcla de culpa y preocupación.

—Me estoy mareando —digo.

—¿Qué te pasa? ¿Has bebido mucho?

Niego.

Ella me sostiene y me empieza a decir que siente lo que pasó el año anterior en la pelea. ¡A buenas horas me viene con esto! Mi respuesta es devolverle el pin de cumpleaños que me han dado Jessi y Ámbar dentro del bar, que se lo quede como premio por su gran disculpa tardía. Me siento envalentonada para echarle en cara lo cabrona que fue, mientras yo siempre estuve a su lado.

Me dice que vayamos al faro, que allí habrá más tranquilidad para hablar y para que se me pase el mareo. Asiento, sin pensar. Solo quiero que todo pare, que deje de girar.

Caminamos juntas por el sendero hasta la campa del acantilado. Mi cuerpo parece de trapo. Creo que me voy a desmayar. Me despierto tumbada en un banco, incapaz de mantenerme en pie. Lena me habla, pero su voz se vuelve lejana, como si me llegara desde debajo del agua. Me quedo dormida.

Los destellos del faro y unos gritos me despiertan brevemente: son Jessi y Ámbar gritando a Lena. Oigo algo sobre que me lie el año pasado con Leo.

Grito enfadada: «¡No fui yo, fue Lena! ¡Ya es hora de que sepan que yo no hice nada, que fue su amiguita la que se lio con el novio de Jessi en la barbacoa de su cumpleaños!».

Me duermo de nuevo.

Me despierto otra vez. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Estoy sola y borracha en el banco del faro. No entiendo nada. Estoy supermareada, veo borroso. Me duelen las rodillas, igual me he caído en algún momento por el mareo que llevo. Tengo que ir a los bares a buscar a Isaac.

Me levanto, me tambaleo, estoy medio zombi. Mientras bajo por la cuesta hacia los bares, me cruzo con Isaac, que viene corriendo hacia mí al verme.

—Por fin te encuentro. ¿Estás bien? Llevo como media hora buscándote —dice sofocado.

—Estaba con Lena en el faro —digo como puedo. El efecto perdura y apenas me salen las palabras.

—Jo, maja, te ha sentado fatal beber hoy. ¿Te has caído? Tienes los pantalones llenos de tierra.

—No sé... —balbuceo.

—Te voy a llevar a la parada de taxis y te acompaño hasta que te vea dentro de uno. Hay una cola horrible por toda la gente que ha venido de fuera a las fiestas.

Me duermo de nuevo en el taxi.

Me despierta un timbrazo. Escucho a la madre de Lena hablando con la mía. ¡Qué dolor de cabeza! Tengo la boca pastosa. ¿Cómo he llegado a casa? ¿Qué hora es? Miro el reloj: las 9:30 a. m. ¿No sabe que no son horas para molestar? ¡La gente duerme! ¡Qué pesada!

Julia está alterada porque Lena no ha dormido en casa. Mi madre me llama a lo lejos. Yo grito como puedo desde la cama para avisarle de que no sé nada de ella; que ayer, cuando salí del karaoke, la vi y estaba con Jessi, Ámbar y compañía. Tampoco quiero explicarle a mi madre que me agarré un pedo y que no recuerdo nada desde que salí por la puerta del bar. No hace falta entrar en detalles.

Mis manos están sucias, tengo tierra en las uñas, me duelen las rodillas... ¿Me caí anoche? ¿Me arrastré? ¿Estuve en la campa del acantilado? No recuerdo apenas nada. Tengo recuerdos fugaces, pero ya no sé si son recuerdos o es algo que he soñado esta noche.

Yo no sé para qué bebí, es un asco. Me puse fatal solo por quitarme el miedo a encontrarme con ellas, y total, ¿para qué, si luego se acercaron en plan de buenas y falsas maneras como si no hubiera pasado nada?

Recuerdo que fui una borde con Lena. Me dieron ganas de gritarle de todo, de empujarla, pero me contuve. O eso creo. He soñado cosas raras.

Seguro que se ha pasado la noche por ahí de fiesta y están todos en el garaje de Jon bebiendo y estirando el cumpleaños.

No hay nada de lo que preocuparse. O eso creo.

CAPÍTULO 28

Miércoles

Subo al primer ferry de la mañana rumbo a la comisaría. El aire huele a salitre y a gasóleo, a coches que acaban de apagarse y aún desprenden calor. Paul y yo nos sentamos juntos. Él repasa algo en el móvil y yo miro por el cristal del barco. No hemos hablado casi en todo el trayecto, solo nos hemos agarrado la mano, a ratos. No puedo dejar de mirar el agua y tengo el estómago hecho un nudo.

Paul cambió ayer su turno en el hospital para poder venir conmigo. No trabaja hasta el domingo. Yo he tenido que cerrar la mercería.

Pero no podía venir sola, no después de pasar la noche en vela dándole vueltas a todo. Tengo la ansiedad disparada y me cuesta respirar.

—Si te pones nerviosa en comisaría respira hondo —me dice sin mirarme—. No están en tu contra. Solo quieren entender qué pasó.

Asiento, aunque en mi cabeza solo hay ruido.

La isla aparece ante nosotros con su forma inconfundible recortándose entre la bruma. El barco atraca y vamos directos a comisaría.

En la sala de espera huele a café de máquina, sudor y desinfectante. El aire es denso, pegajoso.

Se abre la puerta del pasillo y una agente dice mi nombre completo.

—Estate tranquila, no tienes nada que esconder... —me susurra Paul.

Me da un beso corto y se queda fuera.

El corazón se me acelera como si fuera a salir corriendo. Me tiemblan las piernas.

¿Y si saben más que yo? Tengo muchas dudas sobre lo que pasó aquella noche, sobre lo que recuerdo y lo que no. Me da miedo lo que puedan haber descubierto.

Me conducen a una sala pequeña, con una mesa metálica y dos sillas enfrentadas. Al otro lado, una inspectora hojea unos papeles sin levantar la vista.

—Gracias por venir, Emma. Soy la inspectora Molina, hablamos por teléfono ayer. Esto no nos llevará mucho tiempo —dice, con una voz tan plana que no puedo adivinar si estoy en el punto de mira o esto es un mero trámite.

Me siento y no sé qué hacer con las manos, me sudan. Si las apoyo en la mesa, quedarán marcas húmedas.

—Queremos confirmar algunos detalles de la noche del 23 de junio de 2005. Sabemos que estuviste en el acantilado con tus amigas de entonces, Jessica, Ámbar y Helena; que Jessica te drogó; que hubo una pelea y Helena se golpeó en la cabeza.

Trago saliva. Asiento otra vez, muda. Parece que Ámbar lo ha contado todo. No me esperaba que entrara en el detalle con el tema de la droga, pero eso me tranquiliza, al menos saben que yo no estaba en mis cabales.

—Sabemos también que Helena no bajó con ellas a los bares, que se quedó allí contigo —añade.

—Bueno... —mi voz tiembla—, en realidad recuerdo poco de cuando me desperté en la campa del faro. No recuerdo ver a Lena allí, supongo que me levanté como pude y me fui, pero no la recuerdo.

La inspectora anota algo sin mirarme.

—¿Estás segura de que no estaba?

—No lo sé. Todo me daba vueltas, me habían drogado... Veía borroso. Sé que bajé del faro sola y que mi amigo Isaac me encontró. Después me ayudó a coger un taxi. Pero, insisto, esa noche la tengo muy borrosa y al despertar en la campa nadie me habló ni recuerdo verla.

—Sí, ya hemos hablado con él. Dice que volvió a subir al acantilado después de acompañarte durante toda la cola de los taxis y que no vio a Helena. Así que, en principio, fuiste la última persona que la vio.

¿En principio? ¿Qué significa eso? ¿Hay alguien más? ¿Alguien me vio con ella? ¿Intentan descartarme o señalarme? Me sudan tanto las manos que me las seco en los vaqueros, mientras intento parecer firme.

—No puedo decir nada más. Siempre creí que Lena se había ido y que me había dejado tirada allí en el acantilado.

Pienso en lo que recordé anoche, en mis uñas llenas de tierra y el dolor en las rodillas. No sé si me caí, si me peleé con Lena, pero no lo digo. No sé si fue real o una ilusión fabricada por el cansancio y la música, no me atrevo a comentarlo y autoincriminarme.

—Entiendo. —dice la inspectora, que hace otra anotación.

—¿Y recuerdas si viste a Jonathan esa noche?

—No, no tenía relación con Jon, ni antes ni después.

—¿No fuisteis amigos?

—A ver, amigos amigos no. Hubo una época en la que salíamos en el mismo grupo, pero no era mi amigo ni de lejos. Era un tío problemático, violento y abiertamente homófobo. Además, sé que andaba siempre metido en trapicheos. Bueno, en realidad Ámbar sabía más sobre sus negocios: fue a quien le compró la ketamina con la que me drogaron. Pero supongo que ya os lo habrá contado.

La mujer asiente y cierra la carpeta con una lentitud calculada. Está a punto de levantarse, pero se detiene un segundo.

—Estamos esperando los resultados de unas pruebas —añade, como si no tuviera importancia—. Tal vez nos ayuden a aclarar algunos detalles.

Luego se despide. Así, sin más.

Salgo y busco a Paul. Me abraza, pero estoy tan tensa que mis brazos se quedan colgando.

Al salir no dejo de repasar todo lo que ha pasado en esa sala: las palabras, los silencios, las miradas.

¿Jon tuvo algo que ver en todo esto? ¿Nos vio a Lena y a mí en la campa del acantilado aquella noche? He soñado tantas veces

con esa escena —tantas pesadillas— que ya no distingo qué fue real y qué no.

Entonces aparece un pensamiento que me hiela: la rabia que sentí por la traición de Lena... Fue tan intensa... Ella no me defendió cuando Jessi me echó del grupo. Ella era la que se había liado a escondidas con Leo. ¿Y si yo tuve algo que ver y la tiré por el acantilado?

No, no quiero alimentar esa idea, no tengo pruebas ni recuerdos sobre eso. Siempre creí que se fue por su cuenta y me dejó ahí tirada drogada en un banco. Yo no pude hacer algo así, nunca he sido una mala persona. Aunque tampoco me creí capaz de traicionar a Lena y lo hice... La delaté ante Jessi y Ámbar la noche de su desaparición, y me arrepiento profundamente.

Ahora no sé si lo que recordé anoche es verdad. Si lo es, quizá no fui tan inocente como siempre he querido creer.

Después de comer, me reúno con Vanessa para tomarnos un café en una cafetería del paseo marítimo, cerca de mi mercería. Ha insistido en vernos porque, al igual que yo, ha recibido una llamada de la inspectora para acudir a comisaría. Ella irá esta tarde.

Nos sentamos en una terraza tranquila, en una mesa apartada con vistas al mar. Le cuento cómo ha sido mi experiencia esta mañana con la inspectora, que solo querían contrastar algunos detalles.

—Seguro que lo harás bien —le digo para tranquilizarla.

Tarda unos segundos en responder.

—No quiero hablar otra vez con la policía, me da miedo decir algo que pueda liarlo más. Ya lo conté todo hace días... Bueno, casi todo...

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no has querido contar?

Levanta la vista un momento y le empieza a temblar la barbilla.

—Todo es culpa mía, tenías razón sobre Jon. No es buena gente y me ha metido en un buen lío.

De pronto se queda callada. Trata de retomar la conversación, pero le sale un gemido contenido de llanto. No estamos en el mejor

lugar para hablar con confianza y discreción, hay demasiada gente en las mesas de alrededor.

—Quizás es mejor que nos acerquemos a mi tienda para tener un poco de privacidad, así hablamos más a gusto —le dijo—. Estamos muy cerca. ¿Te parece?

Asiente. Nos levantamos y de camino a la tienda ella no para de llorar. En cuanto llegamos, enciendo las luces y cierro la puerta al público. Nos sentamos en la mesa grande y dice algo que hace que me tiemblen las rodillas.

—Mi madre está muerta por mi culpa. ¡Todo es culpa mía!

—Cálmate, toma un poco de agua y cuéntame lo que necesites. Voy a ayudarte en todo lo que pueda.

—La mochila escolar que encontraron por el caso de tráfico de drogas en la isla es mía —dice y, seguido, le da un sorbo al agua—. Lo he estado ocultando, pero creo que la policía lo ha descubierto y por eso esta tarde quieren que vaya, para obligarme a confesar. Estoy perdida. Bastante tengo con lo de mi madre como para que encima me metan en un reformatorio o lo que sea. Soy idiota, nunca debí confiar en Jon. Mi madre siempre me decía que no me acercara a él, pero insistió tanto en que era una tontería... Me daba un dinero extra sin hacer casi nada. Me decía que era solo un recado, que no pasaba nada, solo tenía que mover la mochila de la isla a la ciudad.

Lo que me temía. Qué pena, una chica tan joven embaucada por un aprovechado y asqueroso como Jon.

—¿Sabes qué tipo de cosas movías? Igual no han encontrado tanto como para que te puedan procesar.

—Estoy en un lío seguro, eran viales. Jon no me decía lo que contenían, pero yo creo que era ketamina, pequeñas dosis.

—Bueno, aquí el culpable es él. Estoy segura de que si lo cuentas podrán detenerlo y podrás demostrar que él te engañó para ayudarle con su red de distribución. Pero ¿qué tiene que ver esto con tu madre?

—Mi madre sabía que hacía recados para Jon, yo le metí en todo esto. Un sábado me pillaron con algo de coca en el bolso en una redada en los bares y mi madre se volvió loca... Le tuve que

contar que me la daba Jon y todo lo demás. Ella le amenazó, le dijo que si no me dejaba fuera de todo eso lo denunciaría.

—Y ahí estaba Jon, en el funeral de tu madre, como si nada. ¡Qué cabrón!

—Yo no sé si alguien mató a mi madre, lo que sí sé es que todo empezó a torcerse desde aquella redada. Ella estaba siempre nerviosa. La oí hablar con Jon en varias ocasiones. Pero no quiero acusarle de nada y que me pueda pasar algo a mí también.

—Tienes que contarle todo esto a la policía, ellos te protegerán. Es vital para que el verdadero responsable de la muerte de tu madre aparezca y se haga justicia. Tienes que hacerlo por ella. Mi amigo Isaac tiene contactos en la Guarda Costera y te puede ayudar.

Me mira en silencio, los ojos enrojecidos, como si por fin entendiera el peso de sus decisiones. Asiente muy despacio y no dice nada más.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Se hace tarde, tengo que abrir la tienda y Vanessa tiene que coger el ferry hacia la isla. Nos despedimos con un abrazo largo, silencioso, como si ambas supiéramos que, después de hoy, nada volverá a ser igual para ella.

Mientras la veo alejarse calle abajo, una idea me golpea con fuerza: si Vanessa está diciendo la verdad —si su madre realmente amenazó con denunciar a Jon—, quizá se confirme que no murió por una sobredosis.

Quizá fue un aviso que se le fue de las manos a alguien.

CAPÍTULO 29

Jueves

Hoy ha sido un día tranquilo y agradable en la mercería: rutina, clientas, ordenar ovillos, tejer a ratitos... Ayer por la tarde, después de estar con Vanessa, vino mi grupo de tejedoras, como cada miércoles. Me vino bien tenerlas cerca, ver sus proyectos, escuchar sus historias después de pasar la mañana de ayer en la comisaría de la isla.

No tuve noticias de la declaración de Vane y tampoco le escribí para no agobiarla. Si quiere contarme algo ya me llamará. Mejor dejarle su espacio en un momento así.

Al cerrar la tienda he pasado por el supermercado a comprar algo para la cena, necesito tener la mente ocupada. Además, todavía me siento mal por haber dudado de Paul y haber montado la escenita el sábado en casa de David. Así que voy a cocinar algo rico para cuando venga del hospital. Sí, me disculpé con él, pero soy de esas personas que le dan veinte mil vueltas a las cosas.

El plato de la noche es hamburguesa completa: lechuga, tomate, queso, huevo y cebolla caramelizada. Nada de carne envasada, he pedido una buena pieza para que la piquen al momento, queso gouda del bueno y pan brioche de mantequilla. Cenar fuera me habría costado menos.

Ahora estoy en la cocina con las manos embadurnadas, mezclando la carne en un bol junto con kétchup, mostaza y pimienta. Mi receta secreta.

Reconozco el sonido de las llaves de Paul saliendo del ascensor justo antes de abrir la puerta de casa. Ha venido antes de lo esperado y no le puedo ni dar un abrazo en condiciones, si no le mancharé enterito con mis manos pegajosas.

—Mmm... Hamburguesas *gourmet* con tu receta secreta. ¿A qué se debe este placer? —dice al darme un beso y dejar las llaves en la mesa.

—Pero vienes muy pronto, ya me has estropeado la sorpresa —bromeo, fingiendo una mueca de decepción.

—Sí, hoy la tarde ha estado tranquila en el hospital. Pero necesito darme una ducha primero. Después te ayudo.

—Vale, todavía quedará un rato hasta que esté todo listo. Quería preparar algo especial después de la semanita que te he dado.

—Ay... ¿Otra vez con lo de la carta? Ya me has pedido perdón como cinco veces —dice, con una sonrisa torcida—. Al final voy a tener que pelearme más contigo solo para que te animes a cocinar tú.

Mientras él se ducha, sigo dando forma a las hamburguesas y pongo la cebolla a pochar, lenta, como me gusta.

Escucho el agua correr y me imagino a Paul ahí dentro, con los ojos cerrados, dejando que el día se le resbale por la piel. Siempre ha sabido compartimentar mejor que yo. Tiene esa calma suya que a veces me desconcierta, como si nada lo molestara del todo.

Sin embargo, lo conozco lo suficiente para saber que, cuando algo le preocupa, no lo dice, se lo guarda, lo piensa solo.

Minutos después, Paul vuelve a la cocina. Está serio, demasiado.

—¿Qué pasa? ¿No hay agua caliente?

—Malas noticias sobre el caso de Lena.

—¿Qué ha pasado?

—He puesto la radio de fondo mientras me duchaba y acaban de salir noticias de última hora.

Noto que se me acelera el pulso y se me calienta la cara al oírlo.

—¿Qué han dicho?

—Al parecer una muestra de ADN ha dado una coincidencia con un caso sin resolver de hace veinte años, pero de un cuerpo que fue hallado en aguas internacionales, a más de seiscientos kilómetros de la isla.

Mi mente se queda en blanco. Solo escucho la voz de Paul como si fuera un eco.

—Hablaban de que un barco pesquero encontró un cuerpo sin vida entre sus redes en un estado de descomposición muy avanzado. El cadáver llevaba al menos seis meses en el mar y estaba irreconocible.

El vello de los brazos se me eriza. La imagen mental es desgarradora. Voy a la sala de estar para encender la TV y ver si están diciendo algo en las noticias de la noche.

—Lo siento, quizás no debería haberte dado tantos detalles —dice Paul mientras me sigue a la sala.

Encuentro un canal donde ya están hablando de la noticia:

... hace unas horas, el laboratorio ha confirmado que la muestra guardada del ADN del cuerpo hallado hace dos décadas coincide con la muestra extraída del cepillo que aportó la madre de la desaparecida. Las autoridades investigan si se trata de un error técnico, pero todo apunta a que la fallecida encontrada por el pesquero en 2005 es Helena Aguilera.

—Confirmado lo que todos esperábamos —digo al aire. El nudo en la garganta me impide tragar, me arde la cara, siento náuseas.

Apago la TV y todo se queda en silencio; salvo el latido en mis oídos, que retumba como un tambor.

Volvemos a la cocina. Me quedo inmóvil frente al bol. La carne cruda, roja y brillante me revuelve el estómago. La textura húmeda y pegajosa me recuerda algo que no quiero imaginar: un cuerpo hinchado, amoratado, atrapado entre redes de nailon; piel deshecha por la sal y el tiempo; Lena pudriéndose en silencio bajo el agua durante meses, convertida en un secreto arrastrado por la corriente.

Paul me abraza por la espalda.

—Ya termino yo de hacer la cena, quédate tranquila —susurra.

Tranquila dice... ¿Cómo se puede estar tranquila después de esto? ¡No sé si tengo algo que ver con su muerte!

Asiento, pero no me muevo, solo pienso en Lena, en su madre. Esto podría haberse resuelto hace mucho, su madre habría dormido

todos estos años sabiendo la verdad; y su padre, al menos, habría podido despedirse en vida.

No creo que pueda cenar nada, se me ha cerrado el estómago de golpe.

CAPÍTULO 30

Viernes

Ya es viernes. En cuanto termino de echar la persiana de la mercería, el teléfono vibra: es Isaac. Le conté todo lo de Vanessa tras nuestra cita, por si podía ayudarla desde sus contactos. Por una vez fui yo quien le dio noticias frescas; ahora espero que sea él quien me cuente algo nuevo, porque no he sabido nada de Vanessa desde ese día.

—Hola. Menuda semana de noticias... Y lo del barco ayer... Qué horror... ¿Cómo estás?

—Con un nudo en el estómago toda la semana.

—Yo también. Mira, te llamo porque estuve con Vanessa después de su declaración. La investigación ha ido muy rápido y me he enterado de muchas cosas.

—¿Qué has averiguado?

Isaac hace una pausa, como si necesitara ordenar la información.

—Van a acusar formalmente a Jon del asesinato de Jessi.

—¿En serio?

—Sí. ¿Te acuerdas de lo que me dijo Jessi una vez, que si le pasaba algo investigara a Jon?

—Sí, pero... No sé..., si realmente lo temía, ¿no habría sido más directa, algo como: «Si me pasa algo, ha sido él», sin rodeos»?

—También lo pensé. El caso tiene muchos agujeros, pero la policía cree tener base suficiente para procesarle. Yo creo que quieren marcarse un tanto y que se vea públicamente que ya tienen un culpable. Porque está claro que Jon tiene miedo de hablar y que los que tiene por encima se lo carguen por soplón.

—¿Y qué pruebas tienen?

—Todo gira en torno a la mochila de Vanessa, la que encontraron en la casa abandonada del acantilado. Descubrieron que Jon usaba a menores para mover droga fuera de la isla. No era solo la hija de Jessi, hay más implicados. Sinceramente, dudo que Jon fuese la cabeza de esa red.

—¿Y qué pasa con Vanessa?

—No sé si puede caerle algo siendo menor, pero está colaborando: declaró que escuchó una discusión entre Jessi y Jon. Ella le exigía que sacara a Vanessa del negocio. Antes de colgar, Jessi le dijo: «No me amenaces».

—¿Y Jon?

—Se defendió diciendo que esa «amenaza» no era de muerte, que Jessi hablaba de contar «lo que había pasado con Lena».

El corazón me da un vuelco.

—¿Él sabía lo de nuestra pelea la noche de la desaparición?

—Sí, asegura que os vio desde la casa abandonada del faro. La usaba para esconder mercancía.

La garganta se me cierra.

—¿Qué... qué vio?

—Dice que vio la pelea, que tú te marchaste y que Jessi volvió con Lena. Según él, discutieron de nuevo cerca del acantilado, Lena perdió el equilibrio y se cayó. Un accidente.

Me llevo una mano al rostro. Me siento egoísta por este sucio alivio que siento al saber que no fui yo quien la empujó.

—¿Y por qué Jon no lo ha contado antes?

—La versión oficial es que no quiso delatar a Jessi porque eran amigos, cosa que no me creo. Yo imagino que no quería que registraran la casa abandonada ni que saliera a relucir lo de la ketamina, para no meterse en líos.

—Y porque así tenía controlada a Jessi para que hiciese lo que él le pidiera. La manipulaba, seguro que la chantajeaba con eso.

—Exacto. Y habla ahora, justo cuando ella ya no puede defenderse, porque todo está saliendo a la luz. Tal vez pensó que, si hablaba primero, podía presentarse como testigo y que no le apuntaran como sospechoso al conocer la noticia del cadáver de Lena.

—Entonces, ¿creen que él la mató?

—Sí. Dicen que la interceptó días antes de que declarara e intentó que pareciera una sobredosis. Pero no hay pruebas sólidas, solo indicios.

—¿Y por qué justo ahora?

—Parece que estaba reuniendo pruebas para denunciar la red de distribución de Jon. La policía ha encontrado de todo en casa de Jessi: registros, notas, mensajes...; incluso había pedido cita en comisaría, pero apareció muerta días antes.

—Espero que Jon pague por todo esto —murmuro.

—No sé si se hará justicia. Le van a imputar por tráfico de drogas con menores y seguramente irá a la cárcel una temporada. Pero lo del asesinato de Jessi no lo tengo tan claro. Irá a juicio, pero ya sabes cómo van estas cosas: si no hay pruebas claras de que él la mató, se quedará el caso sin cerrar.

—Ese cabrón siempre se ha salido con la suya.

Seguimos hablando un rato y, antes de terminar, Isaac me da una última noticia:

—Por cierto, la madre de Lena va a hacer una despedida oficial en la isla. Está organizando algo sencillo en la campa del faro para mañana por la tarde. Por si quieres venir.

—Vale, hablaré con Paul y te confirmo para quedar e ir juntos. Jon va a pagar por esto, al menos en parte. Pero el precio no será justo: Jessi está muerta, Lena también. Lo que ocurrió aquella noche de 2005 sigue envuelto en sombras.

Me repito que no fui yo quien la empujó, que no fue culpa mía. Pero sí fui la que la traicionó y provocó la pelea. Creo que me costará mucho perdonarme por aquello.

Sin embargo hay algo peor que la culpa: la duda, la certeza de que quizás nunca sabremos del todo la verdad. Mañana volveré al faro, a despedirme de Lena y de todos los fantasmas del pasado.

CAPÍTULO 31

Sábado

Ayer todo comenzó como un día normal y terminó con dos noticias tranquilizadoras: Jon acusado por la muerte de Jessi y Jessi como la supuesta culpable de la muerte de Lena. Yo, por primera vez desde hacía años, sentí un alivio feroz, casi culpable: al menos ahora sé que yo no tuve nada que ver con lo que pasó aquella noche de verano.

Estos días me invade a menudo esta duda: ¿qué habría pasado si me hubiera callado, si no hubiera dicho nada durante la pelea? ¿Lena habría terminado al borde del acantilado, gritando, llorando y cayendo?

No lo sé y no sé si algún día podré dejar de pensar en eso, en el papel que jugué, en lo que provoqué.

En eso pienso mientras subo la cuesta del faro con Paul e Isaac. El viento me corta la cara y tengo la garganta seca. Hoy vamos a despedirnos de Lena, por fin..., o

al menos eso intento decirme. Lo que no sé es si algún día podré perdonarme.

El aire huele a salitre y a hierba húmeda. Los nubarrones en el cielo advierten lluvia, como si quisieran llorar con nosotros. Paul camina en silencio a mi lado. Su mano roza la mía de vez en cuando, discreta y reconfortante. Me da seguridad, estabilidad, incluso cuando siento el estómago encogido.

Llegamos a la campa: una explanada verde y al fondo el acantilado. El faro nos mira de cerca con la luz apagada.

La ceremonia está organizada con filas de sillas blancas plegables. A un lado, una mesa de madera con una gran fotografía de Lena y a su lado un jarrón lleno de flores silvestres recogidas de la isla: margaritas y lavanda. Hay mucha más gente de la que

esperaba. Parece que ha venido toda la isla. Algunos vecinos se agrupan en corrillos, en silencio; otros empiezan a llenar las sillas. Al fondo, los padres de Jessi, sentados discretamente, con el semblante cargado de cansancio y dolor. Me gustaría ir a hablarles, decirles que lo siento, pero no me atrevo, quizás no sepan ni quién soy.

La madre de Lena sale al centro, por el sendero de tierra. Lleva unas gafas de sol que esconden su mirada triste. Se intuye una expresión seria pero calmada, no de rabia sino de aceptación. Se detiene y respira hondo. El viento agita la hierba alta que cubre la campa y todo el mundo se queda en silencio.

—Gracias a todos por estar aquí, por venir a despedir a mi Lena —empieza con voz suave y un poco temblorosa—. Sé que en esta isla vivimos entre miradas, silencios, rumores y secretos. Más allá de eso, también somos una comunidad unida, generosa y amable. La muerte de Lena no fue algo que pasó sin más, lejos de nosotros. Fue aquí en esta isla, entre estas familias, y eso nos ha dolido a todos.

La madre hace una pausa larga y mira a todos los presentes. Siento que se me hace un nudo en la garganta. Paul me aprieta la mano con delicadeza. Isaac permanece impasible, pero de pronto veo el temblor de su mandíbula. Se le cae una lágrima, nunca le había visto llorar.

—A veces —continúa—, muchas veces he sentido como si esta isla hubiera olvidado a mi hija, como si su recuerdo se hubiera quedado ahí, como una leyenda entre el faro y la campa, pero no en los corazones. Pero hoy, al veros aquí, entiendo que no es así, que ese silencio no era de olvido sino quizá tristeza. Hace veinte años me sentí doblemente abandonada: primero por mi hija, cuando desapareció y me convencieron de que nos había abandonado; segundo, cuando dejaron de buscarla.

Ahora me doy cuenta de que ella nunca se fue, sino que me la arrebataron. Pero no estoy enfadada, porque después de tantos años siento que por fin puedo despedirme de ella.

Miro alrededor y veo a gente conocida, amigos del pasado. Está Ámbar. También veo a Leo. Lo más sorprendente es que los

padres de Jessi están ahí también, sentados al fondo con Vanessa, sabiendo de la implicación de su hija en la muerte de Lena. Su presencia ya es un gesto de reconciliación.

—Quiero decir algo que quizá sorprenda —continúa. Su voz se quiebra—. Quiero decir algo importante: que perdono a Jessica.

Un escalofrío me sube al cuello. El mundo queda en blanco. Me sorprende que alguien pueda perdonar después de tanto, incluso aunque no haya culpa directa. Pero ella sigue:

—No sé si lo que ocurrió fue un accidente, si fue a causa del golpe que recibió en la cabeza tras la pelea, no sé qué realmente lo que pasó con Lena aquella noche, pero tengo la sensación de que Jessi vivió con ese peso, con esa culpa durante todos estos años. También me duele profundamente su muerte. Por eso agradezco a sus padres su presencia hoy aquí, porque compartimos un dolor tan grande que es el de perder a una hija. Sé que murió intentando redimirse.

La madre respira y baja la voz. Mira directamente a los padres de Jessi.

—Gracias por estar aquí hoy conmigo. Vosotros también habéis sido víctimas de esta misma red, del silencio, de las amenazas. A veces pensamos que el mal fluye desde un único culpable; pero no, el mal corroe muchas veces a quienes no han sabido o no han podido pararlo. Yo no olvido, pero perdono.

El mar, allá abajo, rompe contra el acantilado. Un sol tenue intenta colarse entre nubes grises. La madre de Lena alza la mirada hacia el mar y susurra:

—Lena ya puede descansar. Yo también.

Al terminar, un escalofrío me recorre el cuerpo. Las lágrimas empiezan a caerme por las mejillas. Me cuesta respirar. Paul me abraza y me apoya en su pecho. Isaac enciende una vela y camina para dejarla sobre un pequeño montículo de piedras que han llenado de ramos de flores al borde del acantilado.

La ceremonia se disuelve y comenzamos a bajar desde la campa hacia el puerto. La conversación es mínima, casi susurrada.

—¿Quieres que vayamos a por un cafecito? —me pregunta Paul.

Asiento y me despido de Isaac con un abrazo intenso. Sé que nos volveremos a ver pronto. A lo lejos, le hago un gesto a Ámbar. Esta vez no me acerco. No hay nada que decir ni razón para fingir. Esa relación nunca fue una amistad, y no voy a esforzarme por algo que nunca existió.

Paul y yo paseamos hasta la zona de la playa. Paramos en la barandilla frente al mar, justo antes de llegar a la cafetería de la playa. Nos miramos.

—¿Cómo estás? —me pregunta Paul.

—Agotada —susurro, dejándome caer contra su hombro—, pero también ligera, como si me hubieran quitado un peso que me pesaba dentro desde hace años. Creo que se ha cerrado una etapa, de verdad.

Paul asiente despacio. Su sonrisa es tenue, sincera.

—Has hecho un camino muy duro, cualquiera no habría tenido el valor de enfrentarse a todo esto —dice—. Ojalá que ahora, al cerrar este ciclo, tu cuerpo también lo sienta y que podamos por fin construir lo nuestro.

Mi corazón da un vuelco. Él ha dicho sin miedo lo que yo apenas me he atrevido a pensar. Quizás ahora, que he podido cerrar esa etapa de mi vida que tanto ha ocupado mi mente y mis sesiones con la psicóloga, mi cuerpo esté preparado para crear vida.

Durante años he vivido aferrada al pasado, esperando respuestas que quizá nunca lleguen. Hoy, por primera vez, me permito soltar, no para olvidar, sino para hacer espacio para lo nuevo, para lo que viene, para la vida que aún puedo crear.

El sol se cuela entre las nubes justo en ese instante. Una ráfaga de luz ilumina el faro, que se ve apagado a lo lejos.

Me quedo mirando esa torre blanca y todo lo que ocurrió a sus pies.

El faro nunca olvida, pero yo sí puedo elegir qué llevar conmigo y qué dejar atrás.

PARTE II - NOCHE DE LA DESAPARICIÓN, 23 DE JUNIO DE 2005

CAPÍTULO 1 - LENA

Me duele un poco la tripa, parece que me va a venir la regla y que los ovarios me están gritando ayuda inflamados. Después de lo rayada que he estado esta semana a cuenta de la noche de Nápoles, al final es muy probable que todo se vaya a quedar en un susto. Menos mal, porque no quiero saber nada de ese tío, ni de Italia. Le escribí al día siguiente de estar juntos y nunca me respondió, fue un capullo. Un error que casi me jode la vida.

Hoy es la noche más corta del año, la fiesta del solsticio de verano. Cumplo veinte y me encantaría empezar esta década sin cargas, pero, hasta que no confirme que todo ha pasado, no pienso contarle nada a Ámbar. No quiero que justo hoy, en mi día, se ría de mí por haber dramatizado con este tema. Me arrepiento de esa carta tipo «mejores amigas para siempre». Parezco una cría. Qué ridícula.

Llegamos al puerto después de cenar con todos, de estirar la sobremesa y brindar por mis flamantes veinte. Ya ha oscurecido. Jessi y Ámbar se lanzan directas al bar del karaoke sin mirar atrás.

—¡Espabílate! —me gritan—. Lo que necesitas es una cerveza.

Pero yo no puedo entrar así, necesito que el ibuprofeno haga efecto y que se me pase un poco este malestar.

Me quedo fuera charlando con algunas chicas del grupo, sentadas en el banco de madera que hay al lado de la puerta del bar.

Han pasado unos veinte minutos. Esto parece que ha hecho efecto y ya estoy mucho mejor. ¡Lista para continuar la celebración cantando!

Justo cuando voy a entrar al Karaoke, me topo con Emma, que está saliendo por la puerta. Tiene la cara pálida y los labios secos.

—Me estoy mareando —dice. Se apoya en la pared.

Me acerco rápido.

—¿Qué te pasa, Emma? ¿Has bebido demasiado?

—Estoy bien, solo necesito un poco de aire.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Hace mucho que no la veía. Me invade de golpe un sentimiento horrible de culpabilidad. Se me viene encima todo lo que pasó el año pasado: cómo la dejé sola, cómo no dije nada cuando Jessi la humilló delante de todo el mundo. Así que me armo de valor para hablar con ella.

—Oye, hace mucho que no hablamos.

Ella me mira como si le costara enfocar, pero sus palabras salen nítidas.

—Desde que me dejaste tirada el año pasado, básicamente.

Debe estar muy dolida o muy borracha, nunca la había visto hablar así a nadie. Me trago la respuesta automática, la que iba a soltar para defenderme, no quiero justificarme.

—Lo siento —digo al fin—, me porté fatal. Siento no haberte defendido en la pelea.

La frase me suena torpe en la boca. Como si no supiera pedir perdón.

—Da igual, ya está. ¿Te sientes mejor así? —responde, con una voz directa, muy poco habitual en ella—. Toma tu premio por disculparte.

Me pone en la mano una chapa de cumpleaños con mi nombre. Se la han tenido que dar Ámbar y Jessi dentro del karaoke.

Me quedo mirándola, sin saber si es un gesto sarcástico o si me está dando una oportunidad. Siento ganas de devolverle la chapa, pero la verdad es que me muero por volver a hablar con ella, por reírnos como antes.

Me siento como una mierda. Perdí a mi mejor amiga por juntarme con las populares de la isla, y lo peor es que sé que ellas,

en el fondo, pasan de mí. Siempre lo han hecho. Solo se quieren a ellas mismas.

Emma trata de decirme algo, pero su voz suena hueca, distante. Sus ojos no me miran, está un poco ida. Le propongo ir a la zona del faro para que se despeje, lejos del ruido de los bares. Asiente sin ganas y caminamos juntas en silencio.

El trayecto se me hace eterno, me cuesta mirarla sin sentir esa mierda de sensación de culpa. Debí haberla defendido en la pelea con Jessi. Y todo para encajar con un grupo que, en el fondo, no me representa. Emma y yo nos habíamos distanciado, sí, pero era una buena amiga. Y ahora camina a mi lado como si no me conociera de nada.

Cuando llegamos, tropieza y se cae en la hierba. Menos mal que ha puesto las manos por delante y no se ha dado de morros contra el césped, o peor, contra una roca. Le ayudo a levantarse y a sentarse en uno de los bancos. Se tumba como si su cuerpo no pudiera aguantarse más tiempo erguido. Le hablo, pero apenas responde. Trato de limpiarle la tierra de las manos, se ha puesto perdida.

De pronto veo que se le cierran los ojos, que la respiración se le hace más lenta. ¡Joder, algo le pasa! Esto no puede ser solo por el alcohol.

Me estoy angustiando. Saco el móvil y llamo a Jessi.

—¡Venid rápido! Estoy con Emma en el faro. Está mal. No sé qué le pasa. Necesito ayuda para moverla.

Llegan a los pocos minutos corriendo y riendo, como si todo esto fuera una broma. Cuando ven a Emma, la risa se les congela y se acercan rápido.

—¿Qué le pasa? —pregunta Jessi.

—No lo sé. Ha salido mareada del karaoke, pero se ha puesto peor.

—No jodas, Emma... Al final le echaste la keta, ¿verdad? Pensaba que no lo decías en serio. —dice Jessi, que la mira con los ojos como platos.

—Ha sido en plan broma, para ver si así se soltaba y hacía un poco el ridículo en medio del karaoke, que siempre va de perfecta

con el palo en el culo.

—¿En serio la has drogado? —le digo asustada—. Joder... ¿Pero cuánto le has echado?

Mi corazón se acelera.

—A ver, que solo ha sido un poquito, un chorrito en su vaso. Se lo merece, por zorra. Por liarse con tu Leo, Jessi. ¡Lo he hecho por ti!

—¿En serio? Estás loca, tía. Yo no te he pedido que hagas algo así —le dice Jessi.

—No fui yo —dice Emma de pronto, con un hilo de voz desde el banco—, fue Lena.

Jessi se gira hacia mí furiosa como si no me reconociera y me grita:

—¿Qué? ¿Tú te liaste con Leo?

—Yo no hice nada con él, de verdad —le digo con miedo. Sé lo violenta que se puso Jessi con Emma el año pasado. No quiero admitirlo y que me haga lo mismo. Además, solo fue un puto beso hace un montón de tiempo, después de aquella barbacoa para mi cumpleaños. Y se me lanzó él, cuando yo había bebido de más.

—¡No te creo! —me grita Jessi.

Empezamos a gritar todas. Las palabras se superponen. Jessi me llama zorra. Yo solo quiero que alguien ayude a Emma, así que suelto la bomba para que se callen. Amenazo con contar que Ámbar y Jon trapichean, y que ha drogado a Emma con ketamina.

De golpe se quedan en silencio y Ámbar se me acerca muy despacio.

—Ni se te ocurra decir una mierda. Tengo tu carta, ahí se ve claramente cómo te gusta liarte con chicos que tienen novia. La puedo difundir por todos lados ya mismo, que lo sepa toda la isla. A ver también lo que opinan tus padres...

—Se suponía que eras mi amiga, pero veo que ibas de mosquita muerta y que estás obsesionada con Jessi —digo cabreada.

Siento que algo me quema por dentro: cólera, injusticia, traición. La empujo.

Ámbar no se lo espera y me devuelve el empujón mucho más fuerte. Tropiezo con una piedra, me caigo hacia atrás y noto un golpe seco en mi cabeza.

Oscuridad.

CAPÍTULO 2 - JESSI

—¿Qué coño has hecho?! ¡Que Lena no se mueve! —le chillo Ámbar, con el corazón saliéndoseme por la boca.

—Tranquila, que está bien, respira y no hay sangre. Que no cunda el pánico —responde tranquila, como si no hubiera pasado nada.

Pero no está bien, no lo está. ¿Cómo puede estar tan calmada? Esta chica está mal de la cabeza.

Lena está tirada boca arriba, sin moverse. Tiene los ojos cerrados y una expresión en la cara que me pone los pelos de punta. Unos metros más allá, Emma sigue desplomada en el banco, completamente ida, sedada con la ketamina que Ámbar le puso en la copa.

—¡Joder, tenemos que llamar a alguien y que las lleven al hospital! —le digo a Ámbar, sacando el móvil con las manos temblorosas.

Ámbar me sujeta la muñeca con fuerza antes de que pueda llamar a emergencias.

—No. Si alguien nos encuentra aquí con Emma colocada y Lena inconsciente, nos vamos de cabeza a comisaría —dice, sin pestañear.

—¿Pero tú te oyes? ¡Es Lena! ¡Y Emma no se merecía esto! Ya me da igual lo que pasara con Leo. Esto se nos ha ido de las manos.

—Si aparece la poli, van a ver dos chicas tiradas, una pelea, droga... ¿Tú crees que van a comprar cualquier historia? Ni de broma.

—Podemos decir que ha sido un accidente, que ya estaban así cuando llegamos —intento convencerla buscando cualquier salida.

—Eso no cuela. Y si tiran del hilo y sacan lo de la ketamina, estamos perdidas. ¿Sabes de dónde viene? De Jon. Y ese no se va a

quedar de brazos cruzados.

—¿Jon sabía que la ibas a usar con Emma?

—No exactamente, pero tuve que pedirle ayuda con la dosis. Y me dejó clarito que no quería movidas, que si alguien abría la boca se acababa todo. Si esto sale a la luz, no solo me hundo yo, sino Jon, y Leo también. ¿De verdad quieres meter a Leo en esta?

—¿De qué vas? ¡No sé por qué hablas ahora de Leo! —grito con furia.

—Porque sé, y no por rumores, que también tiene sus tratos con Jon. Leo está por encima, tiene mucho poder sobre él. Como digas algo, Jon no se va a quedar como si nada, habrá consecuencias para todos.

No sé si me está advirtiendo o amenazando. Me cuesta reconocerla. Mi amiga de siempre ahora habla como alguien a quien le da igual todo, y encima usa a Leo como si fuera su carta salvadora.

Sé que hay cosas que Leo no me cuenta, que va por caminos turbios, lo sé, pero intento no pensar en ello, prefiero hacerme la tonta.

La amenaza flota en el aire, disfrazada de advertencia. Por un momento la ira me invade y pienso en empujar a Ámbar con todas mis fuerzas. Miro a Lena, que no se ha movido ni un milímetro. Podría estar dormida, o muerta, no lo sé. Veo a Emma tirada inconsciente. Estoy histérica pero me obligo a respirar, a contenerme, no puedo provocar otra escena.

—Lo mejor es irnos —dice Ámbar—. Nadie nos ha visto. Cuando despierten, se irán por su cuenta. Y Emma está tan ida que no recordará nada. Lena no va a decir ni una palabra, ya sabe que tengo su carta.

—Se despertará. Es solo un golpe, no es grave —dice, más tensa ahora—. Escucha —se dirige a Jessi—: no podemos quedarnos, esto puede ponerse muy feo, y tú no estás limpia tampoco.

Quiero hacer lo correcto, pero no me salen las fuerzas. El miedo me empuja hacia el lado equivocado.

—Vale —susurro. Me odio un poco por decirlo.

Nos damos la vuelta y dejamos atrás el faro, a Lena, a Emma, todo. Yo, que siempre he ido de dura, esta vez me rompo por dentro.

CAPÍTULO 3 - LENA

La cabeza me estalla. Un pitido agudo me perfora los oídos. Me llevo la mano a la nuca. Tengo un poco de sangre en el pelo, no mucha, pero el dolor es insoportable. Trato de enfocar la vista. Todo da vueltas.

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Minutos? ¿Horas? No lo sé, solo sé que Emma ya no está. Quizás entre la hierba alta y las rocas no me ha visto; quizá estaba tan aturdida por la ketamina que se ha levantado y ha salido caminando sin mirar atrás, o tal vez ha pensado que yo también me he ido y la he dejado ahí tirada.

Ámbar... Puta Ámbar... Sabía que no debía confiar en ella. La mosquita muerta... Siempre lamiendo el culo de Jessi. Me ha dejado aquí tirada sabiendo que me ha lanzado al suelo y que he caído mal. Encima me ha amenazado con la carta y ahora tiene el control absoluto, me tiene atrapada.

Intento incorporarme, pero un mareo brutal me obliga a apoyarme con las manos en el suelo. La luz del faro me deslumbra. Vomito, primero las cervezas, luego nada, solo arcadas secas. Me tiemblan las manos. El golpe ha sido más fuerte de lo que pensaba. Necesito ayuda.

Entonces los veo: una pareja sale de la casa abandonada junto al faro. Dos chicos se besan. Los gais en esta isla siempre se esconden y las lesbianas parece que no existen. Los rumores corren como la espuma y nadie quiere que lo señalen. Es muy triste.

Veo que uno de ellos se marcha y el otro se queda. Se gira y se detiene al verme a lo lejos.

—¡Eh! —logro gritar con voz ronca— ¡Ayuda!

Se acerca corriendo.

—¿Lena? ¿Qué haces aquí?

La figura se define: es Jon. Qué fuerte...

—No sé, me he caído, estoy confundida —respondo con dificultad—. Me he golpeado la cabeza, necesito una ambulancia.

Él frunce el ceño.

—No empieces con mentiras, que hace un rato he escuchado a lo lejos a Jessi y Ámbar gritando como locas. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. No estoy bien, necesito ayuda, igual tengo una contusión —empiezo a llorar.

Es mentira, lo que tengo es miedo de que Ámbar crea que la he traicionado y que he ido contando lo que ha pasado. No quiero que difunda mi puta carta.

Jon mira alrededor, como analizando si alguien más pudiera vernos, luego vuelve a mí.

—¿No me has visto salir de la casa del acantilado?

—No, apenas veo nada. No sé de dónde has salido, tengo la vista borrosa por el golpe. Por favor, llama a alguien, no puedo moverme.

Él no dice nada durante unos segundos. Mira a su alrededor, respira hondo, como si necesitara ganar tiempo o calmarse. Pero hay algo en su rostro que me inquieta: una tensión en la mandíbula, el parpadeo rápido, como si estuviera a punto de estallar.

Pero claro que lo he visto, a él, saliendo de la casa, besándose con un chico. Increíble pero cierto. Sabiendo lo homófobo que siempre se ha mostrado, es mejor que haga como que no sé nada.

—¿De verdad que no me has visto fuera de la casa abandonada? —repite, más tenso—. Llevas un buen rato aquí. La pelea fue hace quince minutos, como mínimo.

—No, de verdad, no he visto nada —insisto, bajando la mirada. Mi voz tiembla. Sé que ha notado algo en mí, que sospecha, y eso lo descompone aún más.

Entonces se lleva las manos a la cabeza, da un par de pasos en círculos y murmura en voz baja:

—Joder..., joder... Esto no puede estar pasando. Si se entera alguien... Si se corre la voz...

Empieza a caminar en círculos como un animal enjaulado. El temblor de sus manos, el tono alterado, todo indica que está

perdiendo el control. Cuando vuelve a mirarme, su expresión ha cambiado. Ya no es solo miedo, es desesperación.

—No te creo, has visto más de lo que admites.

Intento levantarme. Me fallan las piernas y caigo de rodillas. Jon no me ayuda. Me arrastro un poco y vuelvo a intentarlo, pero el mareo hace que me caiga otra vez.

—¿Qué has visto? —brama con los ojos desorbitados—. ¡No puedes contarlo! ¡Me arruinaría la vida! ¡Aquí no se puede ser uno mismo!

—No voy a decir nada, lo juro —suplico—. No me interesa. Deja que me vaya.

—Entonces sí que has visto algo... —Se lleva las manos a la cabeza—. ¡Joder! No puede ser, nadie puede saberlo, aquí todo el mundo habla. Esto lo arruinará todo. ¡Si dices algo me vas a joder la reputación y el negocio! No puedo arriesgarme.

Empieza a caminar en círculos, cada vez más agitado. Murmura cosas que no entiendo. Entonces se detiene y me mira con una mezcla de rabia y desesperación.

—Vi cómo te peleabas con Ámbar y Jessi. Te diste un golpe en la cabeza y te dejaron aquí tirada. Habías bebido mucho. Quizás te levantaste para volver a los bares, pero estabas desorientada. Seguramente fuiste en la dirección equivocada, te acercaste demasiado al acantilado, perdiste el equilibrio y caíste al agua.

Y me agarra del brazo y me levanta.

—¡No! —intento resistirme pero él me arrastra hacia el acantilado.

Estoy de pie demasiado cerca del borde. La piedra húmeda resbala bajo mis pies. Lucho, me retuerzo. Él no escucha, está fuera de sí.

—¡Eh, Jon! ¿Qué haces?! —grita alguien a lo lejos.

Es Leo.

Jon se sobresalta y me suelta. Da un paso atrás, dudando.

Yo estoy en el borde. Pierdo el equilibrio, me resbalo. Intento aferrarme a algo, pero la tierra y la hierba se me escurren entre las manos.

Y me caigo.

Frío. Humedad. Silencio.

CAPÍTULO 4 - JESSI

Ámbar y yo hemos salido pitando del faro, corriendo como si nos persiguiera la poli. Me siento como una mierda. ¿Se lo merecían Lena y Emma? No lo sé, tampoco importa. Esto ha sido pasarse tres pueblos. Ámbar está zumbada. Vale, yo también tengo mis momentos. Me caliento fácil, lo sé. Pero lo de antes..., joder, eso ha cruzado un puto límite.

El año pasado me lie a gritos y empujones con Emma cuando la eché del grupo. Se había besado con mi novio, ¿qué esperaba? Aunque igual me pasé un poco. Todavía tengo el collar que le arranqué esa noche. No sé ni por qué lo guardo. Algún día se lo devolveré, tal vez. El verdadero cabrón es Leo: él fue el infiel, no ella.

Pero esto ha sido otra cosa: Ámbar no debería haberle metido nada a Emma en el vaso; largarnos así, como si nada, tampoco. Necesitamos ayuda. No sé qué coño se le pasa por la cabeza, pero la sigo porque el miedo me tiene atada.

Bajamos hacia los billares, a ver si damos con el resto para seguir la fiesta y hacer como si no hubiera pasado nada. Nos encontramos con algunos y nos tomamos unos chupitos, que no se note la tensión que llevamos encima.

Entonces aparece Leo. Sabía que acabaría saliendo de su agujero. Siempre está por aquí, dando vueltas con Jon, pero hoy viene solo y dice que lo está buscando.

Yo paso de sus juegos. Llevamos días mal, siempre igual: discutimos, me ignora, desaparece. Pero, al verle, algo se me revuelve y le digo que hablemos, que aclaremos las cosas. Una excusa barata. En realidad necesito salir de ahí, de Ámbar, de todo.

Esta vez voy a dejarle de verdad. Lo digo en serio, no como otras veces. Estoy harta de sus promesas rotas, de sus trapicheos y

de sus putas mentiras. No me lo merezco.

Ámbar pone el grito en el cielo en cuanto le digo que me voy con él. Siempre lo hace cuando quiero tener mis ratos a solas con Leo. Es como si no pudiera estar un segundo sin saber dónde estoy, con quién. Me asfixia. Pero se le ha pasado el rebote cuando le he dicho que pienso dejarle.

Le he prometido que no le voy a contar a Leo nada de lo que ha pasado en el faro. Y es verdad. Total, a él todo eso le da igual. Para él mis problemas con las chicas son tonterías mías, dramas, exageraciones.

Y mucho menos voy a decirle que esto que ha pasado con Lena y Emma tiene que ver con él, con sus putas mentiras, con esas infidelidades que siempre niega poniendo su cara de niño bueno.

Le he dicho que vayamos al faro, siempre vamos allí. Mientras subimos en silencio no puedo pensar en nosotros. Solo tengo una cosa en la cabeza: la pelea, Lena, Emma. Necesito saber si siguen allí, si están bien, si no les ha pasado nada.

Después, ya hablaré con Leo. Ahora solo necesito asegurarme de que no siguen tiradas en la campa, aunque me griten o me escupan en la cara por volver.

Ni de coña pienso contárselo a Ámbar, porque si se entera, explota. No quiero descubrir hasta dónde es capaz de llegar visto lo visto. Es ella quien ha insistido en que nadie debe saber que hemos tenido algo que ver con esto.

El viento sopla cada vez más fuerte. La noche huele a tensión, a desastre.

Cuando llegamos a la campa, me quedo seca. Congelada.

A lo lejos están Lena y Jon al borde del acantilado.

—¡Eh, Jon! ¿Qué haces?! —grita Leo.

No entiendo qué pasa. En un parpadeo, Lena ya no está.

—¡Lena! —grito como una loca.

Echo a correr. Mis piernas no responden del todo, como si el aire me impidiera avanzar. Me tropiezo, me caigo, me levanto sin sentir el dolor. Solo sé que tengo que llegar. No puede haber caído,

seguro que se ha agarrado a alguna roca y podemos ayudarla a subir.

—¡No, no, no! —repito entre sollozos, como si al decirlo pudiera deshacer el tiempo.

Jon está junto al borde, inmóvil, con las manos en la cabeza, los ojos desorbitados. El viento azota su chaqueta y su cara parece la de un niño asustado.

—¡¿Qué has hecho?! —le grito a Jon. Mi voz me sale rota, como si no fuera mía.

Me arrodillo, asomo la cabeza.

Mierda, mierda, mierda.

La imagen me corta la respiración: el cuerpo de Lena está abajo encajado entre las rocas, inmóvil, como una muñeca rota. Una ola la golpea con fuerza, la despega de las piedras y se la lleva.

—¡No! ¡No, joder! ¡Lena! —grito desde lo más hondo. Me rompo. Siento que algo dentro de mí se ha fracturado para siempre.

—¡Ha sido un accidente, os lo juro! —balbucea Jon, girándose hacia mí—. Solo quería hablar con ella, pero se ha puesto nerviosa, se ha echado hacia atrás y ha caído. Yo no la he empujado, solo he intentado sujetarla.

Leo llega corriendo. Se queda quieto, en silencio, analizando la escena. Su expresión es dura, impenetrable.

—¿Dónde está? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—Se ha caído por el acantilado. Se la han llevado las olas —digo. Las palabras se me atragantan y el pecho se me encoge. Me está dando un ataque de ansiedad.

Jon se vuelve hacia nosotros, sudando.

—¿Qué coño hacías con Lena aquí? No le habrás enseñado dónde escondemos la ketamina, ¿verdad? —le dice Leo, con esa frialdad que a veces asusta.

—¡No, no ha estado conmigo! Me vio salir de la casa abandonada. Solo quería saber qué había visto, para que no dijera nada, que no nos metiera en problemas.

Ahora su mirada me busca a mí.

—Os vi desde allí, a Ámbar y a ti, desde dentro de la casa. Vi cómo discutíais con Lena, el empujón, también a Emma tirada en

un banco.

—Fue un accidente —murmuro—. Se cayó. ¡Solo se cayó!

—Lo que sea, pero si me preguntan yo me fui después de ver vuestra pelea. Pensé que no era grave, pero a lo mejor... —hace una pausa, calculando—. A lo mejor con el golpe se desorientó. Lena fue hasta el borde del acantilado y cayó por vuestra culpa. Si alguien investiga, ¿sabes qué versión va a pesar más? La mía.

—¿Es una amenaza? —digo impactada.

—Os estoy salvando el culo —responde Jon con una media sonrisa—. Si yo caigo, caéis conmigo. ¿Crees que la policía no va a querer saber por qué discutíais? Sé que queríais drogar a alguna con ketamina. Encaja perfecto que fuera a Lena y que después pasara lo que pasó. Eres tan culpable como yo.

El silencio cae como una losa.

—No vas a decir nada —le dice Leo, muy tranquilo—, porque si abres la boca serás tú el que se hunda. Sabes que te tengo cogido por los huevos.

No entiendo qué se traen entre manos, pero sea lo que sea no es pequeño. Asumo que tiene que ver con drogas, con favores o secretos.

Jon no responde y baja la cabeza. Le tiembla la mandíbula como si estuviera a punto de llorar. Por primera vez no lo veo solo asustado, sino avergonzado, como si Leo supiera algo que podría destrozarle.

—A partir de ahora vais a jugar en mi equipo. Tú —se dirige a Jon— ya sabes lo que quiero. Y tú —ahora mira a Jessi— ... tú también vas a colaborar. Nadie va a irse de rositas después de esto.

—¿Yo? —susurro impactada con su contundencia.

—Nadie va a salir limpio de esto, pero si cooperáis puedo protegeros. Necesito gente que sepa cuándo callar y que haga lo que toca, gente útil. Ya no te voy a dejar al margen de nuestros asuntos, ahora vas a estar metida hasta el cuello.

Me quedo helada. No me mira como su novia, sino como a una pieza más, alguien que puede usar.

—¿Qué se supone que quieres de mí?

—Que mantengas la boca cerrada, que no menciones nada del faro a nadie, ni a la poli, ni a Lena si despierta, ni a Emma, ni a nadie. Si lo haces diré que lo vi todo: que tú empujaste a Lena, que lo hiciste por celos. ¿A quién crees que van a creer?

Siento que me falta el aire. Me agarro el antebrazo para no temblar. Me dan ganas de gritarle, de echar a correr, pero no hago nada, solo lo miro, a él, al mismo chico con el que me he peleado mil veces y al que he querido con todas mis fuerzas, aunque me hiciese daño.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —murmuro—. Yo estaba dispuesta a dejarte esta noche y alejarme para siempre.

—Pero no lo has hecho —dice, sin una pizca de emoción—. Ahora estamos en esto juntos. Así que dime, ¿puedo contar contigo?

Trago saliva y miro al suelo. Sé que es una trampa, que si digo que sí, ya no hay vuelta atrás, pero no veo otra salida.

—No diré nada. Haré lo que me pidas, lo juro.

Jon se aleja por el sendero, encorvad, como si llevara una piedra enorme a la espalda. No se va aliviado, se va derrotado.

Leo sigue ahí, mirando al mar, en silencio. No hace falta que diga nada, sé exactamente lo que significa esto. Lo nuestro se ha terminado y se ha convertido en otra cosa, algo mucho peor, una cómplice, una más de sus sombras.

Me limpio la cara con la manga. Pensaba que esta noche iba a ser mi final con él, que por fin me iba a liberar, y ahora estoy atrapada para siempre.

EPÍLOGO - EMMA

Septiembre 2026

Se acaba el verano. Estoy en la isla, bajando a la playa por primera vez desde 2005. Hace un año ni me lo habría imaginado.

Todo lo de Jessi, Lena, las hormonas y la búsqueda de embarazo ha sido una travesía de trabajo personal muy larga hasta llegar aquí. Fueron meses muy duros con Paul, muy desgastante para los dos, y nos pasó factura.

Dentro de poco es la presentación del libro de Isaac, *La casa abandonada bajo el faro*. Al principio iba a escribir sobre narcotráfico, pero me dijo que no pudo ignorar lo que había ocurrido con Lena, que la historia tiraba por otro lado.

Sin proponérselo, acabó escribiendo sobre la traición y la culpa, sobre el silencio, sobre los vínculos que se rompen cuando una verdad demasiado grande se mete en medio. Me da miedo leerlo, no sé si me reconoceré en sus páginas, pero me alegra que él también haya encontrado su forma de cerrar ese capítulo. Escribir fue su forma de digerirlo; la mía, seguir adelante, evitando evitar y superando miedos y traumas del pasado.

Este verano ha sido, en cierto modo, un ritual de despedida; una forma de decir «hasta aquí»; de aceptar que algunas heridas dejan de supurar, pero la cicatriz se queda; de aprender a vivir sin todas las respuestas, sosteniendo la duda, asumiendo que nunca sabré del todo lo que ocurrió con Lena y Jessi.

Hace más de un año supimos que el cuerpo que apareció en 2005 entre las redes de un pesquero era el de Lena, que cayó por el acantilado aquella noche. Cerraron la investigación como un accidente bajo los efectos del alcohol. Al menos su madre pudo hacerle una despedida. A mí me costó semanas dejar de soñar con

esa imagen y de culparme por delatarla y provocar aquella pelea en la campa del faro la última noche que la vi.

Lo de Jessi fue todavía más difícil de asimilar que lo de Lena: la mataron porque iba a hablar. Sabía demasiado sobre la red de narcotráfico que utilizaba a menores. Llevaba semanas reuniendo pruebas, decidida a entregarlas en comisaría, pero no le dieron tiempo, la silenciaron antes de que pudiera abrir la boca. La policía imputó a Jon por asesinato, pero el juicio no terminó en condena, dijeron que no había pruebas suficientes, solo sospechas, declaraciones contradictorias. El silencio y el miedo ganaron otra vez.

No creo que Jon la asesinara, al menos no él directamente, pero estoy segura de que alguien de su entorno dio la orden y que mandaron a un peón a hacer el trabajo sucio. Nunca se dijeron nombres, pero en la isla todos lo saben: detrás había más, mucho más. Los verdaderos cabecillas siguen libres, porque hay gente con poder que nunca pisa una celda, por muy manchadas que estén sus manos.

A él, al menos, lo condenaron doce años por tráfico de drogas y uso de menores. No es justicia completa, pero es algo. Era el cabeza de turco perfecto: violento, con antecedentes, fácil de sacrificar para proteger a los de arriba. Prefirió callar y comerse la condena antes que traicionar a los que realmente mandaban.

Después del entierro de Lena, Ámbar anunció en Instagram que se iba sola a Asia a encontrarse a sí misma, que necesitaba sanar tras lo de sus amigas. Tardó quince días en volver a Instagram y compartir el viaje en las redes: fotos en templos, descalza, con poses calculadas para parecer guapa y profunda al mismo tiempo. Lo más Curioso: las acompañaba de frases sobre el perdón, la sanación, el amor propio y la amistad. Recibía miles de *likes* y cientos de comentarios de admiradoras que la adoraban. Ella les respondía como si realmente fueran amigas íntimas, con un «te quiero» incrustado en cada publicación y en cada mensaje. En el fondo, solo tenía eso, una cuenta de Instagram muy popular, y ninguna persona real a la que llamar cuando se hacía de noche. Supongo que cada una encuentra su forma de seguir adelante.

Vanessa, la hija de Jessi, solo tenía dieciséis años cuando ocurrió todo. Su testimonio fue clave para detener a Jon y destapar la red de narcotráfico en la que él la había implicado. Colaboró con la policía, contó lo que sabía, y eso le permitió evitar una condena grave. No la encarcelaron, pero pasó unos meses en un centro de menores, bajo medidas de reinserción.

Hoy intenta reconstruir su vida. Trabaja conmigo en la mercería durante las vacaciones, así he podido disfrutar de un verano largo en la isla, como cuando yo tenía su edad, pero esta vez es distinto. Me gusta pensar que, en cierta forma, le he dado una segunda oportunidad, igual que ella nos la dio a todos al romper el silencio. Fue valiente, más de lo que muchas fuimos entonces, y eso también trajo algo bueno: volví más a menudo a la isla. Me reconcilié con este lugar. Empecé a imaginar nuevos recuerdos aquí, buenos esta vez.

Me he vuelto a enamorar. Hace seis meses que vivo en una nube. Adrián es rubio, de ojos azules como el cielo, con una piel muy suave, me encanta acariciarla. Se me nota en la cara: esto es amor del de verdad, incondicional. Mis padres me ven feliz y es cierto que lo estoy, de verdad que lo estoy, aunque a veces no lo parezca.

Hoy me he puesto bikini por primera vez desde hace mucho. Se ve mi tripa fofa, pero me da igual, no quiero que Adrián perciba que soy una acomplejada. Me mira y me lanza una sonrisa. Sé que no le importa si estoy gorda o delgada, no me juzga, no rechaza mi cuerpo, no me pide que sea otra.

Claro que hay días difíciles. Tiene carácter, es muy demandante y a veces me agota. También ha removido cosas que creía superadas: inseguridades, sombras, esa sensación de no estar nunca a la altura. Me da miedo no ser suficiente o que saque lo peor de mí.

Desde que llegó a mi vida, me siento a veces un poco inestable. Tengo miedo de hacerlo mal, de repetir patrones que puedan hacerle daño, de volcarme tanto que me pierda. Me da vértigo.

Me repito por dentro que es una fase y que, aunque ahora tenga dudas y miedo, fue una buena decisión. Su amor me ha hecho crecer. Cada vez que me mira y me sonríe me derrito y se me pasan los males.

Desde la pasarela que lleva del paseo a la arena, Paul baja con todos los trastos de playa: sombrilla, bolsa térmica, cubo, rastrillo. Carga con todo como si fuera el padre del año, y lo es.

Adrián aplaude al verlo llegar. Por fin me siento a gusto en esta isla. Al final Paul tenía razón: llegaría un día en que disfrutaría de esta playa con nuestro hijo. Para eso, antes, tenía que enfrentarme al pasado y a mis miedos.

El faro sigue ahí, se ve desde la playa a lo lejos, firme, silencioso, testigo de todo lo que ocurrió y de todo lo nuevo que vendrá.

Hoy no hay misterio que resolver ni verdad que buscar, solo un día de playa, solo este presente, al que me quiero aferrar.

No existen las vidas perfectas, pero esto se parece bastante.

GRACIAS POR ACOMPAÑARME EN ESTA AVENTURA

"Escribir es un acto solitario, pero una historia solo cobra vida cuando alguien la lee."

Te agradecería de todo corazón que compartieras **tu opinión sobre la novela en Amazon**. Como autora independiente, tu reseña es la herramienta más poderosa para que este libro llegue a nuevos lectores. No hace falta que sea larga; con un par de frases honestas sobre lo que sentiste al leerlo es suficiente.

¿Me ayudas con una crítica constructiva? Puedes escribirme a escritoralauren@gmail.com o en mi Instagram @lauralofer.

¡Mil gracias por tu apoyo!
L. F. Lauren

AGRADECIMIENTOS

Escribí esta novela como un secreto sin pretensiones, y si hoy está en manos del lector, es gracias a Ainhoa Lizarraga. Su impecable informe de lectura y su visión como profesional en el sector editorial fueron el empujón que necesitaba para sacar estas páginas de mi ordenador. Gracias, Ainhoa, por ayudarme a pulir el manuscrito y por convencerme de que esta historia merecía ser contada.

Desde el primer capítulo no pude resistir la tentación de compartir el proceso creativo con mis hermanas, Elsa y Maite. Ellas han visto nacer esta trama y me han regalado ideas brillantes. Gracias por recordarme esas historias de nuestra adolescencia que terminaron siendo la chispa de alguna de las subtramas del libro. Gracias, sobre todo, por vuestra honestidad sin filtro y por haber guardado el secreto durante todo este tiempo.

A mi marido, Pablo, la gran inspiración para crear el personaje de Paul, al que le ha prestado su carisma y su buen carácter. Gracias por soportar a la pesada de tu mujer insistiendo cada noche en que leyeras el último capítulo que había escrito. Eres mi crítico más duro. Te agradezco que me hicieras reescribir tantos diálogos hasta que sonaran un poco más reales.

Un agradecimiento especial a mi amiga Esti López, quien, entre los setenta y seis libros que devoró en 2025, hizo un hueco para mi manuscrito. Que una lectora tan voraz me asegure que mi historia sobrevive con creces a la comparación con algunos *best sellers* es el mejor consuelo y motivación que podría recibir.

Gracias a mi cuñado Jota, autor de *Oscuro amanecer en Berlín*, por aportar su ojo experto de escritor como lector cero. También a mi cuñado Unai; aunque solo llegó a los primeros

capítulos en el borrador, confío en que esta edición final logre, por fin, atraparlo hasta la última página.

A mis padres, por su apoyo incondicional y por esa entrañable costumbre de convertirse en mis mejores agentes de ventas, repartiendo ejemplares entre familia y amigos con tanto orgullo.

A mi grupo de tejido y mi psicóloga Lourdes Relloso, que me han inspirado para crear varios capítulos y situaciones del libro.

Finalmente, gracias a todos los amigos y familia que, en cuanto supieron de la existencia de este libro, me transmitieron su ilusión y sus ganas de leerlo. Vuestro entusiasmo es la mejor recompensa.

ACERCA DEL AUTOR

L. F. Lauren



L. F. Lauren es el nombre tras el que se oculta Laura López Fernández (Getxo, 1985), autora de dos libros de marketing, que ahora se adentra por primera vez en el territorio de la ficción.
Lectora apasionada de novela policíaca, de misterio y de domestic noir, su imaginación se ha moldeado entre maratones de series de suspense y el análisis minucioso de casos de true crime.
Esa pasión se traduce en una escritura que busca lo que ella misma exige como espectadora: capítulos adictivos, repartos de pocos personajes con voces profundas, giros inesperados y tramas tan cotidianas que resultan inquietantes porque podrían ser reales.
En su universo narrativo siempre parece que es otoño.
Le atraen los escenarios sombríos, la lluvia y las historias que diseccionan la anatomía de la traición y el peso asfixiante de la culpa, elementos que hilan la trama de Isla Ballena.